

CUADERNOS DE ESTUDIO
(nº 6 EN LA SERIE ORIGINAL)

TEMAS DEL EVANGELIO DE JUAN Caps. 1 a 12

Por

Ernesto Trenchard y Juan Solé

CENTRO EVANGÉLICO DE FORMACIÓN BÍBLICA

Primera edición (1981): 500 ejemplares

Segunda edición (1985): 1000 ejemplares

ISBN: 84-85108-52-3

Depósito legal: M-42108-1980

CUADERNOS DE ESTUDIO

Nota de los editores.

Esta serie tuvo su génesis en el deseo del equipo de enseñadores de hacer más asequibles algunos de los muchos materiales multicopiados que en el curso de la actividad docente de varios años se había ido acumulando, pero que eran conocidos por un número muy reducido de estudiantes.

Durante los años que llevamos de producción de la serie comprobamos que había muchas personas interesadas en estos materiales, y damos gracias a Dios por su confirmación abundante de la iniciativa original.

Como pueden comprobar los que conocen los demás cursos nuestros, el material de estos cuadernos es menos extenso y denso, generalmente, que el de las otras series de C.E.F.B. publicado en formato de libros. Se prestan más fácilmente, por lo tanto, al estudio de grupos, en retiros, campamentos o reuniones caseras. Fue teniendo en cuenta tales ocasiones, que fueron redactadas la mayor parte de estos materiales.

Anteriormente algunos de los cuadernos formaron parte del Plan de Estudios por correspondencia de C.E.F.B. Hoy día animamos a los que pudieran estar interesados en conocer un plan de estudios bíblicos a distancia a buscar

www.escuelabiblica.es

ESTUDIO I

EL VERBO ETERNO Y SU ENCARNACIÓN

Juan 1: 1 – 18

LAS CARACTERÍSTICAS DEL EVANGELIO

Complementa los tres Evangelios sinópticos

- 1) *La diferencia entre los Sinópticos y Juan.* Mateo, Marcos y Lucas se llaman “Evangelios sinópticos” porque enfocan la vida del Señor Jesucristo de una forma aproximadamente igual. Hay diferencias entre ellos, porque cada Evangelista fue guiado por Dios para darnos un “Retrato” del Señor según un enfoque especial, pero los tres recogen el testimonio de muchos testigos oculares que recordaban el ministerio del Señor, y aún podían disponer de narraciones escritas (Luc. 1: 1-3). Cuando llegó el momento determinado por Dios, cada uno plasmó su material en un “Evangelio”, ayudado e inspirado por el Espíritu Santo, allá por los años 50- 65 del primer siglo Era Cristiana. Estos Evangelios fueron aceptados como autoritativos, y otros no. Juan meditaba en sus recuerdos de la Persona, Obra y Palabras del Señor Jesucristo durante los largos años de su ministerio, seguramente enseñando mucho sobre la base de sus recuerdos íntimos del tiempo que pasó con el Señor. No llegó a poner sus recuerdos por escrito hasta los fines del primer siglo, cuando los Sinópticos circulaban ampliamente por las iglesias. Podía dar por conocido lo que ya habían escrito sus predecesores, supliendo él algunos aspectos del ministerio del Maestro que no se habían destacado antes. Su contacto tan íntimo con Cristo, como “discípulo amado”, con la meditación profunda que ya hemos notado, presta dimensiones especiales a su Evangelio, que siempre se ha comprendido como “celestial” y “espiritual”.
- 2) *La diferencia de esfera.* Leyendo los Sinópticos, apenas formaríamos una idea sobre la gran Obra que el Señor realizó en Judea, primeramente como etapa inicial de su ministerio, y después en el curso de varias visitas a Jerusalén cuando acudía a varias fiestas. Mateo, Marcos y Lucas (después de narrar el Bautismo del Señor por mano del Bautista) se lanzan a describir los fructíferos años de la obra en Galilea, la provincia norteña. Juan nota “el principio de señales” en Caná de Galilea, pero en seguida pasa a narrar aspectos de la obra en Judea, no como historia seguida, sino destacando incidentes que revelan el fondo del significado de su ministerio. La conversación con la samaritana, con el testimonio en Sicar, ocupan el cap. 4, y tuvieron lugar en Samaria. La sanidad del hijo del noble (4: 46- 54) fue realizado en Galilea, como también la multiplicación de los panes y el gran discurso sobre el Pan de vida (cap. 6), pero todo lo demás tienen por escenario la ciudad de Jerusalén (especialmente los patios del Templo) con Betania (cap. 11). Algún otro detalle corresponde a Perea, la región al este del Jordán.
- 3) *La diferencia en el tipo de mensajes.* Los Sinópticos narran –con más o menos detalle- un número de milagros, con discursos dirigidos o a los discípulos o a las multitudes, destacándose el gran ministerio parabólico. Juan recoge conversaciones desarrolladas en la intimidad y las discusiones con los judíos recalcitrantes en los patios del Templo. No narra más de siete milagros –que llama señales- y que suelen servir de “texto” o ilustración relacionados con importantes discursos. No hay nada en Juan que contradiga el contenido de los Sinópticos, pero se aportan elementos que desconoceríamos si no fuera por este precioso Evangelio. La Persona de Cristo es igual en todos los Evangelios como también su doctrina. Bien que Juan no se nombra, sólo este discípulo, que vivió tan cerca del Señor, pudo transmitirnos estos profundos temas.

Juan suele emplear frases breves, que a veces se repiten con ciertas variaciones, con el fin de subrayar el mensaje. A veces es difícil determinar cuándo está palabras del Maestro y cuándo está haciendo comentarios como Apóstol inspirado del Señor, pero el hecho es que había asimilado hasta tal punto este estilo especial de su Maestro que llegó a ser su propio medio de comunicación. La aparente sencillez cubre un fondo profundísimo de enseñanza y de concepto que coincide con las revelaciones que se había recibido Pablo sobre la persona de Cristo.

Los receptores del Evangelio

Mateo escribió teniendo delante las necesidades de los judíos, sus compatriotas, quienes debían aprender que Jesús era el Mesías esperado, pese a que había sido rechazado por los líderes de la nación. Se piensa que Marcos escribió –casi al dictado de Pedro- para gentiles romanos. Lucas se dirigió al distinguido Teófilo, como también a los griegos de cierto grado de cultura. Al escribir Juan las primeras cuestiones que preocupaban a las iglesias, en cuanto a judíos y gentiles, habían perdido importancia –especialmente después de la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C.- de modo que el Apóstol puede dirigirse a la Iglesia en general, y, a través de ella, al mundo entero. La primera Epístola de Juan aplica las enseñanzas del Evangelio a la vida diaria de los hijos de Dios. Discernimos en algunos lugares sus contestaciones a ciertas ideas heréticas que habían surgido en el curso del siglo.

LAS ENSEÑANZAS DEL PROLOGO

1: 1-18

El Tema del VERBO, 1: 1-18

El significado de “VERBO”, “Verbo” traduce el término griego “logos”, que empleaban los filósofos griegos para señalar el espíritu de orden inteligente que informa el universo. Juan usa el conocido término, pero le da un sentido diferente, ya que el VERBO es una PERSONA DIVINA que rige el universo y comunica lo que de Dios podemos conocer. Todos los pensamientos, actitudes, decisiones y obras de los hombres han de comunicarse por medio de LA PALABRA, y la Segunda Persona de la Trinidad – que después llega a ser HOMBRE- es el que da a conocer tanto la mente como el corazón de Dios, siendo el CENTRO de la revelación especial de Dios que se contiene en la Biblia.

El Verbo en la eternidad, 1: 1-5. Todas las frases de los primeros versículos de Juan son muy importantes, pues que nos informan sobre el gran misterio de las PERSONAS DEL TRINO DIOS. El “principio” aquí equivale a la eternidad, y no al principio de las obras de Dios. El Verbo (Hijo eterno) era Dios por su naturaleza esencial, y siempre lo era. Al mismo tiempo la frase “El era en el principio con Dios” –el griego es más claro- quiere decir que, aun siendo igual en esencia con el Padre, había una distinción que permitía la comunicación mutua y el amor mutuo. Siempre había sido así en el secreto íntimo de la Deidad, esencia y principio de todas las cosas. EL VERBO era el Creador de todas las cosas, no en independencia, desde luego, sino actuando como Ejecutor de la voluntad del Padre. También era la Fuente de toda iluminación, como LUZ. No sabemos cómo llegó a existir el mal, pero sí sabemos que el Hijo, como LUZ, ha de vencer las tinieblas.

El inciso en cuanto al Bautista, 1: 6-8. Antes de anunciar la gran verdad sobre la encarnación del VERBO ETERNO, Juan el Evangelista hace un alto para notar que Dios envió a un mensajero delante del Señor como testigo que hablaba de Aquel que había de venir como LUZ VERDADERA. Era importante, al final del siglo primero, que todos comprendiesen la diferencia entre el precursor, que también era “lámpara que ardía y brillaba” (Juan 5: 35), Y LA LUZ VERDADERA cuyo brillo hace posible la iluminación de todos los hombres (1: 9). Volveremos a las distintas enseñanzas que Juan da en el PROLOGO sobre la Persona del Señor, pero conviene destacar en primer término el hecho de su Encarnación.

El Verbo encarnado, 1: 14

El propósito de Juan al redactar su Evangelio. Entre lo muchísimo que obró y habló Jesús, Juan hizo una selección “para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su Nombre (Juan 20: 30 y 31). Los sinópticos habrían podido decir lo mismo sobre sus finalidades, pero Juan, sin decirlo directamente, desarrolla un propósito adicional, el de hacernos “oír” al VERBO ENCARNADO por medio de sus obras y palabras. Se trata de una revelación especial de Dios en la Persona del Señor Jesucristo, de modo que la declaración de 1: 14 viene a ser la clave para entender la estructura y significado de todo el Evangelio.

El texto clave, 1: 14. El Hijo Eterno siempre era el Verbo que expresaba el pensamiento del Padre en todas las obras de la creación, celestiales o terrenales (Col. 1: 15-19). Llegó a ser “carne”, que en este contexto no tiene ningún sentido malo, sino que recoge la idea del Antiguo Testamento de “todo lo humano”, o “la humanidad”. Dios honró sobremanera a la raza humana, ya que no se hizo ángel, para salvar a los ángeles caídos, pero sí se hizo Hombre para salvar a los hombres caídos (Heb. 2: 14-18). Después del momento de la encarnación, el Señor Jesucristo es el Dios-Hombre, en quien se hallan dos perfectas naturalezas –la divina y la humana- en una sola Persona, indivisible para siempre. Sólo así pudo revelar a Dios y llegar a ser el Cordero de Dios que pudo representar a toda la humanidad en su Sacrificio expiatorio, dando al Sacrificio el

infinito valor de su Deidad. Siendo Creador, volvió, por medio de la encarnación, a tomar la naturaleza humana que él mismo había creado.

Cuando Juan escribe: “habitó entre nosotros...y vimos su gloria...” habla en primer lugar en nombre de los Apóstoles, pues él y sus compañeros del apostolado habían de contemplar aquella gloria única, dándola a conocer a los hombres por medio de los Evangelios: selecciones inspiradas de las obras, actitudes y palabras de Jesús, revelando éstas todas las facetas de su Persona que nosotros podemos percibir y comprender. Nada sabríamos de esta maravilla si no fuese por esta gran Obra de los Apóstoles y Evangelistas. Juan no vuelve a mencionar el término VERBO (LOGOS) en su Evangelio, pero está implícito en cada uno de los incidentes que escoge, ya que EL VERBO da a conocer a Dios por medio de la realización de hechos, con todas sus palabras y actitudes, de tal forma que, viéndole él, vemos también al Padre (Juan 14: 7 – 11).

Otras enseñanzas del Prólogo

La Luz y la nueva familia, 1: 10-13. A través del Prólogo, Juan destaca distintos temas que ha de ilustrar por medio de la selección de incidentes y de comunicaciones que componen su libro. Todo es importante, y toda gira alrededor del eje del v. 14; EL VERBO QUE LLEGÓ A SER HOMBRE PERFECTO Y ESENCIA DE LA HUMANIDAD, REVELANDO LA GLORIA DE DIOS.

Los suyos no le recibieron, 1: 10 y 11. El Verbo era Creador del mundo, y también Formador del pueblo de Israel, de modo que, al encarnarse, llegó a “lo suyo”, o, como algunos traducen, “a su hogar”. Trágicamente, a causa del hecho del pecado que hundió a los hombres en un funesto espíritu de rebeldía y de contradicción, “los suyos no le recibieron”. Vemos una primera aplicación a los judíos, pero es un triste hecho que los hombres naturales no perciben la luz que brilla en el rostro del VERBO ENCARNADO, si no es por una obra de gracia que se recibe con sumisión y de. Este rechazamiento se manifiesta en forma creciente a través de todo el libro hasta llegar a su consumación en el crimen de la Crucifixión.

La nueva familia espiritual, 1: 12 y 13. La obra del Dios-Hombre no pudo quedar anulada por la rebeldía de un gran número de hombres, aun siendo éstos los líderes religiosos de Israel, y el **Evangelio de Juan** ha de enfocar la luz sobre hombres y mujeres que percibieron la gloria que brillaba en el rostro del Señor, “creyendo en su Nombre”, o sea, confiando en todo cuanto significaba su Persona y Obra. No se trata ya de una descendencia natural, como en el caso de los israelitas de la raza de Abraham, sino de una obra de la voluntad y gracia de Dios. Aquellos que reciben al Hijo, uniéndose con él por la fe, llegan a ser “hijos”, nacidos de la misma sustancia de Dios, formando una nueva familia que honra y glorifica a Dios. Este tema del “nuevo nacimiento” se ha de desarrollar más ampliamente en el cap. 3.

Gracia y plenitud, 1: 15-17. Juan el Evangelista vuelve a mencionar a Juan el precursor en el v. 15, ya que el Bautista enfatiza la preeminencia de Aquel que vino (históricamente) después de él, pero que, en categoría y existencia, “era antes que yo” y “primero que yo”. Es probable, sin embargo, que las declaraciones de los vv. 16 y 17 sean de Juan el Apóstol y no de Juan el Bautista, y debiéramos fijarnos en el sentido de los términos que emplea.

- a) **Gracia** señala el hecho de que Dios obra para la salvación y bendición de los hombres, sin que éstos merezcan nada, brotando la gracia del impulso de su propio amor. Es término típico de esta dispensación en la que se predica ampliamente el Evangelio.
- b) La **Plenitud** es la de Dios, en la medida en que es posible pasarla a hombres limitados, y siempre se relaciona con la Persona del Dios-Hombre, la Roca de donde brota la potencia del Espíritu Santo para saciar la sed de todo aquel que le busca (Juan 7: 37-39). Pablo usó mucho el término en las Epístolas a los **Efesios** y a los **Colosenses**.
- c) La **Ley**. Se contrastan los términos ya mencionados con la Ley que fue dada por Moisés. La Ley no es mala, y, desde ciertos puntos de vista, nunca dejará de ser útil mientras existen hombres pecadores

sobre la tierra. Sin embargo, sus exigencias nunca podían salvar a los hombres, ya que éstos eran incapaces de cumplirlas. Por eso hacía falta la venida del Señor para manifestar la plenitud de la gracia de Dios. Llegando “la hora” señalada en el calendario de Dios, el Dios-Hombre había de ofrecerse en sacrificio santo para quitar de en medio el pecado (Heb. 9: 26), y este hecho se profetizó implícitamente en la declaración del Bautista que hallamos en el v. 29: “He aquí el Cordero de Dios que lleva y quita el pecado del mundo”. Cristo Cristo satisfizo la Ley por cumplir su sentencia en su propia Persona, y por eso puedo abrir la Fuente de “gracia sobre gracia”.

La manifestación del Dios invisible, 1: 18. Evidentemente existe una vinculación estrecha entre el v. 14 y el v. 18, ya que los dos ponen de relieve la revelación de la naturaleza y de la gloria de Dios por medio del Hijo. Dios es Espíritu, infinito y eterno, y, como tal, no puede ser visto por ojos humanos que no están capacitados para esta visión completa de Dios, de modo que: “A Dios nadie le ha visto jamás”, lo que corresponde a una declaración análoga de Pablo: “El único Soberano...a quien ninguno de los hombres vio ni puede ver” (1 Tim. 6: 16). Cuando se habla en el Antiguo Testamento de hombres que “vieron” a Dios, quiere decir que Dios se dignó revelarles alguna faceta de su Ser, según los medios que él podía proveer, por medio de su omnipotencia y en uso de su soberanía, pero tanto Juan como Pablo hacen referencia a la esencia de la Deidad que no es accesible a los conocimientos de los hombres. Sin embargo, podemos “ver a Dios” y “conocer a Dios” por medio del Hijo encarnado, el Verbo hecho carne, pero sólo por medio de contemplarle a través de sus obras, palabras y actitudes, según se revelan en los cuatro Evangelios. Desde cierto punto de vista el Hijo Unigénito está siempre en “el seno del Padre” es decir, en perfectísima unión y comunión con él- pero, por otro lado, se encarnó con el fin de “dar a conocer” a Dios. Comp. Juan 14: 7-11.

ESTUDIO II

JUAN EL BAUTISTA Y LOS PRIMEROS DISCIPULOS

Juan 1: 19-51

EL BAUTISTA Y SU TESTIMONIO, 1: 19-34

Juan es la “voz” que anuncia la venida del Mesías

Juan es el testigo de la LUZ, 1: 6-9. Parece ser que cuando escribió Juan el Apóstol –al fin del primer siglo- hubo necesidad de distinguir claramente entre el Precursor y el Mesías, y se enfatiza que no había más que UNO que era “la luz verdadera”; el hombre llamado Juan era testigo del hecho de su manifestación. En este capítulo el testimonio de Juan se reitera a intervalos, y después de la importante declaración sobre el VERBO ENCARNADO (1: 14) hallamos otra “entrega” de su testimonio.

Juan declara la preeminencia de Aquel que venía detrás de él, 1: 15. Juan enfatiza que el orden cronológico de la manifestación del Precursor y el Mesías no correspondía a su orden de existencia, ya que éste “era primero que yo”. Se trata no sólo de la preexistencia de “Aquel que venía”, sino también de su preeminencia en todo. Esta declaración es el prelude de las enseñanzas (por supuesto se deben al Evangelista, como comentario) sobre la PLENITUD que se hallaba en Jesucristo, el hecho de que trajo la gracia y la verdad (en contraste con la Ley) y que, como Unigénito Hijo, él solo puede dar a conocer a Dios.

El testimonio frente a la delegación de los fariseos, 1: 19-28. Notemos que Juan el Evangelista usa el término ISRAEL para señalar el verdadero pueblo de Dios, pero cuando habla de los “judíos” describe a los elementos rebeldes de la nación que no recibieron “el testimonio”. Los “sacerdotes y levitas” representarían a los saduceos (1: 19), pero también hubo otra comisión de parte de los fariseos, el partido que más se interesaba en el tema de la manifestación del Mesías. Las preguntas de los vv. 20-23 corresponden a la expectación popular fundada sobre el Mesías y su Precursor. ¿Pretendía Juan ser el Mesías? No. Entonces, ¿pensaba ser el “Elías”, cuya presentación se profetizaba en Mal. 4: 5 y 6? Dice “No soy”. Tampoco se consideraba “el profeta”, con referencia, quizá, a Deut. 18: 15 – 22, bien que, normalmente, aquel “Profeta” se identificaba con el Mesías mismo. El único título que admite es el de “la voz que clama en el desierto” (Is. 40: 3): declaración que aquí se halla en la boca del mismo Bautista, mientras que en los Evangelios sinópticos se usa por los evangelistas para describir su misión. La VOZ, para la mentalidad de los orientales, era término muy expresivo, pues comprendían que una manifestación verbal producía efectos permanentes. Esta VOZ tenía que ver con la preparación del camino del Rey, según la costumbre –bien conocida entonces- de que heraldos de categoría procediesen a los potentados en sus viajes, insistiendo en que las autoridades locales llenasen los baches de los caminos para facilitar el paso del rey. (Cmp. Lo que el ángel Gabriel declaró sobre Juan y su misión en Luc. 1: 13-17). Juan niega el epíteto de “Elías” en su sentido consumado y final –antes del “Día grande del Señor”- pero Luc. 1: 17 con Mat. 11: 14; 17: 12 establecen una estrecha analogía entre el ministerio de Juan y el de “Elías profético” ya que ambos son llamados a preparar el camino del Señor.

La pregunta sobre el bautismo, 1: 24-28. Los fariseos preguntaron, con buena lógica, el porqué del bautismo de Juan si no era ni el Mesías ni el “Elías profético”, ya que se entendía el bautismo por

agua como el rito típico de iniciación, o de entrada en una nueva comunidad, y así se practicaba en la comunidad del Mar Muerto. En los relatos sinópticos se subraya que el bautismo de Juan correspondía al arrepentimiento, a la confesión de que las cosas no iban bien, ni en el fuero interno del individuo, ni en la nación. Esto se halla implícito aquí, pasando Juan en seguida a hablar de Aquel que estaba en medio de ellos, de tal estatura moral y espiritual que Juan no era digno ni de cumplir el trabajo de un esclavo desatado la correa de su calzado.

La culminación del testimonio del Bautista, 1: 29-34. Por fin Juan señala a “Aquel que había de venir” con la extraordinaria declaración: “He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. Para el que cree en la revelación conjunta de la Biblia, es evidente que el título “Cordero de Dios” recoge el sentido de Gén. 22: 7 y 8; del cordero pascual de Ex. cap. 12; de la perpétua ofrenda de corderos como holocaustos en el altar del Templo mañana y tarde (Ex. 29: 38-46). El concepto de una muerte vicaria, que “quita el pecado”, viene de Isa. cap. 53. ¿Cuánto comprendería el Bautista del profundo significado de su declaración? Como profeta podía haber pronunciado conceptos más allá de su comprensión entonces, pero también es posible que hubiese profundizado mucho en el sentido de los pasajes citados, iluminados para él por el Espíritu Santo. De todas formas, el Señor mismo comprendía perfectamente el alcance de la proclamación: que la consumación de su obra había de ser su muerte vicaria y expiatoria en la Cruz. Juan mismo había visto al Espíritu descender sobre el Señor en forma de paloma, lo que había servido para identificar a Jesús como el Mesías, el Hijo de Dios (1: 32 – 34). El Espíritu Santo no sólo **descendió** sobre Jesús, sino que también **permaneció**, señalándole como Aquel que se hallaba en perfecta comunión con Dios, teniendo por misión “bautizar”, no con agua, como Juan, sino con el Espíritu mismo. El fin último de su misión era el de restaurar la comunión de todo creyente con Dios (Véanse Mat. 3: 11 y Hech. 1: 5).

LOS PRIMEROS DISCIPULOS, 1: 35-51

Los amigos-discípulos

Los primeros contactos. Hay diferencias tan grandes entre el relato aquí y el del llamamiento de los primeros discípulos en los Sinópticos, que a primera vista parece ser que se trata de contradicciones. No es así, sino que se trata de una diferencia de enfoque y de momento. Los llamamientos que tenemos delante son contactos que podemos llamar “personales”, que siguieron el testimonio del Bautista. Las personas mencionadas aquí, después de conocer al Señor, le acompañaban a veces, y se entregaban a sus trabajos normales en otras ocasiones. En los Sinópticos se trata del momento en que dejaron todo –las redes y lo que fuera- para estar con el Señor –después de la realización de su misión en Judea- de forma permanente, como discípulos que pronto habían de ser nombrados “Apóstoles” de una manera “oficial”. Surge también otro problema: por los relatos de los Sinópticos parece ser que los discípulos tardaron mucho en sacar las consecuencias de las grandes obras del Señor, llegando a comprender que era el “Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mat. 16:16); mientras que aquí parece ser que había un reconocimiento inmediato de Jesús como Mesías, como Hijo de Dios e Hijo del Hombre. De nuevo hemos de distinguir entre la revelación personal de cada uno, y el reconocimiento oficial que llegó a su consumación en Cesarea de Filipo. Sin duda la comprensión de los discípulos fluctuaba; eran hombres, al fin, y Jesús de Nazaret no “se imponía”, sino que convivía con ellos de una forma muy humana y natural.

Andrés y Juan, 1: 35-39. El día después de la gran proclamación del Bautista, éste reiteró la declaración acerca de Jesús. Andrés y otro compañero (sin duda, discípulos del Bautista) quedaron

tan impresionados que “siguieron a Jesús”. No se nos dice que el segundo era Juan, pero no había razón para suprimir el nombre si se tratara de otro. El modo en el que el autor del Evangelio hace referencia a sí mismo es algo misterioso, pero el cúmulo de evidencia determina que es Juan el Apóstol. La historia de los vv.35-39 es preciosa y necesitamos usar un poco de imaginación para “ver” lo que aconteció. Al volverse el Señor a quienes le seguían -la timidez impedía que “abordasen” al Señor- les dio lugar para explicarse. La pregunta –“¿Qué buscáis?” recibe una respuesta extraña: “¿Dónde moras?” y deducimos que no sólo querían un poco de conversación, sino más bien un trato más íntimo con Aquel que había sido señalado por el Bautista. “Venid y ved” es una contestación que revela ya la Personalidad del Señor estando abierta “la puerta” de la comunicación siempre. EL VERBO ENCARNADO se gozaba en revelarse y, desde siempre, el que busca halla, y el oído apercebido recibe la palabra divina sin estorbo. Así empezó para Andrés y Juan una vida de “revelación y de comunión” con el Maestro que jamás ha cesado.

Simón Pedro, 1: 40-42. Juan menciona a Andrés tres veces, aquí y en 6: 8 y 9, y en 12: 22; en todos los casos se nos presenta como un hombre de sentido práctico, hábil en el arte de entablar relaciones con otros. Al hallarse prendido por la personalidad y las enseñanzas del Maestro, busca a su hermano Simón, lanzándose en seguida a un testimonio directo: “¡Hemos hallado al Mesías!” y, acto seguido, “le llevó a Jesús”. Andrés no podía dar expresión adecuada de lo que había experimentado, pero, muy sabiamente colocó a su hermano en la presencia del Maestro, lo que viene a ser excelente lección en el arte de ganar almas para Cristo. Por una vez Pedro no dice nada, y es el Señor en su soberanía, quien, mirándole –con aprecio de todas las posibilidades de una destacada personalidad humana- le dice: “Tú eres Simón, hijo de Jonás. Tú serás llamado Pedro (una piedra)”. Cefas es la forma aramea de Pedro. Habían de pasar años antes de que Pedro, como portavoz de los Doce, confesara a Jesús como el “Mesías, el Hijo de Dios viviente”, y que recibiera la bendición del Señor como “Pedro”, la piedra que se colocaba sobre la Roca de su confesión, que era Cristo; pero la obra en el corazón del gran Apóstol empezó aquel día. Su silencio es “elocuente”, tratándose de un hombre de carácter arrojado, mostrando, sin duda, que se puso entonces a la disposición del Señor para el cumplimiento de algo envuelto aún en el misterio.

Felipe de Betsáida, 1: 43-45. Más tarde Pedro había de residir en Capernaum, pero tanto él como Andrés y Felipe eran oriundos de Betsáida, un pequeño puerto al nordeste de Capernaum, y se vislumbran antiguas relaciones entre los tres. El Señor había de ir a Galilea donde la primera “señal” precedería su misión en Judea, en el Sur, y es el mismo quien dice a Felipe: “Sígueme”. Es posible que hubiesen contactos anteriores con Felipe por medio del círculo de los discípulos del Bautista, pero lo importante es que Jesús “halló a Felipe” y le llamó. Poco sabemos de Felipe, bien que Juan le menciona en 6: 5; 12: 21; 14: 8 y, siendo soldado de segunda fila, sabe dar ayuda práctica, asociándose con Andrés. Este “Felipe el Apóstol” ha de distinguirse de “Felipe el Evangelista” de Hech. Cap. 8, etcétera. La ausencia de noticias acerca de algunos Apóstoles en las Escrituras no supone que su apostolado fuese menguado, pues cada uno cumpliría la misión para la cual el Maestro le llamó, y todo se sabrá delante del Tribunal de Cristo. Empezó su vida de discípulo magníficamente, pues, conociendo las inquietudes de su amigo Nataniel, le buscó para darle el testimonio de v. 45, identificando a Jesús con el Mesías anunciado por Moisés y los profetas. Moisés habló del “Profeta”, como ya hemos visto, y se ha de pensar en los símbolos del orden levítico, además de las últimas profecías de **Deuteronomio**, en las que está implícito el concepto de la salvación del pueblo por medio del Mesías.

Natanael, 1: 46-51. Es probable que Natanael sea otro nombre para Bartolomé el Apóstol. Ante el testimonio de Felipe, su primera reacción fue de incredulidad, ya que Nazaret no parecía lugar

adecuado para el origen del Mesías. Felipe, con la misma sabiduría que había mostrado Andrés, le invita a tomar contacto personal con Jesús: “Ven y ve”. La conversación entre el Maestro y Natanael es muy interesante, bien que su brevedad nos fuerza a emplear cierta medida de imaginación controlada. El Maestro tomó la iniciativa, llamándole “un israelita en quien no hay engaño”. Correspondía a lo que un “israelita” debiera haber sido siempre: un alma que se ponía con sencillez a la disposición del Dios de Israel, tal como se había revelado al pueblo. Este aprecio de su carácter asombra a Nataniel, quien pregunta: “¿De dónde me conoces?”. Es evidente que, en este caso se trata de un primer encuentro. Su asombro fue acrecentado cuando Jesús de Nazaret indicaba que sabía lo que hacía antes de llamarle Felipe. La “higuera” no ha de tomarse como símbolo, pero, al mismo tiempo, la declaración de Jesús ha de encerrar un sentido profundo y real, pues lo que hacía Nataniel debajo de la higuera determinó la impresión que la omnisciencia de Cristo produjera en este israelita genuino. No era desconocida la costumbre de emplear la sombra y reclusión de cierto tipo de higuera como “lugar de meditación”, y lo más probable es que el hombre piadoso se había apartado de las actividades y tensiones de su hogar, o trabajo, para meditar en el tema de la “salvación de Israel”. De allí salió para encontrarse con el Salvador de Israel. Que Jesús conociera el lugar, que supiera el tema de sus meditaciones, formando un concepto exacto de su carácter y anhelos: todo ello convenció a Nataniel – hombre de corazón preparado- de que estaba en la presencia del Mesías: “Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel”. Seguramente el discípulo había de aprender mucho más sobre el profundo sentido de estos títulos en el futuro, pero su confesión de fe es completa y exacta, ejemplo de la “luz” que había de penetrar las tinieblas de muchos corazones según la selección de incidentes de este Evangelio. EL VERBO ENCARNADO expresaba verdades profundas, desde el principio de su ministerio. La respuesta del Señor en los vv. 50 y 51 se relaciona seguramente con la experiencia de Jacob en Gén. 28: 10-22, ya que en Betel Jacob empezó a experimentar por sí lo que podría ser una verdadera comunicación entre el Cielo y él mismo; se emplea la misma figura de ángeles que ascienden y descienden. Pero en la contestación del Señor, es él mismo, como Hijo del Hombre, quien llega a enlazar un “cielo abierto” con la tierra. Había sido cosa “grande” que el Maestro conociera el corazón y los anhelos íntimos de Natanael. Sería algo mayor cuando, después de efectuarse la obra de la redención, hubiera comunicación franca y sin límites entre el Cielo abierto y los hombres. Con un enfoque algo diferente, pero expresando la misma verdad esencial, Pablo afirma: “Hay un solo Dios y un solo Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo, Hombre” (1 Tim. 2: 5).

ESTUDIO III

EL PODER Y LA AUTORIDAD DEL VERBO ENCARNADO

Juan 2: 1-25

EL PODER DEL VERBO ENCARNADO, 2: 1-11

Las “señales” en este Evangelio

La manifestación de la gloria del Verbo. Al final de su escrito Juan insiste en que no nos ha dado más que una selección de las obras del Señor, puesto que la relación completa de éstas sería tarea interminable, ya que eran tantas y tan maravillosas (20: 30 y 31; 21: 25). Sin embargo, la selección bastaría para probar que Jesús era el Cristo, el Hijo de Dios, siendo base para una fe real y medio de entrar en vida eterna para el creyente. Hemos notado en lecciones anteriores que Juan no vuelve a emplear el título de VERBO después de su **Introducción**, pero hemos de darnos cuenta de que cada “señal”, cada incidente, cada declaración de Jesús tenía por finalidad la manifestación de la gloria de Dios, entendiendo “gloria” como la manifestación de su Persona y de su gracia, como Autor del Plan de Redención.

El significado del término “señal”. En el Nuevo Testamento se emplean tres términos para describir obras que pueden llamarse “sobrenaturales”, ya que el observador no puede hallar una explicación de lo que presencia y oye dentro de las fuerzas naturales que conoce (Hech. 2: 22; Heb. 2: 4, etcétera). Uno puede traducirse por “portento”, o sea, algo que llama poderosamente la atención del observador y causa asombro. Otro –que normalmente se traduce por “milagro” –quiere decir (literalmente) “una potencia”, ya que la obra evidencia el poder extraordinario que la produce. El tercero es “señal”, que es el único término empleado por Juan en este Evangelio. Es muy importante porque enfatiza no ya lo asombroso del hecho, ni siquiera su potencia, sino **su significado**. El diablo puede hacer milagros, que también son portentos y “señales”, pero, ¿señales de qué? En su caso manifiestan un poder que es contrario a la Palabra de Dios, pero las señales del Señor Jesucristo manifiestan los atributos de Dios, dando a conocer sus propósitos para con los hombres. Normalmente evidencia la gracia divina –amor, misericordia, compasión, potencia salvadora- y el designio de Dios que tiene por finalidad la restauración de la raza arruinada por el pecado. Con todo, no se excluye el “milagro de juicio”. (Para un tratamiento más completo de este tema, véase MILAGROS, en LA INTRODUCCIÓN A LOS CUATRO EVANGELIOS, Ernesto Trenchard, CEFB/ FLET o en COMENTARIO EXPOSITIVO DEL NUEVO TESTAMENTO, Ernesto Trenchard, CEFB.

La primera señal en Caná de Galilea, 2: 1-11

Circunstancias y geografía. El pueblo de Caná se situaba a doce kilómetros al norte de Nazaret, entre los collados del corazón de la provincia de Galilea. La corta distancia que separaba los dos pueblos lo hace probable que María, madre de Jesús, tuviese parientes o amigos que habitaban allí. Su actuación en esta maravillosa narración sugiere un grado considerable de amistad, de confianza y aún de autoridad. El Señor había vuelto a Galilea desde el lugar de su bautismo, y es evidente que regresó a Nazaret en un principio. La invitación de que María asistiera a las bodas se hizo extensiva a Jesús y a sus discípulos. Ya hemos subrayado que los “discípulos” en esta época, eran amigos que seguían a Jesús, sin que se hubiese constituido aún el “cuerpo apostólico”. En el hecho de aceptar la invitación hallamos el primer indicio de la gracia del Señor, ya que el “Ungido”, que había de realizar la obra redentora, que haría posible –según el precursor- que bautizara a creyentes con el Espíritu Santo de Dios, no desdeñó una ocasión familiar y social.

Lo ocurrido en Caná de Galilea, 2: 3-10. La historia está delante de nosotros en las sencillas y hermosas palabras del Evangelista, y es muy conocida. No sabemos muy bien los ritos para el casamiento entre los judíos en los principios del primer siglo, pero es seguro que el banquete de bodas no se excusaba nunca, y no nos es difícil comprender que el honor de la familia se halla involucrado con la provisión adecuada para los invitados al festín. De allí la pequeña tragedia familiar que se indica por la frase: “llegó a faltar el vino”. La intervención de María y la contestación de Jesús han de entenderse: a) Tomando en cuenta las formas de hablar de aquel entonces; b) la misión del Señor que ya se inicia. María advierte la tragedia doméstica a su Hijo, diciendo sencillamente: “No tienen vino”, y hemos de suponer que ella comprendía que había poder en el Señor para remediar el mal. Hasta donde llegara su comprensión de la Persona y Obra de Jesús en aquella época, no lo sabemos. La contestación del Señor (v. 4), a primera vista, parece una repulsa, pero el cuadro total nos hace pensar que no podía ser así, o, por lo menos, la corrección de ciertas ideas de María no implica falta de cortesía. “Mujer” fue término de uso normal. Obviamente el Señor toma nota de la advertencia de su madre, pero ésta no ha de suponer que el plan de la obra de su Hijo podía ser ordenado por ella, como madre revestida de autoridad especial. Se ha sugerido el significado siguiente para la contestación del Señor: “Tus ideas e intereses no han de coincidir necesariamente con los míos. Tengo un programa, y cada cosa se cumplirá en su hora”. Haciendo Jesús esta referencia a “la Hora”, tiene delante no sólo la ocasión inmediata del vino, sino la “Hora” de la consumación de su obra en la Cruz y en su Resurrección, pues llega a ser un tema repetido en este Evangelio. Se afirma la sola voluntad de Jesús en cuanto a la programación de su misión, pero María no queda ni herida ni desanimada, puesto que dice a los criados: “Haced cualquier cosa que os diga”, que muestra tanto su “confianza” en aquella cosa como su fe en la potencia y autoridad de su Hijo.

Juan escribió después de la trágica sublevación de los judíos en contra de Roma de los años 66-70 d.C., que cambió la faz de Palestina; al final del primer siglo tenía que explicar las antiguas costumbres de su pueblo a los lectores gentiles, y por eso nota que las casas de Galilea tenían tinajas a la puerta que facilitaban el lavamiento de manos y pies tanto al entrar en el hogar como antes y después de las comidas. No hemos de buscar interpretaciones alegóricas para la tinajas y su contenido, sino notar tan sólo que cuando el Maestro mandó a los siervos que las llenasen, le obedecieron cumplidamente. De igual modo, dieron cumplimiento a la extraña orden: “Sacad ahora y llevar al maestresala”. Este era un amigo honrado que presidía el banquete. Hemos de suponer que sólo el agua vertida fuese convertida en vino, pero sin límites ya en cuanto a la previsión, en vista de la cabida de los tinajuelas (2: 6). El presidente pudo apreciar la buena calidad del vino, y felicitó al esposo, bien con extrañeza de que lo mejor había sido guardado hasta lo último.

Una señal del poder creador del Señor. Dentro del marco humilde de unas bodas, campesinas, bajo el signo de la pobreza de una familia que no podía gastar más dinero en vino, pese a la deshonra que temían, el VERBO ENCARNADO manifestó su gloria **como Creador**. Hubo elementos en el vino que no existían en el agua de las tinajas, y que no podían producirse por un proceso natural sin la vida, la tierra, el sol, el aire, y el factor imprescindible del tiempo. El milagro, pues, señala a Cristo como el Hijo Creador, idéntico con el Verbo de 1: 3, sin el cual nada de lo creado había sido hecho.

Una señal que aumentó el gozo de los hombres. Con contadas excepciones, los milagros del Señor Jesucristo restauraban a los hombres a su salud normal como seres humanos, pero casi siempre en el sentido físico, por lo menos en lo visible y externo. Pero el hombre no sólo necesita ver, oír, andar, etcétera, sino que tiene necesidad de satisfacer todos los aspectos de su ser. Proveer vino para las mesas de un banquete de bodas parece muy poca cosa, pero seres humanos habrían sido entristecidos y humillados sin aquella provisión, de modo que, no sólo fue realizado un acto creador, sino que

almas humanas fueron bendecidas, restaurándose a su gozo. Es interesante comparar esta “señal” con la que el diablo propuso al Señor en el curso de la tentación: que se echara desde lo alto del Templo a la vista de las multitudes, anunciándose como el Mesías por medio de un acto que conduciría al “culto de la personalidad”. La contestación del Maestro indicó que tal acto no cabía en el plan de Dios, sino que sería “tentar a Dios”, por el intento de forzarle la mano para algo que no implicaba más que la glorificación del “yo”. En cambio, efectuó este milagro en una casa de Caná de Galilea, y pocas personas se dieron cuenta de lo maravilloso del hecho (2: 9).

La bendición que fluyó de un acto de obediencia, 2: 5-10. No sabemos si fue necesario o no la advertencia de María a los siervos “Hacer cualquier cosa que él os dijere” –pero llega a resumir lapidariamente una lección de gran importancia. Ya hemos visto que él que convirtió el agua en vino era el mismo que había sacado el cosmos de la nada, de modo que su obra significaba una potencia ilimitada. Con todo, hubo otro acto necesario para que la provisión fuese aprovechada: el de la cumplida obediencia de los criados, y se van forjando los eslabones siguientes de bendición: la potencia y la gracia del VERBO...la obediencia de quienes se ponían a su disposición como siervos, sin réplica, sin argumentos y cumplidamente...el vino ya en las manos del presidente y circulando por las mesas, como señal de satisfacción y de gozo. Se subraya la norma constante de que la gracia de Dios ha de ser aprovechada humildemente por medio de quienes se someten al Señor en obediencia y fe.

Los discípulos vislumbran la gloria del VERBO, 2: 11. Como vimos al comentar 1: 14, “la gloria” es la revelación de la naturaleza, los atributos y propósitos de Dios, y en los Evangelios es el VERBO ENCARNADO quien “manifiesta su gloria”. Los discípulos empezaron a aprender importantes lecciones sobre la naturaleza y misión del Señor, y creyeron en él”. Ya habían creído, pero aumenta su comprensión y su fe por medio de esta PRIMERA SEÑAL.

LA AUTORIDAD DEL VERBO EN LA ESFERA DEL CULTO, 2: 12-25

Los movimientos del Señor y las esferas de su ministerio

De Nazaret a Capernaum, 2: 12. Nos gustaría saber lo que se hizo con la carpintería de Nazaret, ya que Jesús “descendió a Capernaum con su madre, sus hermanos y sus discípulos”. Los escriturarios en general suponen que José se había muerto antes de esta época, y que, por eso, Jesús, como hijo mayor, había tomado sobre sí las responsabilidades de cabeza de familia. Ya su base en Galilea había de ser Capernaum, sin que sepamos más acerca de la ocupación de sus hermanos durante aquella época.

Las esferas de ministerio de Cristo. Si no tuviésemos estos capítulos 2 a 4 de Juan, juzgando por las narraciones de los tres sinópticos, supondríamos que el Señor iniciara su ministerio público en Galilea, bien que Mateo nota que Jesús “se retiró” a Galilea después del encarcelamiento de Juan Bautista (Mat. 4: 12 y 13). A la luz de este Evangelio, sabemos que Jesús realizó una obra importante en Judea antes del notable ministerio en Galilea que los tres primeros Evangelios detallan en términos parecidos. Por Lucas (caps. 9 a 19) sabemos que, anteriormente a su subida a Jerusalén por última vez (antes de su Pasión), Jesús había cumplido una extensa misión en Perea, al oriente del Jordán.

Jerusalén, el Templo y la Pascua, 2: 12-23

Jesús y el culto judaico. Hemos de distinguir entre lo que era de Dios en el culto judaico y las tergiversaciones de la verdad que habían resultado del legalismo de los fariseos y de la avaricia de los jefes sacerdotales. Dios había ordenado la construcción del Tabernáculo en el Desierto y el Templo que lo sustituyó en Jerusalén, ciudad escogida como centro tanto del reino davídico como del culto. Después del regreso desde Babilonia de una minoría de los judíos a Jerusalén, según las narraciones de Esdras y Nehemías, la Casa de Dios había sido reedificada por instrucciones proféticas, y el de Herodes se consideraba como la continuación de este “segundo Templo”, y que se levantaba sin interrupción del culto. Por una parte, pues, el Templo en Jerusalén era “casa de mi Padre” para Cristo, y, según la cita del Salmo 69, “el celo de tu casa me consumirá” (2: 17). En la segunda limpieza del Templo –sin duda, había dos,- el Señor cita Is. 56: 7: “Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones”, añadiendo otra declaración de Jer. 7: 11: “Mas vosotros la hebéis hecho cueva de ladrones”. Por cuanto el Templo representaba todavía un propósito divino de “poner su Nombre” en su Casa, Jesús era “Señor del Templo”, con profundo interés en mantener la pureza del culto. No hemos de olvidarnos de que siempre había un “resto fiel” de israelitas que hacían uso digno del Templo y de sus ritos. Por otra parte la casta sacerdotal se había adueñado del hermoso edificio, y lo administraban –con todos sus servicios y dependencias- para su propio prestigio y lucro, convirtiéndole en “cueva de ladrones”. Debíamos recordar este sentido ambivalente del Templo en la lectura de los Evangelios en su totalidad, y aun en la vida del apóstol Pablo.

La subida a Jerusalén en la época de la Pascua, 2: 13. Esta mención de la “Pascua de los judíos” es interesante por varias razones. La subida a la capital obedecía al mandato de la Ley de que todo varón israelita tenía la obligación de subir al Templo tres veces al año, en tres fiestas notables, siendo una de ellas la de la Pascua, que recordaba la salida de Israel de Egipto. El Señor, pues, “nacido de mujer, nacido bajo la Ley” (Gál. 4: 4), cumplía fielmente con los requisitos de la Ley como israelita piadoso. En este sentido “vino a ser ministro de la circuncisión en favor de la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres” (Rom. 15: 8). No se le excusaba dar su testimonio especial y único en el centro del culto de Israel. Por otra parte, Juan, después de muchos años, describe la Pascua como “la de los judíos”, ya que los judíos incrédulos o legalistas, habían perdido de vista el profundo significado de la Pascua. Al estudiar la cronología del ministerio del Señor, esta mención de la “primera Pascua” nos ayuda a fijar, siquiera aproximadamente, las fechas de las distintas épocas de su ministerio. Los corderos se inmolaban por los sacerdotes en el Templo, y los oferentes los llevaban luego a sus hogares para la fiesta pascual.

La primera limpieza del Templo, 2: 14-16. El Templo tuvo por centro el Santuario, donde sólo entraban los sacerdotes. Delante se hallaba el patio de los sacerdotes, y alrededor de éste, el “patio de las mujeres” adonde podía entrar todo israelita. Bajando por una hermosa escalera (pasando desde dentro hacia afuera) se llegaba al patio de los gentiles, donde los no-israelitas podían entrar hasta llegar a una barrera que señalaba el límite de la penetración de los incircuncisos. El “mercado” se celebraba en este patio externo, que el Señor consideraba como parte integrante del Templo, y de importancia especial como testimonio frente a las gentes. La venta de ovejas, bueyes, palomas, etcétera, fue algo necesario, ya que les era imposible a los israelitas traer a sus animales desde Galilea, por ejemplo, y necesitaban un mercado en Jerusalén. Sitio había para tal mercado al pie del Monte de los Olivos, pero, por la conveniencia de la casta sacerdotal, se había trasladado al Patio de los Gentiles. El trabajo de los cambistas también fue necesario, ya que sólo el “siclo del Templo” podía emplearse para cosas sagradas, incluyendo la compra de animales para el sacrificio, de modo que los judíos tenían que cambiar la moneda de Roma –o la de distintas regiones- por el siclo. Lo malo consistía en dos cosas: las ganancias injustas de los cambistas y el lugar sagrado donde se

desarrollaba el negocio. Para el “Señor del Templo” esto degradaba el lugar santo, convirtiéndolo en mercado y “cueva de ladrones”. Podemos imaginar la suciedad que suponía un mercado, y la gritería y confusión que resultaban de los negocios y la venta de animales. El “azote de cuerda” podía hacerse fácilmente de las que habían sujetado a los animales, y como “instrumento de fuerza” no servía para dominar una multitud de comerciantes, ganaderos, la policía del Templo, etcétera. Era símbolo de la autoridad del Señor del Templo, cuya mirada y palabras infundían espanto inexplicable –humanamente- en los corazones de los hombres carnales que se enriquecían a expensas de la piedad del pueblo de Dios. El Señor derribó las mesas de los cambistas, y desalojó todo el Patio sagrado. He aquí un milagro de condenación, y bien que Juan no lo llama “señal”, de hecho lo era, revelando la santidad de Dios y su ira en contra de quienes degradan las cosas santas. No hay dificultad alguna en comprender que, durante las largas ausencias del Señor en Galilea y Perea, los negociantes, animados por los jefes de los sacerdotes, volviesen a infiltrar en el Patio, para mayor conveniencia suya.

La señal del levantamiento del Templo, 2: 18-24

La autoridad y la señal, 2: 18. La cuestión de la autoridad del Señor, al llevar a cabo la misión que había recibido de su Padre, tenía forzosamente que surgir una y otra vez en el curso de su ministerio. Los judíos –se entiende los recalcitrantes de Jerusalén- le preguntaban en efecto: “Quién eres tú para meterte en lo que pasa en el patio del Templo?” Para los orientales las credenciales de quien pretendía autoridad fuera de la normal consistían en realizar “una señal”. El Señor ya iba realizando muchas (2: 23), pero estos rebeldes no sabían discernir la gloria de Dios en curaciones y obras de poder. Habían formado su propia idea de lo que había de ser “una señal”, pensando quizá en hacer descender fuego del cielo, a la manera de Elías. El Señor nunca proveía “evidencias fáciles” para los rebeldes, y responde enigmáticamente de tal forma que los creyentes serían iluminados –andando el tiempo- pero los incrédulos quedarían más confusos que nunca.

El simbolismo del Templo, 2: 19-22. Al decir: “Destruid este Santuario y en tres días lo levantaré” el Señor anunció ya que habían de crucificarle, y que él sería levantado en tres días. Por “santuario” ellos entendían el Templo de Herodes, y se preguntaban cómo podía este profeta levantarlo en tres días. La cifra de “46 años” no se puede definir, pues Herodes había empezado la obra en el año 20 a. de C., y no se había acabado totalmente hasta el año 64 d. de C., sólo seis años antes de su destrucción por Tito. Como la obra se realizaba por etapas, los judíos en cuestión tomaban las cifras que conocían. Por ser el Santuario lugar donde la gloria de Dios se manifestaba, el simbolismo aplicaba perfectamente al cuerpo del Señor, y más tarde (Epístola a los Efesios, etcétera) había de usarse con referencia a la Iglesia como Cuerpo Místico del Señor. Tales simbolismos, como ya hemos visto, no podían abrir los ojos espirituales de los incrédulos, que reaccionaban igualmente en contra de las palabras más claras del Señor, pero confirmaba la fe de los discípulos después (2: 22). Una forma tergiversada en este dicho fue usada como evidencia en contra del Señor cuando se hallaba frente al Sanedrín.

El Señor frente a hombres volubles e inconstantes, 2: 23 y 25

Un ministerio amplio, 2: 23. El hecho de que Juan selecciona y detalla mucho ciertos incidentes (la conversación con Nicodemo, por ejemplo) tiende a cegarnos a algunas referencias que implican un ministerio amplio. Fijémonos en que el Señor, durante aquel periodo, hacía muchas señales (que no se detallan) lo que llevó a muchos a creer en él. Nicodemo quedó muy impresionado ante “estas que tú haces” (3: 2), reconociéndolas como las credenciales de un Maestro. En 3: 22 se nota un tiempo

indeterminado en “la tierra de Judea”, y 4: 1-3 revela que Jesús hacía y bautizaba más discípulos que Juan. Sin duda este ministerio en el Sur duraba desde la Pascua –digamos el mes de abril- hasta enero del año siguiente.

Creyentes reales y superficiales, 2: 23-25. Los últimos versículos del capítulo indican que un número considerable de los habitantes de Jerusalén profesaban “creer” en Jesús, pero deducimos de 2: 24 y 25 que la calidad de la fe de muchos dejaba mucho que desear. No hemos de imaginar que todo fuese oropel –el mero asombro ante las señales- pero sin duda que el Señor tenía verdaderos discípulos en Jerusalén y Judea. Lo que indica Juan es que el Maestro discernía las intenciones del corazón, sabiendo exactamente lo que daba de sí el hombre caído, y sin fiarse de manifestaciones entusiastas. Hacemos bien en recordar siempre que “él conocía (y conoce) lo que había en el hombre”. Tanto era así que su misión se había de cumplir, no por inculcar en la mente de los no-regenerados los preceptos del Sermón del Monte, sino en morir bajo el peso del pecado, sacando a la luz la vida y la inmortalidad por su gloriosa Resurrección: hecho que acababa de predecir en símbolo. Por eso había de insistir, frente a Nicodemo: “Os es necesario nacer de nuevo”.

ESTUDIO IV

EL NUEVO NACIMIENTO Y EL TESTIGO DEL CIELO

Juan 3: 1-36

El enlace con el Prólogo

Los temas del capítulo 3. Se ha visto que Juan, en su Prólogo (1: 1-18), lanza varios conceptos relacionados con la manifestación de Dios por medio del Verbo encarnado, y después selecciona una serie de “señales” e incidentes que ilustran los temas de su **Introducción**. En este capítulo hallamos no sólo el conocido tema del “nuevo nacimiento”, sino varios otros de suprema importancia.

1) **El Señor conoce el corazón del hombre** y sabe lo que significa el esfuerzo de Nicodemo por hallar la verdad. Esto sigue la declaración de 2: 23-25.

2) Al insistir en el tema del **nuevo nacimiento** el Maestro subraya la misma verdad que Juan había señalado en 1: 12 y 13, y hallamos aquí un claro ejemplo de uno que, por fin, llegó a ser “hijo de Dios” por fe en el Nombre del Señor (3: 3-10).

3) El Señor se presenta a sí mismo como el **Testigo Celestial** que podía dar testimonio de la verdad total ya que del Cielo había descendido (3: 11-13, 31-34).

4) El tema de la **vida eterna que se recibe por la fe en el Hijo** surge con toda naturalidad de la discusión sobre el **nuevo nacimiento**, y es de suma importancia (3: 14-18). Probablemente hemos de entender que es el Señor mismo quien pronuncia las palabras de toda la sección 3: 13-21.

5) **El contraste entre la luz y las tinieblas** se destacó en 1: 4-9 y el tema se recoge en 3: 19-21.

6) Se vuelve al **testimonio de Juan el Bautista** en los vv. 22-30, que confirman sus declaraciones anteriores. La misión del Bautista “mengua” ya que el Rey está ya delante del pueblo, aumentándose el poder y autoridad de su obra.

7) El tema del TESTIGO predomina en la última sección (3: 31-36), unido con **la autoridad del Hijo**, y aquella oferta de vida eterna que se encarna en el Hijo (3: 34-36). Recibir al Hijo es recibir la vida, y rechazarle es excluirse a uno mismo de la vida (3: 36).

El Nuevo Nacimiento en la conversación con Nicodemo, 3: 1-10

La persona de Nicodemo. Pertenece a la secta de los fariseos que solían unir una doctrina bastante sana con un espíritu legalista que producía choques con la enseñanza poderosa y directa de Cristo. Era hombre principal – miembro del Sanedrín – y destacado maestro (3: 1 y 10, con 7: 50-52; 19: 39-42): Es posible que acudiera a Jesús de noche para no ser observado, pero también es probable que las horas nocturnas ofrecían la única posibilidad para una conversación íntima con el Maestro. Lo importante es que **vino a Jesús** y había aprendido algo que sus compañeros no querían ver: que las “señales” que hacía el Señor le acreditaban como Maestro venido de Dios (3: 2). Las “señales” iban cumpliendo su propósito hasta el punto de que la luz empezaba a penetrar en el corazón de un destacado fariseo. Pero la entrada de la luz significaba una lucha entre ella y las tinieblas (1: 4 y 5). Las dificultades que halla Nicodemo cuando el Señor le enfrenta con la profunda verdad de la necesidad del nuevo nacimiento son muy naturales –de hecho, inevitables- y debiéramos reconocer en él a un hombre que –pese al ambiente que le rodeaba- buscaba la verdad en Cristo y la halló.

Surge el tema del nuevo nacimiento, 3: 3 y ss. El vocablo griego traducido por “nuevo” puede significar también “de arriba”, que corresponde bien al contraste posterior entre lo celestial y lo terrenal. No sabemos las ideas que tendría Nicodemo sobre el posible desarrollo de su conversación

con el Maestro, pero no hay duda en cuanto a su sorpresa al escuchar las enfáticas palabras del v.3: “**De cierto, de cierto**”, corresponde al “**amén, amén**” de los hebreos, y subraya con mucha fuerza la verdad anunciada. El hombre natural –aun el hombre religioso- no podía “ver el Reino de Dios” si no naciere de nuevo (o de arriba). “Ver el reino” es igual que “entrar en el Reino” con énfasis sobre la experiencia de comprender lo que hay dentro del Reino. No quiere decir una visión lejana. En el v. 4 Nicodemo está hablando consigo mismo, bien que en la presencia del Maestro...”¿De qué se trata?¿Cómo puede un hombre volver a empezar su vida?”

Lo nacido del agua y del Espíritu, 3: 5-7. El Señor procede a explicar el término que tanto chocó a Nicodemo, pero nosotros podríamos pensar que la explicación es tan difícil como el término anterior del “nuevo nacimiento”. Con el mismo énfasis el Maestro insiste en que es necesario nacer del **agua y del Espíritu** para entrar en el Reino. No es de extrañar que –pasando los siglos- cristianos hayan pensado que el “agua” aquí equivale al bautismo cristiano, o al bautizar de criaturas, obrando luego el Espíritu. Sin embargo, al intentar la interpretación de una frase, siempre tenemos que preguntar: “¿Qué podía significar para la persona que la oyera?” Desde luego, una referencia anticipada al bautismo cristiano no significaría nada para Nicodemo. Podía recordar el bautismo de los prosélitos que recibían los fariseos. Debiera haber recordado el enlace entre “agua” y “Espíritu” en el Antiguo Testamento, en relación con el “nuevo nacimiento” de Israel (Ezequ. Caps. 36 y 37, etcétera). La explicación de “agua” como equivalente al bautismo de Juan, seguido por el otro bautismo en el Espíritu ya prometido es razonable (Mat. 3: 11), pero, con mayor probabilidad que la palabra **kai** (=la conjunción “y”) se emplea en sentido explicativo, como en muchos casos, y así tendríamos que leer: “El que no naciere del agua, o sea, del Espíritu, no puede entrar...”. Sin duda **todo el pasaje enfatiza la obra del Espíritu** que es distinta de la de la “carne”, como leemos en el v.6. “Carne” aquí se enlaza con su uso en 1: 12 y 13, siendo la naturaleza del hombre como tal en la tierra, y las palabras del Señor indican que hay una diferencia esencial entre la generación de los hijos de padres humanos, y la nueva vida que recibe aquel en cuyo corazón ha obrado el Espíritu Santo. La operación del Espíritu es tan misteriosa como los movimientos del viento y **pneuma** significa tanto viento como espíritu en el Nuevo Testamento. Dios obra la maravilla de producir en el corazón del creyente en Cristo una nueva naturaleza, que es la de Dios en el hombre.

La verdad que proclama el Testigo Celestial, 3: 11-13

¿Cómo podía Nicodemo aprender la verdad? Para establecer conceptos tan extraños y nuevos como los que enseñaba Cristo hacía falta un testigo de excepción, y frente las cavilaciones del fariseo el Señor insiste en que él hablaba de lo que sabía, porque había descendido del Cielo, aun siendo “Hijo del Hombre” (3: 11-13). Toda verdad se confirma por la evidencia de buenos testigos, y si se trataba de establecer verdades espirituales, fue preciso que Uno diera testimonio de lo que había visto y oído en la presencia de Dios. Nicodemo ya había admitido que Jesús era “maestro venido de Dios”, y ahora ha de aprender que su confesión tenía un alcance, y unas dimensiones, que él no había sospechado, ya que este Maestro traía la verdad del Cielo encarnada en su propia persona, como Verbo encarnado. Acordémonos de que el Evangelista no abandona el tema del VERBO, aun cuando no vuelve a repetir el término como tal. Aquí se identifica con el Testigo.

“Cosas terrenales y cosas celestiales”, 3: 12. El Maestro distingue entre las “cosas terrenales” que ya había enseñado, y las “celestiales” que habían de ser enseñadas después. En un sentido el tema del nuevo nacimiento era asunto celestial, pero se realiza sobre la tierra, y Jesús indica que habrá verdades de mayor altura que esperan una revelación futura. El nuevo nacimiento es el principio que hace posible las demás revelaciones.

El orden de la vida eterna, y cómo se ha de recibir, 3: 14-21

El nuevo nacimiento y la vida eterna, 3: 14-16. Por la preciosa ilustración de la serpiente de metal (Núm. 21: 9), el Maestro hace ver que es preciso una nueva vida porque los hombres –como los israelitas de entonces- se hallan en un estado de muerte, o de perdición, y sólo la “mirada de fe” podía salvarles de su peligro. El verbo que expresa el levantamiento del Hijo del Hombre se emplea en otros lugares por Juan, y encierra la idea de **exaltación**, ya que el Evangelista solía ver la obra de Cristo en su totalidad: su levantamiento a la Diestra para “administrar”, como Salvador y Señor, lo que había ganado en la Cruz. Esta obra total fue “**necesaria**”, según el plan de Dios, y hemos de mirar a Aquel que dijo: “Estuve muerto, más he aquí yo vivo por los siglos de los siglos” (Apoc. 1: 18).

El compendio del Evangelio, 3: 16. Este maravilloso texto nos enseña que la posibilidad de nueva vida tiene su origen en el amor de Dios, y que este amor se conoce por el Don del Hijo. Como dice Pablo: “Por gracia sois salvos”, pues todo es de Dios, y su gracia es obra salvadora al impulso de su amor. Ahora bien, esta corriente de vida no fluye automáticamente, sino que se pone a la disposición de todo aquel que cree, deponiendo todo esfuerzo propio, sin pretender mérito alguno, para descansar como un niño en el Hijo. No podemos prescindir de estos dos aspectos del nuevo nacimiento: la gracia de Dios y la fe de quien se salva. Pedro nos hace ver que la Fuente de Vida se halla en la Resurrección de Cristo (1 Ped. 1: 3).

La salvación contrastada con la condenación y el juicio, 3: 17-21. El pecado del hombre trae como consecuencia la condenación y el juicio, ya que Dios es justo y no puede dejar de serlo. Por eso hay un estado de “ira” entre su Trono y los rebeldes (3: 36). Con todo, la primera Venida del Hijo sacó a la luz la vida y la inmortalidad, garantizadas por la obra de la Cruz. No vino para condenar, sino para salvar. Ahora bien, el hombre- sin poder salvarse- es libre para aceptar y rechazar la gracia de Dios en Cristo, y el juicio ahora consiste en que, teniendo delante la luz del Evangelio, hay muchos que prefieren las tinieblas. En este consiste el juicio. Si se incendiara una casa, y una persona pereciera en las llamas, pese a que hubiera podido salvarse, por hacer uso de la escalera de salvamento que los bomberos colocaron, se puede decir, con razón, que murió a causa del incendio. Pero con mayor razón se podría decir que murió porque no quiso valerse del medio de escape. Los hombres se pierden porque son pecadores, pero son condenados porque no han creído en el Nombre del Hijo. Comprendemos que el Señor expone a Nicodemo estas verdades hasta el fin del v. 21, de modo que los vv. 14-21 aclaran aspectos de la nueva vida.

Juan el Bautista cumple su ministerio y se retira, 3: 22-30

El ministerio en la tierra de Judea, 3: 22 y 23. El ministerio de Cristo en Galilea no empezó hasta que Juan el Bautista fuese encarcelado por Herodes (3: 24 con Mar. 1: 14). En Juan 2: 13 a 4: 3 hallamos indicaciones de la obra de Jesús en Jerusalén y en tierras de Judea, que no mencionan los sinópticos. Durante algún tiempo los ministerios de Juan y del Señor coincidían, y cada uno hizo bautizar a los arrepentidos. Varios de los discípulos de Juan habían seguido a Jesús, pero el v. 25 nos hace ver que Juan tenía aún su propio grupo de discípulos. No sabemos la sustancia de la discusión sobre la “purificación” y no sirve procurar imaginar lo que sería. Se menciona aquí porque, al llevar el asunto los discípulos de Juan a su maestro, hablaron también de la obra de Jesús, y se percibe una nota de amargura en la información; “Este bautiza y todos van a él” (3: 26).

El renovado testimonio de Juan, 3: 27-30. Juan emplea la preciosa figura de unas bodas, recalcando que es el esposo quien tiene la esposa, alegrándose el padrino a causa del gozo del esposo. La figura del Señor como Esposo y de la Iglesia como su esposa había de repetirse después, y sobre todo en las magníficas enseñanzas de Pablo en Ef. 5: 22-23. Hay algo más aquí que la actitud tan digna de Juan que está dispuesto a “menguar” con tal que Cristo “crezca”, pues se señala el fin de la misión del precursor quien ha hecho la presentación del Mesías y que pronto estará recluido en la prisión de Maquero, al este del Mar Muerto. Parece triste este fin, y la embajada que Juan envió a Jesús desde la cárcel ha hecho pensar a algunos que llegara a fluctuar su fe (Luc. 7: 18 y ss. Con Mat. 11: 2 y ss), pero sabemos muy poco de las intenciones del Bautista al enviar dos discípulos al Señor, y nada puede anular el testimonio que tenemos aquí, en el cap. 1, y porciones paralelas de los Sinópticos.

El testigo y el Mediador, 3: 31-36

El resumen de Juan el Evangelista. Las grandes verdades que hallamos en estos versículos se basan sin duda en palabras del Maestro, pero la mayoría de los escriturarios perciben la mano del Evangelista al recogerlas para redondear el tema que empezó con la visita de Nicodemo a Jesús. Volvemos aquí a la pregunta implícita en 3: 12 y 13...¿Cómo podemos aprender verdades celestiales?...Resurge, pues, la figura del Testigo celestial, pero se le ve también como el Administrador de todos “los bienes celestiales”, frente a quienes creen en su Nombre.

“El que viene de arriba”, 3: 31-32. “El que viene de arriba” no sólo puede dar un testimonio verídico de asuntos espirituales y celestiales, sino que ejerce una legítima autoridad: “**sobre todos es**”. Esto se reafirma en el v. 35 porque “el Padre ama al Hijo y ha entregado en su mano todas las cosas”, que señala al Hijo como Administrador y Mediador en todo lo que concierne el plan de la redención.

La recepción del testimonio, 3: 33-36. El testimonio del Enviado del Padre es poderosísimo, pero ya hemos visto que los amadores de las tinieblas no lo reciben. El v. 33 emplea la figura del “sello” (según los términos del griego) para describir la manera en que el creyente acepta el testimonio. Este viene sellado por Dios (6: 27, Vers. Hisp. Am.) y el creyente también estampilla el “sobre” con la evidencia diciendo: “Yo acepto este testimonio de Dios en su Hijo”.

La abundancia del Espíritu, 3: 34. Notemos los tres conceptos de este versículo: “Dios...sus palabras...el suministro ilimitado del Espíritu Santo”. Desde luego, El Hijo Mediador es implícito en todo como se indica por el contexto. ¡Qué hermoso es andar en un camino iluminado por las palabras de Dios según el testimonio del Hijo! ¡Qué trágico es que tan pocas personas busquen esta luz! Ya hemos visto que el Hijo, como culminación de su misión, bautiza con el Espíritu Santo, y esta declaración nos recuerda que, siendo el Espíritu Santo la tercera Persona de la Deidad, no es posible que sea dado “por medida”, sino en su infinita plenitud. Si tan poco experimentamos de la potencia del Espíritu es a causa del tamaño tan exiguo de nuestro “vaso”, al recibirle.

La ira y la vida, 3: 36. Generalmente el término “ira” en el Nuevo Testamento hace referencia al momento de la manifestación de los justos juicios de Dios sobre los rebeldes en tiempo futuro. Sin embargo, la ira de Dios viene a ser, no un arrebató de enojo, sino la tensión constante que existe entre la perfecta justicia de Dios por una parte y el pecado sin borrar del hombre rebelde por otra. Siempre existe, como ley inevitable, pero un día habrá de estallar en juicios visibles. Sin embargo, sólo pesa sobre el rebelde, que ve la luz de la vida en el Hijo y no la acepta. Todo aquel que se somete al Hijo, colocando en El la plenitud de su confianza, “tiene vida eterna”. El tiempo del verbo

es presente, y “**la vida eterna**” es la participación en la misma vida del Dios eterno, y no sólo algo que se espera en el futuro.

ESTUDIO 5

EL VERBO SE REVELA A LOS SAMARITANOS

Juan 4: 1-42

Introducción

Es difícil comentar una porción tan conocida como ésta, ya que tanto se ha dicho –en palabras muy semejantes- sobre la conversación entre Jesús y la mujer samaritana en muchas predicaciones del Evangelio. Como **estudio** debíamos recordar el plan de Juan en este Evangelio, ya que no deja de ilustrar, por medio de señales, incidentes y conversaciones, la maravillosa verdad de que el Verbo fue hecho **carne**, revelando progresivamente la gloria del Padre. En tal estudio, pues, hemos de procurar aclarar cuestiones de fondo, para que se entienda bien el relato y debíamos sacar la lección principal al meditar en los métodos de Cristo al revelarse a la samaritana, fijándonos muy especialmente en el tema de la **verdadera adoración** (4: 21-24), sin dejar de aprender las hermosas enseñanzas de 4: 31-38 sobre “la siembra y la siega”.

Circunstancias de fondo, 4: 1-9

Etapas de la misión de Jesús, 4: 1-3. Reiteramos que Juan nos ha dado indicios de un ministerio extenso en Judea que no hallamos en los Sinópticos, siendo probable que durara desde la Pascua del año 26 d.C. hasta el enero del año 27. Al final de este período los fariseos sabían que Jesús (por medio de sus discípulos) bautizaba más discípulos que Juan, y el éxito de su misión ya llegaba a ser tema de comentarios “políticos”. En la sabiduría de Dios la mayor parte de la revelación subsiguiente del VERBO había de realizarse en la provincia norteña de Galilea, según los relatos de los Sinópticos. Ya vimos en el último TEMA que la misión de Juan el Bautista tocaba a su fin.

El paso por Samaria, 4: 4 y 5. El Señor solía acomodarse a la costumbre de los judíos en sus idas y venidas entre Galilea y Jerusalén, evitando el paso directo por Samaria –que se hallaba en medio- por cruzar el Jordán, utilizando el camino al este del Jordán, en la provincia de Perea. En vista de eso, hemos de entender la “necesidad” de pasar por Samaria como una exigencia que surge de su misión divina, en el curso de la cual dio esta manifestación de su gloria a los samaritanos de Sicar. No es posible probar una relación entre la confesión de los samaritanos en 4: 39-42 y el éxito de la misión de Felipe en Samaria años más tarde según el relato de Hech. 8: 4-8, pero es muy probable que el evangelista segara donde el Maestro había sembrado (4: 36-38).

Sicar y el pozo de Jacob, 4: 5 y 6. Por Gén. 33: 18 y 19 sabemos que Jacob compró un terreno cerca de Siquén, donde los huesos de José fueron sepultados por fin (Jos. 24: 32), pero no sabemos por la historia sagrada nada del pozo que el patriarca dió a José. Lo importante es que el incidente se desarrolla en el centro de Palestina, entre los montes Ebal y Gerizim, donde Josué hizo que se leyera la ley al pueblo después de entrar los israelitas en Canaán (Jos. 8: 30-35). Debido a estas asociaciones sagradas, los samaritanos consideraron que “su monte” era el lugar que Dios escogió para poner allí su nombre, levantando su Templo en Gerizim.

El origen de los Samaritanos. Tenemos que remontar hasta los incidentes en 2 Reyes cap. 17 para ver el origen de este pueblo, tan mal visto por los judíos. El reino norteño había sido conquistado por el rey de Asiria, quien transportó la mayoría de los israelitas a otras tierras suyas, poblando las ciudades samaritanas con gente de otros lugares. Sin duda, quedaban bastantes israelitas de origen humilde, y por fin surgió un pueblo de esta mezcla racial que aceptaba el culto de Jehová y disponía de ejemplares del Pentateuco. Al volver un resto de judíos con Zorobabel, Esdras, etcétera, los

samaritanos quisieron colaborar en la construcción del Templo en Jerusalén, pero fueron rechazados a causa de la referida mezcla racial. Pudieron conseguir un sacerdote de la línea de Sadoc, y erigieron su propio templo, aceptando lo revelado por Moisés, pero rechazando el reino davídico. Durante el régimen de los descendientes de los macabeos en Judá, Galilea fue incorporado a la religión judaica, pese a la mezcla de razas allí, pero no así Samaria, que rehusó el dominio de Jerusalén. Así llegamos a los tiempos de Cristo. Todo se hallaba bajo el dominio último de los romanos, pero, en lo religioso, los judíos y los samaritanos caminaban por caminos distintos, bien que todos reconocían a Jehová como único Dios verdadero, aceptando todos la revelación del Pentateuco.

La conversación con la samaritana, 4: 7-20

La sabiduría del Señor. Todo lector comprensivo reconoce que el Maestro nos da una hermosa lección sobre la manera de interesar a un alma, despertar la conciencia, y presentar claramente la verdad. El primer contacto es muy natural desde un punto de vista, y muy extraño desde otro. Que un viajero, cansado después de una larga caminata, y sentado en el pretil del pozo a mediodía, pidiera un poco de agua a una mujer que tenía un cántaro con que sacarla, es algo muy normal en general. Pero en este caso mediaba el odio entre las razas y un rabino judío moriría de sed antes de pedir nada a una mujer samaritana. De ahí la extrañeza de la mujer, pese a lo natural de la petición: “Dame de beber”. El Señor había venido a buscar y salvar lo que se había perdido, de modo que aprovecha la conversación iniciada haciendo caso omiso de las “conveniencias” sociales y religiosas. El podía dar más que un trago de agua. Podía hablarla del “don de Dios” y de “agua viva”. En sí, “agua viva” sería la de un manantial, que fluía libremente, pero el Maestro va hacia la verdad espiritual: “El agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (4: 14). La samaritana presiente algo especial, pero, al pedir esta “agua” tan especial, piensa que la ahorrará la necesidad de ir al pozo para sacar el suministro diario (4: 15).

El Señor echa luz sobre los repliegues de la conciencia, 4: 16-19. Para realizar una obra real en el corazón de los pecadores, no existen procesos livianos ni mágicos. El mal ha de ponerse al descubierto, y en este caso, y al llegar a este preciso momento de la conversación, el Maestro manda a la mujer que llame a su marido: sugerencia que descubre las lacras de su vida moral. ¡Cinco maridos, y ahora vive con un hombre que no es su marido! Los samaritanos mantenían normas morales bastantes estrictas de modo que los vecinos –¡y vecinas!- mirarían mal a esta mujer, y quizá por eso iba sola a mediodía para sacar el agua. El conocimiento de la vida íntima de la mujer fue una manifestación entre tantas de la omnisciencia del Señor, y “señal” de ser el Verbo eterno encarnado. La mujer aprecia la importancia del hecho, pese a su propia vergüenza, y exclama: “Me parece que tú eres profeta”. La reacción es natural de parte de una samaritana, pues, admitiendo sólo la autoridad del Pentateuco, sus conciudadanos hablaban del Mesías, no como rey, hijo de David, sino como el Profeta anunciado por Moisés en Deut. 18: 15 y ss. Las frases que siguen en el v. 20 no constituyen necesariamente una “salida por la tangente” para evadir los resultados de la herida de la conciencia, pues si una samaritana había de admitir la ayuda espiritual de un profeta judío, surgía en seguida el problema: “¿Cómo aceptar esta ayuda de uno, según lo que me han enseñado, es un hereje que adora en Jerusalén en lugar de en Gerizin?”.

La verdadera adoración, 4: 20-26

Dios dio su revelación especial por medio de los judíos, 4: 22. La gracia, ternura y sabiduría del Señor no le impedía declarar una verdad precisa, aun cuando no estuviera al gusto del oyente. Como

hecho histórico, Dios había escogido la nación de Israel para ser su instrumento a los efectos de recibir, guardar y transmitir la Palabra de Dios, y aquella revelación no terminó con la muerte de Moisés, sino que siguió a través de Josué, Samuel, David, etcétera, escogiendo Dios la ciudad de Jerusalén como centro para el desarrollo de sus propósitos. Por eso la salvación vino por medio de los judíos, y los samaritanos se habían apartado de la base de la revelación divina por las circunstancias históricas que notamos arriba.

Un cambio que abriría los horizontes para una adoración verdadera y universal, 4:21 y 22. El Maestro reafirmó las verdades del Antiguo Testamento, pero, a la vez, anunció los efectos que surgirían de la contumacia de los judíos frente a la revelación de Dios en su Persona. Este rechazo había de ser medio para cumplir los propósitos más amplios de Dios, determinados ya antes de los tiempos de los siglos. “La hora viene, y ahora es...”, ya que la culminación de los pensamientos de Dios se encarnaron en la Persona y Obra de su Hijo: Aquel que hablaba con la mujer. Nos extraña que el Maestro reservara estas verdades para revelarlas a una mujer inmoral, no dándolas al sabio Nicodemo, pero así es EL y así obra el Dios de gracia. Jerusalén había sido –y será– un gran centro para las actividades divinas, pero en aquella “Hora” la CRUZ había de quitar toda importancia a “lugares sagrados”, introduciendo una dispensación de gracia, por medio de la cual se predicaría el Evangelio por todo el mundo, siendo la Iglesia espiritual el TEMPLO DE DIOS, y perdiendo su significado, por lo tanto, no sólo el templo cismático de Gerizin, sino también el de Jerusalén, que pronto sería destruido.

La base de la verdadera adoración, 4: 24 y 34. Las lecciones parciales del Antiguo Testamento sobre este tema había preparado algunos corazones para esta revelación completada en cuanto a la adoración, que se basa sobre dos hechos primordiales: a) **Dios es Espíritu**, que es una declaración doctrinal de gran importancia. El lo es todo, lo llena todo, lo crea todo, lo sabe todo. Es Eterno, Infinito, Inmutable (nunca cambia) de modo que pudo dar lecciones preliminares sobre su Persona (sobre el modo de acercarse a él) por medio del Tabernáculo, del Templo, etcétera, pero sin que se confundan los símbolos con la gran realidad, que ahora se revela por el VERBO ENCARNADO. Cosas materiales no pueden ser más que “ayudas gráficas” en este proceso. b) **Dios** no “se esfuma” por ser ESPIRITU, sino que **se revela como PADRE que tiene infinito interés en que sus criaturas humanas le conozcan, para adorarlo en espíritu y en verdad, buscando esta finalidad con afán.**

Sobre la base de estos grandes hechos, el Señor enseña que toda adoración aceptable delante del Padre ha de ser **espiritual**, obrando el Espíritu Santo con el espíritu redimido del creyente. También ha de ser “en verdad”, o sea, con sencillez de corazón y de intención, dándose cuenta el adorador que se halla en la presencia de Dios, y rindiendo todo su ser a él sin reservas, aprendiendo más y más del “Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”. ¡Cuán profundas son estas palabras, aparentemente tan sencillas! Acordémonos de que todo servicio aceptable delante de Dios brota de una debida relación con él por medio de la adoración.

La revelación del Mediador, 4: 25 y 26. No sabemos cuánto entendería la mujer en aquel momento acerca de las profundas enseñanzas que acaba de recibir, pero la impresión que causaron la llevaron a asociar en pensamiento anterior –era el profeta esperado– con la plenitud del concepto del “Mesías”, el Revelador que había de declarar todas las cosas. Recordemos que el Evangelio de Juan no deja de desarrollar el sublime tema del VERBO ENCARNADO, y así comprenderemos todo el significado de las meditaciones de la mujer (4: 25) y la afirmación categórica de Cristo: “YO SOY, el que habla contigo” (4: 26). Gramaticalmente se entiende: “Yo soy aquel Mesías-Profeta”, pero ningún

conocedor del Pentateuco podría dejar de asociar las repetidas declaraciones de Cristo – “YO SOY”- con Ex. 3: 13 y 14, donde Dios declara: “YO SOY EL QUE SOY”. En otras palabras, era preciso identificar a Jesucristo con JEHOVA del Antiguo Testamento.

El testimonio de la mujer en la ciudad, 4: 28-30; 39-42. Antes de notar las nuevas enseñanzas sobre el servicio que el Señor dio a sus discípulos cuando regresaron de la ciudad, “atemos los cabos” de la historia de la samaritana, quien, después de ser iluminada, quiso dar su testimonio a otros. No podía guardar tan buenas nuevas dentro del corazón sin manifestarlas a sus vecinos, y, pese a su desprestigio en aquella época en la ciudad, dejó su cántaro-olvidando el propósito de su paseo- para correr a Sicar, exclamando: “¡Venid a ver un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho! ¿No será éste el Cristo?” No le importaba que se había descubierta la turba historia de su propio pasado, sino que la revelación sirviera para probar la excelsa categoría de Jesús, a quien ya reconocía como el Mesías. He aquí otra importante lección sobre “el evangelismo personal” que hallamos en esta narración, ya que un testimonio personal suele valer más que tomos de teología cuando se trata de interesar a otras almas en la Persona de Cristo. Como en 1: 35-51, suena el imperativo: “¡Venid a ver...!” “¡Compartid mi experiencia, llegando a conocer a este Hombre personalmente!”. Tan buenos métodos dieron excelentes resultados, pues acudieron los samaritanos, escucharon al Señor ellos mismos, le invitaron a quedar con ellos por dos días, y por fin creyeron, no sólo por la palabra de la mujer, sino por la de Cristo, diciendo: “ya no creemos por tu dicho; porque nosotros mismos le hemos oído, y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo” (4: 42). Notemos los títulos del Señor que se hallan en la confesión de estos samaritanos, favorecidos por medio de la revelación del VERBO: el Profeta que anuncia la verdad de Dios; el Mesías (el Ungido) que lleva a cabo los propósitos de Dios; el Salvador del mundo (en potencia) que realiza el plan de salvación que brotó del amor de Dios (3: 16).

El siervo, los siervos y la siega, 4: 31-38

La comida del Siervo, 4: 31-34. Venciendo por necesidad sus prejuicios en contra de los samaritanos, los discípulos habían ido a Sicar para comprar pan. Vuelven, se extrañan ante el espectáculo del Maestro en íntima conversación con la mujer, y ofrecen el pan que han traído. El Señor no programa su vida, señalando épocas de “servicio” y de “descanso”, sino que aprovecha todas las oportunidades que se presentaban para sembrar la Palabra, o para instruir a los suyos. No rehusaba el pan para el cuerpo, pero en esta ocasión señaló algo más importante: “Yo tengo una comida que comer que vosotros no sabéis...Mi comida es que haga la voluntad del que me envió u que acabe su obra”. La voluntad del Padre era que buscara y salvara a quienes se había perdido, y se había olvidado de su cansancio, hambre y sed al llevar a la samaritana a la verdad, hallándose dispuesto a seguir la obra frente a los habitantes de Sicar. Por fin aquella Voluntad le llevó a tomar la “amarga copa” en el Huerto de Getsemaní. Los discípulos habían de aprender la misma lección, y posteriormente muchos habrían podido exclamar con Pablo: “Para mí el vivir es Cristo, y el morir ganancia” (Fil. 1: 21).

Los trabajos en los campos 4: 35-38. En cuanto al calendario agrícola, faltaban cuatro meses para la siega. De paso, esta nota es interesante, puesto que nos ayuda a fijar este incidente en el mes de enero del año 27. Quizá el Señor veía a los samaritanos de Sicar que salían de la ciudad en busca de él, lo que le llevó a proferir las conocidas palabras: “Alzad vuestros ojos y mirad. Los campos están blancos para la siega”. Siempre hay trabajo que realizar cuando se trata del campo del mundo de los hombres, las multitudes de seres humanos que necesitan el Evangelio y la Palabra de Vida. El momento de empezar es siempre, AHORA.

No siempre será el mismo trabajo, y no todos tienen el gozo de segar en un momento dado. Parece ser que el Señor subraya la **urgencia** de la tarea, **la variedad de las distintas etapas**, y la **unidad del proceso total** según el plan de su Padre, a) El **labrar** se destaca en el v.38, y siempre hay siervos de Dios –quizá aquí los profetas del Antiguo Testamento- que llevan a cabo la labor preliminar, pero necesaria, de despertar conciencias, de aguantar en días malos, y de reiterar la Palabra aparentemente en oídos sordos (Jeremías y Ezequiel, por ejemplo). Que no se desanime el que labra, pues sin su labor no llegaría el tiempo para la siembra y la siega. B) La **siembra**. El pensamiento es análogo al anterior. Aparentemente el que siembra “pierde” el grano que echa en el campo –véase el gran ejemplo del Señor mismo en Juan 12: 24- pero si no cumpliera su cometido con esfuerzo y fe, nadie podría segar. Muy importante es el antiguo refrán que cita el Señor: “Uno es el que siembra y otro el que siega”, pero ambos se han de regocijar a una. C) La **siega** es el momento en que se recogen los frutos de los trabajos anteriores, pero la gran lección que destaca el Maestro es que este momento de consumación no sería posible sin las etapas de labrar y sembrar. Al final se recoge **“fruto para vida eterna”** (4: 36), que es el único que no ha de pudrirse y perderse entre todos los productos de los esfuerzos humanos. ¿Cuáles son nuestras prioridades? ¿Cuál es “nuestra comida”?

ESTUDIO 6

EL HIJO MANIFIESTA SUS OBRAS

Juan 5: 1-47

El enlace con el tema general

No debiéramos perder de vista la estructura de este Libro, tal como la hemos examinado desde el PROLOGO en adelante. EL VERBO ENCARNADO sigue manifestando el pensamiento de Dios a través de incidentes y obras que constituyen “textos” como base para esta revelación. Nicodemo vino a ser ejemplo de los hombres religiosos que habían de “nacer de nuevo”, recibiendo el mensaje de vida por medio del gran Testigo celestial. Las inquietudes y profundas necesidades morales y espirituales de la mujer samaritana sólo podían ser satisfechas por medio del “agua viva”, provista por el Profeta-Mesías. El mensaje divino llega a iluminar su corazón entenebrecido, ya que el Verbo obra con maravillosa sabiduría a los efectos del cumplimiento de su misión. Pasando al cap. 5, leemos la historia de una de las siete “señales” de Juan, tratándose esta vez de la curación del paralítico de Betesda. La obra de sanidad en el día del sábado levanta corrientes de oposición, y se destaca con diáfana claridad la lucha de la verdadera LUZ que brilla en medio de tinieblas que no quieren comprenderla. La discusión del Maestro con los judíos da lugar a profundas enseñanzas sobre su Persona y obra, enfatizándose sus relaciones con el Padre y con la Palabra. La obra de curación llega a ser ejemplo de toda la sublime OBRA que el Hijo-Siervo lleva a cabo en el cumplimiento de su Misión.

El milagro como ilustración de las obras del Hijo, 5: 1-9

La ocasión del milagro. En estudios anteriores hemos visto que Juan enfoca la luz de su narración de forma especial en el ministerio del Señor en Jerusalén, con sólo algunas referencias a la gran Obra en Galilea, que ésta ya había sido detallada por los Sinópticos. Jesús seguía la piadosa costumbre de los judíos de acudir a la capital y al Templo en épocas festivas, lo que da lugar para este continuado testimonio en Jerusalén. Generalmente se trata de las grandes fiestas de la Pascua, de Pentecostés y de los Tabernáculos, pero en este caso Juan no nos dice cuál fiesta sería, hablando de “una fiesta de los judíos”. Si fuera la Pascua, señalaría la segunda de la serie notada por Juan. Podría ser que fuera la Pascua pero si no, podríamos pensar en la Fiesta de Purim, o la del año nuevo. La cuestión tiene su importancia para cuestiones cronológicas, pero no afecta el incidente en sí ni las lecciones que de él se derivan.

El lugar del milagro. El lector que usa las Versiones R.V. (1960) y la de Hisp. Am. Verá que la primera llama el estanque “Betesda” y la segunda “Betsata”. Los eruditos no están de acuerdo en cuanto a la situación exacta del estanque, y hasta ahora las excavaciones en Jerusalén no lo han aclarado. Se nota que tenía cinco pórticos, y que los enfermos creían que, al moverse las aguas en ciertas direcciones, el primero en descender sería curado de cualquier mal que tuviera. Hemos de tener en cuenta que los mejores originales griegos no incluyen los vv. 3b y 4, que parecen insertados posteriormente para explicar la esperanza- y la desesperación- del paralítico al contestar al Señor (5: 7). El Señor no comenta la esperanza del enfermo, procediendo a manifestar su gracia y poder como Hijo de Dios y Siervo de Jehová.

Aun si hubiese joven cuando acusara el golpe de la cruel enfermedad, había pasado 38 años desde su principio, de modo que, según las esperanzas de vida entonces, había dejado atrás la juventud y la madurez de la vida, mientras esperaba ser “el único curado” cuando se agitaran las aguas. Sus esperanzas se habían visto defraudadas siempre. Un ciego podría correr, pero no un parálítico, y nunca había ganado la simpatía de sus semejantes al punto de que alguien estuviera a su lado, en el momento crítico, para sumergirle en el agua revuelta. Notemos la tristeza de su lamento: “No tengo quien me meta...”. El no podía, y no había hombre dispuesto a suplir la falta. El estado de postración y de desánimo es patente en su declaración, algo típico del hombre antes de llegar “el Divino Obrero” para dar salud y vida al hombre pecador.

El estado moral del enfermo. Normalmente hemos de suponer que los enfermos de los Evangelios sufrían los resultados generales del mal del pecado en la raza, sin ser mejores ni peores que sus semejantes. Aquí se insinúa una relación entre el mal y el pecado, al buscarle en el Templo le dice: “Mira que ya estás sano; **no sigas pecando**, no sea que te suceda alguna cosa peor (5: 14). No podemos dogmatizar sobre el significado de estas palabras, pero salen de lo normal de las advertencias del Señor en tales casos, y es posible que había un enlace entre su estado físico y un pecado especial que le dominaba. Es un tanto extraño, también, que no se hubiera dado cuenta de quién fuese el Señor (5: 13). Y que, después de la conversación en el Templo, en la que el Señor tomó la iniciativa, señalara a los judíos que le criticaban. Esto no **prueba** que fuese una traición, pues bien podía pensar –en su ignorancia, que parece destacarse- que los judíos se gozarían al comprobar una obra de poder. Con todo, queda la duda.

El estado espiritual del enfermo, 5: 6-8. El Señor no quería escuchar sus lamentos sino que le preguntó: “**¿Quieres ser sano?**”. Había de llegar al meollo del asunto, y la bendición de Dios sólo puede fluir cuando se produce el deseo en el alma. Aquí se trata de un bien físico, pero notamos que los verdaderos deseos estaban a punto de ahogarse en lamentos egoístas y acusaciones en contra de otros, y fue preciso llegar a la raíz del asunto. Al analizar el estado espiritual de este hombre, hemos de recordar que, pese a no haber oído de Jesús –compárese el caso de Bartimeo, tan bien informado y tan dispuesto a buscar al Señor- al oír el extraño mandato: “Levántate, toma tu lecho y anda”, **obedeció**, y, siendo sano se echó a andar, llevando su colchoneta según el mandato del Señor. No hace un alto para fin de dar las gracias. No prorrumpe en alabanzas a Dios, como muchos sanados, pero, sin embargo, hemos de comprender que había en él un elemento de FE, pues, al oír la voz del Señor, se puso a realizar un esfuerzo físico que le era imposible aparte del milagro. Es casi lo único positivo que la narración revela sobre el estado interno del hombre sanado, pero es preciso tomarlo en cuenta al pensar en los puntos dudosos que se notaron antes.

Las reacciones de los judíos, 5: 10 y ss.

Los límites del sábado. En varias ocasiones los otros Evangelios notan curaciones en el sábado, y las reacciones contrarias de los líderes de los judíos. No se puede decir que el Señor escogiera deliberadamente este día para sus obras de sanidad, ya que éstas eran muy numerosos, necesitando todos los días de la semana para su realización. Sin embargo, el Evangelista escoge este caso (com. Cap. 9), conforme a su plan, que pone de relieve el tremendo contraste entre la obra salvadora de Jesús y la religión legalista de los judíos. La interpretación vigente de la ley sobre el sábado permitía que un enfermo fuese llevado por otros en su cama (colchoneta), pero no que la llevase uno mismo. La crítica del v. 10 surge naturalmente de las circunstancias, y el hombre –con mucha lógica- alega

la autoridad de quien le había sanado. El hombre “no sabía quién era”, pero, sin duda los judíos no tardarían en saberlo, aparte del testimonio del paciente (5: 15). Juan no está perdiendo palabras en este lugar, sino ilustrando el estado de tensión que existía entre los jefes de un pueblo religioso, que tenía la Palabra y la apreciaba, sin llegar a comprender la verdadera “esperanza de Israel”, y Aquel que había venido para cumplir la voluntad del Padre al buscar y salvar lo que se había perdido. La manera de limitar la gracia de Dios en el don del sábado era típica de la actitud constante de los judíos endurecidos, que no tenían el amor de Dios en sus corazones (5: 42).

La supuesta blasfemia, 5: 18, et alia. Según los conceptos ya declarados en el Prólogo (1: 1-18), el curso de los acontecimientos dependía del aprecio que tuviesen los judíos del Verbo Encarnado. Si hubiesen conocido espiritualmente la Palabra, y al Dios de sus padres que en ella se había revelado, no habrían encontrado dificultad en reconocer la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. Más tarde el Señor ha de acumular evidencia que daba prueba de su naturaleza divina, pero hemos de reconocer desde el principio la raíz de la oposición. El Señor dio la explicación fundamental no sólo de aquella obra de misericordia y de poder, sino de todas, diciendo: **“Mi Padre está obrando hasta ahora, y yo también obro”** (5: 17), que viene a ser el texto clave de toda la porción. **Teológicamente** los judíos estaban bien despiertos, y comprendían las implicaciones de la declaración pensando: “Esto no sólo enseña a quebrantar el sábado, sino que iguala sus obras a las de Dios, y declara que Dios es su padre, ‘haciéndose igual a Dios’”.

Las obras del Hijo, 5: 17-30

Las obras del Hijo son las del Padre, 5: 19-20. Estos versículos (y los siguientes) son de primera importancia para la comprensión de las relaciones entre el Padre y el Hijo, y la naturaleza de la misión de éste. Hay una clara “subordinación” del Hijo al Padre cuando declara: “No puede el Hijo hacer nada de por sí”, pero, momentos después, declara que se debe igual honra al Hijo como al Padre (5: 23). La aparente contradicción se explica de la manera siguiente: en esencia y en poder las Personas del Trino Dios son “iguales”, sin embargo, al aceptar el Hijo la misión de la redención, se subordinó al Plan Eterno, como Ejecutor de él. El Padre es la expresión de la voluntad del Trino Dios, de modo que el Hijo no hace nada sin el Padre. Pero no nos olvidemos de que la voluntad del Padre es la suya propia. Fue necesario que se viera que Jesús no era un pretendido “mesías” –como muchos que se habían presentado al pueblo- sino que en todo estaba asociado con el Padre, no obrando como un Hombre independiente en la tierra. Las grandes obras se realizaban según principios de colaboración, pues “el Padre ama al Hijo y le muestra todas las cosas que él mismo hace”. La fuente de toda la Obra fue el amor divino.

El Hijo da vida a los muertos, 5: 21, 24-30

La importancia del tema. Los judíos consideraban que “dar la vida” era obra peculiar de Dios, y que manifestaba así su presencia y la operación de su poder. Es obvio para todos que si falta la vida falta todo, y que la muerte es el fin de cuánto los hombres son capaces de realizar. De ahí la importancia del v. 21: “Como el Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere”. Los judíos pensarían en los milagros de Elías y de Eliseo, como obras de Dios a través de los profetas, pero el Señor declara su potencia vivificadora sobre un nivel mucho más elevado, ya que por su voluntad, reflejando la del Padre, da vida a los muertos como Agente inmediato. El tema de la resurrección se asoma varias veces en los versículos siguientes, y las facetas principales son las siguientes:

- a) *Los milagros del ministerio del Señor*, 5: 25. Había de haber una manifestación inmediata del poder vivificador del Hijo, pues “la hora viene y **ahora es** cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que oyeran vivirán”. Los Evangelios mencionan tres casos del levantamiento de muertos, pero éstos podrían ser típicos de otros muchos, y Juan mismo detalla el de Lázaro, que es el ejemplo más destacado del triunfo sobre la muerte física por la palabra de quien se presentó como “Resurrección y vida”. Los milagros eran, como siempre, “señales” de algo más maravilloso aún.
- b) *Nueva vida para las almas muertas*, 5: 24. El Hijo anunciaba una “palabra de vida” para almas que se hallaban en estado de muerte espiritual, ya que su pecado les separaba de la vida de Dios, “extraños a la vida de Dios” como dice Pablo en Efe. 4: 18. De la manera en que el paralítico había respondido a la voz de mando del Hijo, así habían de hacer las almas todas si querían vivir: “El que oye mi palabra...” Aquella palabra le hace volver a Dios (manifestado en Cristo) con plena fe. Se vuelve a establecer el contacto con la Fuente de vida, y el hombre sumiso “tiene vida eterna y no viene al juicio, mas ha pasado de muerte a vida”. La frase griega es tajante: “(Sacado) del estado de muerto (traslado) al de vida”. Notemos que el creyente, unido ya con Cristo y disfrutando de la vida en el acto, no puede estar reservado para un juicio futuro que determina su salvación o perdición, lo que no impide que tenga que dar cuenta de todas sus obras, como siervo del Señor, delante del Tribunal de Cristo (2 Cor. 5: 10).
- c) *La resurrección corporal*, 5: 28 y 29. La Muerte expiatoria y la gloriosa Resurrección de Cristo hacen posible la resurrección de los muertos, expresada por la frase “los que están en los sepulcros”, aun tratándose de los rebeldes, quienes tendrán que ser juzgados en un cuerpo relacionado con su naturaleza y su estado. Pero nada sabrán de la gloriosa libertad del cuerpo de resurrección de los redimidos (1 Cor. 15: 45-49). El Señor presenta el gran principio de resurrección aquí, sin señalar las “etapas” que Pablo había de exponer en 1 Cor. Cap. 15, y en 1 Tes. 4: 13-18. Dios que da vida a los muertos, obrará con poder, y la gran esperanza del creyente es la plenitud de vida –en espíritu, alma y cuerpo- que recibirá cuando Cristo venga (1 Tes. 5: 23; Fil. 3: 21 y varias veces en el cap. 6 de Juan). Será “la gran hora de la verdad”, y frente a la plenitud de bendición para “aquel que oye la Palabra” habrá la trágica resurrección corporal para condenación corporal para condenación y juicio. He aquí la meta de la humanidad.

Todo juicio se encomienda al Hijo del Hombre, 5: 22-27

La misión de salvación y la misión del juicio. En 3: 17 el Señor declaró que Dios no le había enviado para condenar al mundo, sino para salvarlo, mientras que aquí todo juicio se encomienda al Señor “por cuanto es Hijo del Hombre”, y esta autoridad de juzgar constituye un alto honor, que todos han de reconocer, ya que al Hijo pertenece la decisión final en cuanto a los destinos del hombre. Como en tantos casos, no se trata de una contradicción, sino de dos caras de una sola moneda. La misión de Jesús el Salvador era la de buscar y salvar a los perdidos, ofreciendo su vida a su favor en el Calvario, satisfaciendo en su Persona las exigencias de la justicia de Dios en beneficio de todos. Ahora bien, no puede faltar la responsabilidad humana, y la obra salvífica se aprovecha por “el que oye” y por “el que cree”. Pasada la época del ofrecimiento del perdón, cada ser humano será juzgado, y nadie podrá realizar esta obra sino Aquel que, como Hombre, vivió la vida humana en la tierra, haciendo provisión para la posible salvación de todos. El condenado, el que rechaza el mensaje de vida y de perdón, será juzgado por la Palabra que oyó y rechazó (Juan 12: 48). Hasta las palabras de Moisés serán medio de acusación (5: 45).

El honor que corresponde al Hijo, 5: 23

La obra de dar vida (en sus varios aspectos) y de juzgar a todos, une al Padre y al Hijo en un solo honor, pese a la “subordinación” del Hijo al Padre a los efectos de la Misión. De hecho, la colaboración brota de la unidad de esencia de las Personas del Trino Dios. Frente a los errores de sectas como los llamados Testigos

de Jehová, es preciso notar que el efecto de la Obra es para que “todos honren al Hijo **como** (de la misma manera en que) honran al Padre”, y el que rehusa hacerlo deja de honrar al Padre que lo envió. Esto no podría decirse de ningún criatura, por encumbrada que fuese.

Las pruebas del honor y de las pruebas del Hijo, 5: 31-47

¿Cuáles son las pruebas de la verdad de las declaraciones del Hijo? El Señor acaba de hacer unas declaraciones sobre su obra divina que, en la boca de cualquier otra persona, serían la más atrevida blasfemia. Los judíos tenían razón al requerir pruebas –como todo aquel que se acerca a los Evangelios en busca de Cristo- y el Maestro no rehusa aducir testimonios en ayuda de la fe. Lo trágico en el caso de los judíos recalcitrantes es que habían endurecido tanto sus corazones que no querían “oír su Voz”.

- a) *El testimonio de Juan el Bautista*, 5: 31-36. El Maestro recuerda a los líderes de Jerusalén que habían enviado una embajada al Bautista (1: 19-28), y bien que el Señor no había de depender del testimonio de Juan **como hombre** (5: 34), eso no rebaja el inmenso valor de la proclamación del precursor que ya hemos visto en parte. No era el “sol de justicia”, pero sí “lámpara que ardía y brillaba”, que señalaba la necesidad del arrepentimiento, lo superficial de la religión del día y la próxima llegada del Mesías (5: 35). La profecía de Mal. 4: 5 y 6, con el poder espiritual de la palabra profética de Juan, seguido por la presentación del mismo Señor, constituían una cadena de evidencia que condenaba a los judíos que rechazaban.
- b) *El testimonio de las obras del Señor*, 5: 36 y 37. Las repetidas obras de gracia y de poder del Señor Jesucristo constituyeron una prueba irrefutable de su naturaleza divina, ilustrando también el sentido de su obra de salvación. Si se hubiese tratado de algún portento aislado, habría sido posible buscar alguna “explicación” que no llegara a la plena manifestación de Dios en Cristo; pero obras tan variadas, tan por encima de la capacidad humana, tan diferentes de obras satánicas, señalaban la presencia de Dios mismo, sin lugar a duda. Comp. 10: 37 y 38; 15: 24 con los reproches del Señor (Mat. 11: 21-24) frente a las ciudades que rechazaron el testimonio de las obras realizadas en ellas.
- c) *El testimonio del Padre*, 5: 37. No es fácil comprender exactamente a qué se refiere el Señor al decir: “El Padre...él mismo ha dado testimonio de mí”. Parece ser que la última cláusula del versículo excluye la posibilidad de que entendamos una referencia a la Voz que fue oída –siquiera por algunos- en el Bautismo, y quizá hemos de entender que el Padre daba su testimonio a través de todo el ministerio del Hijo, ya que se manifestaba una potencia divina y una autoridad que procedía de Dios.
- d) *El testimonio de las Sagradas Escrituras*, 5: 39-47. Los rabinos escudriñaban las Escrituras (léase como en la Vers. H. A.) creyendo que la vida se encerraba en ellas. Tenían razón, pero como se hallaban cegados por sus prejuicios y su legalismo, no habían comprendido que las Escrituras –que correspondían exactamente a nuestro Antiguo Testamento- servían para preparar el camino delante del Enviado. Se habían forjado su propia idea de cómo se había de presentar el Mesías, y teniendo delante de ellos a Dios encarnado no le reconocieron. Faltando el amor de Dios y el verdadero deseo de hacer su voluntad, no percibieron el testimonio de sus propias Escrituras, que tan bien conocían en cuanto a su letra, e interpretaban tan mal en cuanto a su espíritu e intención (5: 40 y 46). Buscaban la gloria de los hombres cuando analizaban las Escrituras, y por eso estaban ciegos frente a la gloria de Dios en Cristo. El terrible mal se apunta en el v. 40: “**No queréis venir a mí** para que tengáis vida”, que debiera contrastarse con 7: 17: “**Si alguno quisiera** hacer la voluntad de Dios, conocerá si mi doctrina es de Dios o si hablo de por mí”. De nuevo nos confronta la pregunta del Señor al paralítico: “¿Quieres ser sano?”. Faltando la sumisión a la Palabra, y los deseos de cumplir la voluntad de Dios, Israel había de rechazar a Aquel que vino en el nombre del Padre para recibir por fin aquel que vendría en su propio nombre, que será el Anticristo (5: 43).

ESTUDIO 7

EL PAN DE VIDA

Juan 6: 1-71

La multiplicación de los panes y los peces, 6: 1-15

La importancia del milagro. La multiplicación de los panes y peces (el primer caso) es la única “señal” que hallamos en los cuatro Evangelios, lo que enfatiza su importancia. El milagro es hondamente significativo, ya que por su medio Cristo da satisfacción a una multitud de personas, ni limitándose los beneficios de su obra de gracia a una sola persona. Recoge, pues, el tema del Prólogo: “De su plenitud recibimos todos, y gracia sobre gracia” (1: 16). Por eso despertó los anhelos mesiánicos del pueblo hasta el punto en que muchos querían forzarle a declararse “rey” (6: 14 y 15). El Señor no quiso nunca ser “un Mesías político”, según los conceptos de la mayoría de los judíos, y seguía presentándose al pueblo por medio de sus obras y palabras con el fin de que almas sinceras, que buscaban la verdad, comprendiesen la realidad espiritual de su misión. Este milagro (con la confesión de Pedro en Cesarea de Filipo, Mat. 16: 16 y ss.) señala una marcada vertiente en el ministerio del Señor en Galilea. Vemos que por haber rechazado los deseos mal fundados del pueblo, declinaba su popularidad y no mucho después había de poner su rostro para ir a Jerusalén, no para subir al trono de David entonces, sino para ser elevado en una cruz. Al final de este pasaje hallamos que muchos de sus “discípulos” se volvían atrás porque no podían comprender ni recibir las enseñanzas sobre su Persona, que implicaban también su Muerte.

Notas características del relato de Juan. No vamos a detenernos a mencionar los detalles del milagro, ya que es tan conocido, y nos basta notar que Juan empieza con la pregunta que Jesús dirigió a Felipe, con la intervención de Andrés que sabía del muchacho que llevaba su “merienda” al campo (6: 5-9). No hay contradicción entre estos detalles y los preliminares que se notan en los Sinópticos, pues en una conversación general puede haber numerosos intercambios en pocos minutos y cada Evangelista recoge lo que conviene a su propósito. Naturalmente, el Creador no necesitaba la merienda del muchacho, pero se dignó utilizarla. El milagro no deja de ser una obra creadora, pues se hallaba pan y pescado en grandes cantidades en los cestos en que antes no existían, lo que nos recuerda el milagro de la conversión del agua en vino.

El milagro como “texto” para el discurso. Como en el caso de la curación del paralítico (cap. 5), el milagro sirve de base para las enseñanzas posteriores, que son las que hemos de examinar. No nos olvidemos de que la “señal” había presentado al Señor Jesucristo como Aquel que, por la virtud de su propia Persona, podía satisfacer la necesidad física de una gran multitud, de modo que había base para la enseñanza sobre el Pan de Vida, que, descendiendo del Cielo, da vida eterna a todo aquel que lo recibe. Por falta de tiempo y espacio no comentaremos el milagro de andar sobre las aguas, bien que añade hermosas pinceladas a la figura de Jesús que se destaca de estas narraciones, ya que controla todas las fuerzas de la naturaleza con el fin de cumplir su misión e iluminar la inteligencia espiritual de sus discípulos.

Intercambios preliminares, 6: 22-31

Rabí, ¿cómo llegaste acá? Podemos notar brevemente que muchos judíos no podían entender cómo el Señor se hallaba en la orilla occidental del lago, en Capernaum, cuando habían visto a los discípulos embarcar sin él en la única barquilla del otro lado. Ellos había dado la vuelta al lago por la costa norte, yendo en busca de aquél que daba de comer de balde a las multitudes de gente. Cuando se trata de conversaciones generales, en las que intervienen muchos interlocutores, tengamos en cuenta que Juan no siempre distingue entre los

distintos grupos; si algunos expresan una medida de comprensión y de fe, y luego parece ser que son incrédulos, es muy probable que se trate de diferentes personas. En nuestra porción algunos preguntan lo que han de hacer para realizar las obras de Dios, recibiendo la importante respuesta del v. 29, mientras que otros vuelven a pedir una “señal” que correspondiera al suministro del maná en el desierto (6: 29-31). Parece increíble que buscasen más señales, y que citasen este caso en especial, después de haber visto el poder creador de Cristo al dar de comer a una gran multitud de gentes, pero la petición revela la dureza de corazón de quienes querían formular sus propias condiciones si habían de creer, siendo ciegos a la verdadera revelación que Dios les concedía en Cristo. De todas formas el Maestro lo aprovecha todo y la referida discusión le sirve de “trampolín” para presentarse a sí mismo como PAN DE VIDA.

El Pan de vida es el que descende del Cielo, 6: 32-40

El primer movimiento del discurso. El tema fundamental del discurso es igual en todas las fases de su presentación, pero es posible notar ciertos “movimientos” que enfatizan diferentes rasgos de la gran verdad presentada. El Señor rechaza las ideas de que Moisés proveyera a nadie de pan, ya que el maná era don de Dios. Esta aclaración da pié para que hable del “verdadero pan”, que es de Dios y ha descendido del Cielo. Hay analogías con la manera en que el Maestro aleccionó a Nicodemo (3: 10-13) y con las enseñanzas dadas a la samaritana, llevándola de la idea del agua natural a la espiritual (4: 10-15). Se trata ahora de satisfacer el alma, que supone el don de la vida eterna. El Señor no sólo da el pan del cielo, sino que “es el que descende del cielo y da vida al mundo” (6: 33). Los interlocutores del v. 34 quieren disfrutar del don, pero aún se hallan confusos, pensando más bien en algún medio de mantener la vida física. El Señor sigue guiándoles hacia su Persona diciendo: “Yo soy el Pan de Vida” (6: 35).

“Venir, comer y creer”. En el curso de sus enseñanzas el Señor ha de hacer uso de tres metáforas para indicar el modo en que los hombres podrán apropiarse para sí mismos la vida que él les ofrece como celestial “pan de vida”. “**Venir**” nos hace pensar en el acto de acudir a Cristo para hacer contacto personal con él. “**Comer**” viene a ser la metáfora obligada cuando se trata de apropiarse el “pan de vida”. El que come pan lo introduce en su boca y los asimila por los órganos de la digestión hasta que llegue a ser parte de su ser, de modo que “el que comiere de este pan” viene a ser una figura muy completa para presentar la verdad de que el hambriento espiritual ha de recibir a Cristo de una forma completa. Desde luego, nada tiene que ver con el literalismo de la Misa, ya que las palabras son espirituales (6: 63). Las dos figuras de **acudir** y **comer** ilustran la verdad fundamental de que la vida se recibe por **fe** en Cristo, de modo que es el verbo **creer** que predomina y resume todo. Viene a ser la actitud del alma que recibe a Cristo –aceptando sus palabras- para descansar totalmente en su Persona y obra. Leamos otra vez el v. 35 con estas consideraciones delante.

La voluntad del Padre, 6: 37-40. En estudios anteriores hemos visto que Cristo se esfuerza por hacer entender a los judíos que no obra como un “Mesías” independiente. Toda su obra depende de la voluntad del Padre, quien, en contextos como éstos, representa el Trino Dios. Toda la obra del Hijo se lleva a cabo dentro del plan divino ya formulado y garantizado antes de los tiempos de los siglos (6: 38).

Esta voluntad del Padre se enfoca de dos maneras en los vv. 39 y 40, que no son contradictorias sino complementarias. En el primer caso (v. 37 con v. 39) el Padre “ha dado” la familia espiritual al Hijo, quien no pierde ningún miembro de ella, sino que le da la vida y le ha de resucitar en el día postrero. Los miembros de la familia acuden a Cristo y él no echa fuera a ninguno. Si no tuviéramos más que estos versículos, quizá podríamos pensar en que todo depende de un decreto de Dios, lo que dejaría al hombre sin responsabilidad moral en cuanto a su decisión y fe. El v. 40, sin embargo, presenta el anverso de la medalla, pues estos miembros de la familia, que nada pueden hacer aparte del plan del Padre, han de “ver al Hijo” y creer en él para “comer”; o sea, les toca la responsabilidad personal de acudir y creer. Nada pueden hacer sin el impulso de la obra de la gracia divina, pero les corresponde aceptar o rechazar esta gracia.

¿No es éste Jesús, el hijo de José: 6: 42. En esta murmuración los judíos incrédulos recogen a su manera el dicho del Señor –“Del cielo he descendido”- y lo comparan con lo que ellos creían saber de la procedencia del Señor, declarando que era hijo de José y que conocían a su madre. Todo esto tiene lugar en Capernaum, a donde el Señor había trasladado su familia, de modo que ésta sería conocida por muchos. ¡He aquí lo que los hombres pueden comprender del Verbo Encarnado! La cita de Is. 54: 13, que emplea el Señor en contestación a esta murmuración, muestra que sólo Dios puede enseñar las verdades de su revelación, insinuando a la vez la **posibilidad** de ser enseñados **todos** si hubiera en ellos voluntad para ello. El Señor reitera: **“Yo soy el pan vivo que descendió del Cielo. Si alguno comiere de este pan vivirá para siempre”**. La declaración del v. 51 parecería muy enigmática para los judíos incrédulos, pero, a la luz de todos los Evangelios, con la doctrina de las Epístolas, adquiere gran significado, ya que señala el Sacrificio del Calvario: “El pan que yo daré es mi carne, **que daré por la vida del mundo**”. Es un sacrificio futuro aún, y la “carne” del Señor en este contexto significa la totalidad de su humanidad, según su sentido en el hebreo antiguo, entregado a favor de los hombres en la Cruz. He aquí la clave para entender la figura de la carne que “se da” y que se recibe por la fe. No se trata de un mero misticismo, sino que constituye una clara referencia a la Obra de la Cruz, que sólo hacía posible la salvación del hombre.

“¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?” 6: 52. La murmuración anterior tenía que ver con la Persona del Señor, y ésta con su Obra. El Maestro no intenta suavizar sus declaraciones. Al contrario, las reitera con frases aún más difíciles, hablando de la necesidad de “comer su carne” y de “beber su sangre”, diciendo “mi sangre es verdadera bebida” (6: 55). Los judíos sabían algo de lo que significaba comer la sangre de los sacrificios de paces prescritos en Lev. Cap. 3, pero “beber la sangre” les llenaría de horror, ya que se prohibía estrictamente que lo hicieran en Lev. Cap. 17. Claro está, los judíos que buscaban la verdad comprenderían que, detrás de una frase tan difícil, tenía que haber un significado espiritual profundo, y lo que sabían ya del Maestro les daría paciencia para seguir aprendiendo (véase la actitud de Pedro en los vv. 68 y 69), pero si no hubiera tal espíritu en ellos, y no buscaban el meollo espiritual de las enseñanzas, tendrían que exclamar: “¡Dura es esta palabra! ¿Quién la puede oír?” (6: 60).

Los resultados de “comer” y “beber”, 6: 54-58

El creyente tiene vida eterna, 6: 47, 51 y 54. Ya hemos visto que “venir” y “comer” (además de “beber”) son figuras que ilustran el acto de la fe, y, reiterando enseñanzas ya dadas en el cap. 3, etcétera, el Maestro hace ver que esta fe da lugar a un maravilloso resultado inmediato, puesto que el creyente ya **tiene** vida eterna, que no es sólo “vivir para siempre”, sino participar en la vida de Dios **ahora**.

“En mí permanece y yo en él”... “Vivirá a causa de mí”, 6: 56 y 57. Aquí el Señor anticipa algo de lo que ha de explicar a los discípulos más tarde en el Cenáculo: que la fe hace posible una vida de comunión con el Señor, por la fe hace posible una vida de comunión con el Señor, por la que él está en el creyente y el creyente en él. Es una manera de expresar la doctrina de la santificación que desarrollará Pablo en su día.

“Yo le resucitaré en el día postrero”, 6: 39, 40, 44 y 54. Por la fe recibimos la vida eterna, que se mantiene por medio de una estrecha comunión con Cristo. Pero si hemos de ser salvos de todos los efectos del pecado es necesario también que el cuerpo participe en este proceso vital, de modo que el Maestro reitera una y otra vez “yo le resucitaré en el día postrero”. Esta verdad se subraya una y otra vez “yo le resucitaré en el día postrero”. Esta verdad se subrayó en 5: 21 – 29, ya que el Hijo tiene en sí la vida, igual que el Padre, y anunció: “Los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida”. Si no tuviésemos la segura esperanza de la resurrección, la fe cristiana se habría vaciado de todo sentido, como Pablo demuestra en 1 Cor. cap. 15.

“Discípulos” que se van. En el v. 66 la palabra “discípulos” no quiere decir los “Doce” ni los “Setenta”, ni fieles amigos como la familia en Betania, sino personas que habían sido atraídas por las grandes obras del Señor, juntamente con sus maravillosas enseñanzas, pero sin reconocerle como el “Único”, el Enviado de Dios. Faltando esta sumisión total, se escandalizaron ante las profundas verdades de este capítulo, y ya no querían más al Maestro. No podemos decir que todos se habían de perder, pero representa una actitud peligrosísima, ya que la fe salvadora siempre va unida a la sumisión al Salvador.

Discípulos que siguen adelante, 6: 68 y 69. Una vez más Pedro llega a ser portavoz de los Doce, y sin que procuremos ver en esta confesión una forma alternativa de la de Mat. 16: 16 y ss., produce el mismo efecto desde el punto de vista de la estructura del Evangelio de Juan comparada con la de Mateo; señala la vertiente del ministerio en Galilea, después de la cual Jesús pierde popularidad ante las multitudes y empieza a dedicarse más a la enseñanza particular de los discípulos con miras a la consumación de la Cruz. La traducción de la v. Hisp. Am. Es preferible, y “el Santo de Dios” corresponde al Mesías esperado. Pedro reconoce el valor de la PERSONA y las “duras palabras” son para él “palabras de vida eterna”. No es que las comprendiera todas, pues los Doce tardaron mucho en comprender el misterio de la Cruz, pero siendo verdadero discípulo, estaba dispuesto a esperar la luz que el Maestro había de echar sobre ellas. El expresa el sentir de todos –excepción hecha del traidor –al exclamar: “Nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Santo de Dios”.

Las palabras del Maestro constituyen una piedra de toque. Las enseñanzas del cap. 6 de Juan son tan profundas que, en lo humano, es natural que los judíos las hallasen “duras” o difíciles. Con todo, el valor de palabras (en cualquier circunstancia) depende de la autoridad de quien las pronuncia, y por eso la misma dificultad de las declaraciones del Señor en aquella ocasión ponía a prueba los corazones. Nosotros vemos la realidad de la Obra de la Cruz, y por eso comprenderemos el sentido interno y espiritual de expresiones como “comer la carne” y “beber la sangre” del Hijo, pero no comprendemos toda la verdad bíblica en todas sus partes. Sin embargo, si hemos visto la gloria de Dios revelada en el Verbo Encarnado, nos sometemos a él como discípulos sabiendo que él nos llevará a una comprensión creciente de todo cuanto quiere revelarnos. Como Pedro podemos exclamar: “¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”.

La Cena del Señor y el cap. 6 de Juan

Los teólogos católicos han querido aplicar las frases que hemos visto en los vv. 50 y ss. al “sacrificio de la Misa”, entendiéndolas en sentido muy literal, como si se tratara de “comer la carne” del Señor al tomar la Hostia. Nosotros vemos la explicación de las frases a la luz de la Cruz, y la doctrina tan reiterada sobre el Sacrificio único en el cual participamos por la fe. Juan no describe la institución de la Santa Cena a la manera de los Sinópticos, pero sus palabras concuerdan perfectamente con las declaraciones de Pablo sobre los símbolos: “La copa de bendición que bendecimos ¿no es la comunión de la sangre de Cristo (nuestra participación en la sangre de Cristo)? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo (nuestra participación en el Cuerpo de Cristo)?”. Es decir, los versículos 47-58 enfatizan nuestra comunión en todo cuanto Cristo realizó en la Cruz, que es uno de los aspectos fundamentales de la celebración de la Santa Cena.

ESTUDIO 8

RIOS DE AGUA VIVA

Juan 7: 1 – 8: 11

INTRODUCCIÓN: LA GRAN CONTROVERSIA

Después de un pasaje que tiene equivalencias históricas y doctrinales con Mat. 16: 13-20, enmarcado por un ministerio más privado que público en Galilea (7: 1), se inicia aquí una sección que se ha dado en llamar, “La gran controversia” (caps. 7-12), porque en ella se suceden las mareas de fe e incredulidad que están previstas en el prólogo que contrasta a “aquellos a los que vino y no le recibieron” con aquellos que le “recibieron, a quienes potestó de filiación divina” (1: 11-13). Relacionados con el prólogo, también figuran en esta sección los temas de “vida” y “luz” (1: 4-9).

Se trata de la sección central de este evangelio en la que dos fiestas judías escenifican la actuación pública de Jesús: la fiesta de los Tabernáculos (7: 2) y la de la Dedicación (10: 22). El relato es de una vivacidad y dinamismo que traduce la tensión que polarizaban las diferentes y encontradas actitudes hacia Jesús y su gestión.

El colorido humano es variado: Los “**judíos**” que “le buscaban” (v. 11), que “procuraban matarle” (v. 1), que “atemorizaban a la multitud” (v.13), que “se maravillaban” (v.15), que “consultaban entre sí” (v. 35), que “investigaban” (8: 22), que “le increpaban” (8: 28), que “habían creído en él” (8: 31).

La “**multitud**” que “se contradice” (7: 12) que “le increpa” (7: 20), entre la que “muchos creyeron” (7: 31), que “comenta” (7: 40), que “disiente” (7: 43).

El “**pueblo de Jerusalén**” que “le identifica” (7: 25).

Los “**fariseos**” que “auscultan a la gente” (7: 32), que toman iniciativas administrativas con “principales sacerdotes, para prenderle” (7: 32), que “rechazaban su testimonio” (8: 13-20).

Los “**principales sacerdotes**” (o sea, la jerarquía saducea, 7: 32).

Los “**hermanos de Jesús**” que le “presionan” (7: 3 y 4).

“**Nicodemo**” que interviene legalmente en defensa de Jesús (7: 50).

Los “**escribas**” asociados con los fariseos en un complot para proveer pruebas contra Jesús (8:3).

“**Los aguaciles**” (7: 32, 45, 46).

Hay presiones (7: 34), comentarios públicos (7: 11), debates (7: 12 y 40-42), temores (7: 13, 30, 44), asombro (7: 15, 46), fe (7: 31 y 8: 30), perplejidad (7: 25), crítica adversa (7: 27; 8: 48, 53 y 57), franca hostilidad (7: 32), todo en un relato movido lleno de contenido en el que se aprecia el fragor y el bullicio de un pueblo, a la vez en fiestas y en conflicto. El grave conflicto espiritual de aceptar o rechazar al Mesías.

Las escenas de esta sección pueden titularse:

- 1) Las circunstancias de la vista (7: 1 – 13)
- 2) En “la mitad de la fiesta” (7: 14-36)
- 3) En “le postrer día de la fiesta” (7: 37-52)
Un incidente intercalado: “La mujer adúltera” (7: 53 a 8: 11).
- 4) En “el lugar de las ofrendas” (8: 12-20)

5) La verdad liberadora y la mentira mortal (8: 21-59)

LA FIESTA DE LOS TABERNACULOS, 7: 1-52

Las circunstancias de la subida a la Fiesta de los tabernáculos, 7: 1 – 13

“*Después de estas cosas...*” (v. 1): “estas cosas” comprenden la alimentación milagrosa de una multitud y la conmoción popular consiguiente. Esto, juntamente con las declaraciones sobre su ascendencia (6: 33, 35 y 51), hizo su ministerio casi imposible en Judea, donde los “los judíos procuraban matarle”, y nos dice Juan que “andaba Jesús en Galilea”. “Andaba” tiene connotación de ministerio itinerante con discípulos (así, Westcott y Morris).

Pero se acercaba una fecha crítica, la de la fiesta de los Tabernáculos (v. 2), una de las fiestas de peregrinación preceptiva para los judíos. Josefo dice que es “la más santa y más grande” (Ant. VIII). Se celebra entre el 15-22 de Tisri (Septiembre-October). Posiblemente Jesús no había estado allí desde la Pascua que se apunta en 6: 4, o sea, desde hacía seis meses.

“*Los hermanos de Jesús*” (vv. 3-8) le sugirieron un doble movimiento de su ministerio con hábiles argumentos (vv. 3 y 4): “Sal y vete”. En un juicio de intenciones no podemos decir si estaban más interesados en el “sal”, que en el “vete”; lo que sí sabemos es que su intención no estaba informada por la fe, porque “ni aún sus hermanos creían en él” (v. 5).

Sean las que fueren las intenciones, Jesús les expuso con claridad la divergencia de sus pensamientos con los de ellos. El tenía “su tiempo” y “su hora” (7: 6 y 30). De esta preocupación da el evangelio de Juan destacada constancia (2: 4; 8: 20; 12: 23 y 27, etc.). Su “cronos” es el de Dios; el de los hombres es voluble, el de Dios, no. El Dios de la eternidad no juega con el tiempo, lo santifica. Los hombres, sí, “vuestro tiempo siempre está presto” (v. 6).

Además en el v. 7 contrasta su ministerio con el de ellos: “no puede el mundo aborreceros”. Pueden subir a Jerusalén sin cuidado, pues no van a denunciar sus obras de tinieblas, sino a participar en ellas. “Subid vosotros, yo (aún) no. Mi tiempo no se ha cumplido” (v. 8). El sentido es no subir bajo el modelo y la oportunidad sugerida por sus hermanos. El sabía que el “éxito” auténtico vendría en el tiempo inmediato con el cumplimiento de la profecía de Zacarías 9: 9, y en la proyección eterna y universal, con el cumplimiento de la profecía de Isaías 53: 10: “Cuando hubiere puesto su vida en expiación por el pecado...”. El va a subir, no ahora, y se manifestará repentinamente en Jerusalén, en calidad de maestro (v. 14) y profeta (vv. 37-39). Ahora rechaza la sugestión de un mesianismo populista y exitoso, y nos dice Juan que “se quedó en Galilea” (v. 9).

Así pues, diferenció su propósito del de sus hermanos subiendo “después” y no con la publicidad sugerida, sino “como en secreto” (v. 10).

Sobre Jerusalén en fiesta, se ceñía una nube de conflicto. Con un “¿dónde está aquél?” se iniciaban los comentarios muy generalizados y encontrados, en una atmósfera de precaución “por miedo a los judíos” (vv. 11-13).

“En la mitad de la fiesta”, 7: 14-36

“Mas en la mitad de la fiesta, Jesús subió al templo y enseñaba” (v. 14). Además de esta ocasión Juan cita dos ocasiones anteriores: 2: 13-22, cuando la purificación del templo, y 5: 1-18, cuando la curación del paralítico en Bethesda. Después le cita nuevamente, “paseando por el pórtico de Salomón” con gran turbación de los judíos (10: 22.39), y también entrando triunfalmente en Jerusalén (12: 12-36) en el devenir

imparable de la “hora”. Las fechas de las grandes fiestas de la Pascua, de los Tabernáculos y de la Dedicación eran significativas y oportunas para sus denuncias proféticas y manifestaciones mesiánicas.

Jesús no había sido educado en las “letras” de la argumentación rabínica, pero los judíos se maravillaban de su habilidad, aún cuando no percibían el alcance de su enseñanza, pues buscaban “su propia gloria”, soportada por una doctrina de “propia cuenta” (v. 18), en vez de buscar y “hacer la voluntad de Dios”, única condición para “conocer” si la “doctrina es de Dios” (v. 17).

Jesús les expone con claridad: a) el origen de su misión profética: “mi doctrina no es mía sino de Aquel que me envió” (v. 16); y b) la justicia esencial de su ministerio: “el que busca la gloria del que le envió, éste es verdadero, y en él no hay injusticia” (v. 18).

Si se remitían a la autoridad de la Ley de Moisés, ¿por qué no la guardaban (v. 19)? Pero la ceguera espiritual no sólo les impide ver quién es, sino que les hace osados para diagnosticar lo que no es. Poseída de ciega pasión, la multitud respondió y dijo: “Demonio tienes, ¿quién procura matarte?”, pues Jesús había denunciado abiertamente la conspiración de los judíos (v.20). Pero Jesús deja en claro que “los juicios de ellos no son justos” (v. 24), y se refiere a la curación (bastante reciente) del paralítico de Bethesda, (5: 1-18), realizada en sábado, con gran escándalo de los judíos. Así contrasta la operación de la circuncisión, hecha en sábado para no invalidar los mandamientos de Moisés (Lev. 12: 3), que afecta a una parte del cuerpo, con la maravillosa operación de sanar todo un cuerpo enfermo. En justicia, es más fácil ser superficial que justo.

El Cristo y sus “señales” (vv. 25-31). “¿Es este el Cristo?” Sigue la escena en el templo donde las conjeturas sobre la actitud oficial de los judíos son atrevidas (vv. 25 y 26); hay, empero, sectores de ignorancia acerca de las previsiones proféticas tocante al Mesías, “El Cristo, cuando venga, nadie sabrá de donde sea” (v. 27). Otros sectores de la población están mejor informados por la Escritura (v. 42).

La enseñanza de Jesús, ahora, “alzando la voz” (tres veces en este evangelio (7: 27; 7: 37 y 12: 44), recoge el tema apuntado en el prólogo (1: 18). “A Dios nadie le vió jamás; el unigénito Hijo que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”. “El Hijo conoce al Padre”, los judíos, no (vv. 28 y 29).

Esta aseveración se repetirá en 8: 19. En el v. 30 parece que haya vacilación en la ejecución de los planes, aunque la razón de fondo era que “no había llegado su hora”. Pero también había “muchos que creyeron”, ante la fuerza demostrativa de las “señales”, cuya proliferación atestiguaba una autenticidad mesiánica (v.31). El Cristo, al venir, no hacía “más” señales, ni menos, sino las que el Padre le había encomendado hacer (9: 4 y 10: 25).

Para las mentes endurecidas de los judíos, las declaraciones de Jesús eran enigmáticas, y en sus deducciones carnales pensaban en una pretendida expansión misionera hacia los griegos, ignorando la norma de “acomodar lo espiritual a lo espiritual” y de “discernir espiritualmente las cosas del Espíritu de Dios”, como años después escribió un destacado rabino convertido (1 Cor. 2: 13 y 14).

Jesús dijo claramente: “Todavía un poco de tiempo estaré con vosotros, e iré al que me envió” (v. 33). Hay diferentes expresiones que Jesús emplea, y que implican el sentido diferente de retirarse o apartarse (8: 14 y 21; 13: 3, 33, 36; 14: 4), el sentido de misión de ir a hacer algo (16: 28) y el de simple separación (6: 67; 16: 7). El uso de este lenguaje no era impedimento para comprender que “ir al que me envió” es frase que destaca la autoridad precedente de la misión, a la que después (8: 16 y 28) añade la nominación expresa, “yo y el que me envió, el Padre”.

“En el último y gran día de la fiesta”, 7: 37-52

La escena se repetía todos los años en la fecha prevista (Levítico 23: 33-36), con el ritual señalado (Lev. 23: 40-43), para recordar a Israel que vivió en cabañas cuando Dios los sacó de Egipto. Era también la fiesta de

la cosecha (Ex. 23: 16) y por su tiempo y motivación eran muy populares, aún pasados tantos siglos (la llamaban “el tiempo de nuestro gozo”). Su sentido no era la gratitud egoísta de familia o tribus, sin agradecer la misteriosa entrega del bien de la tierra para hacer posible y sostener la vida.

“El pueblo con ramas de árboles (palmeras y sauces) hacía un techo debajo del cual pasaban en procesión un sacerdote llevando un jarro de agua recogida en el estanque de Siloé. Haciendo un recorrido por el templo, la vertía después sobre el altar, en medio de recitaciones como Is. 12: 3, y el canto del “himno” Salmo 113-118 antifonal, agitando al mismo tiempo sus ramos. En el último día el sacerdote daba siete vueltas alrededor del altar, recordando a Jericó; y al tiempo que daban gracias por el agua, imploraban por más lluvia y recordaban el agua que Dios les hizo brotar de la roca en el desierto” (extracto del comentario de W. Barclay).

Así la escena no podía menos que resultar apoteósica, y fue posiblemente en este momento cuando Jesús “se puso en pie y alzó la voz” (v. 37). Una vez más el Señor transfiere a su persona las figuras del Éxodo: Podemos recordar la serpiente de bronce (Juan 3), el maná (Juan 6) y ahora el agua; después en cap. 8 la “columna de fuego” de Éxodo 13 al manifestarse como la “luz del mundo”.

“Si alguno tiene sed, venga a mí y beba” (v. 38). El es primera y suprema instancia para la suprema aspiración humana. “El que cree en mí, como dice la Escritura...” Esto no es una cita concreta de otra parte de la Escritura, pero la idea se extrae de la Escritura. Así, de Isaías 58: 11: “Jehová te pastoreará siempre y en las sequías saciará tu alma...y serás como huerto de riego y como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan”. También en Zacarías 14: 8: “Y saldrán de Jerusalén aguas vivas, hacia el oriente y hacia el occidente, en verano y en invierno”. Ambas referencias, están conectadas con la imagen original de Éxodo 17: 6: “Golpearás la peña, y saldrán de ella aguas, y beberé el pueblo”. Al tratar esta sección conviene tener presente el concepto judío del papel del agua en relación con la vida, que se refleja en un escrito de la importancia de 2 Pedro 3: 5 y que arranca del relato de la Creación y la fe en el Dios Creador, ¡no de la escuela de Mileto! La lectura del Salmo 65: 9-13, henchido de poesía, da la medida del fervor vivencial de esta fiesta judía.

El v. 39 es una explicación juanina, que interpreta el incidente a la luz de los acontecimientos de la resurrección y Pentecostés, barrando el paso a interpretaciones de mística ambigüedad.

El llamamiento público de Jesús surtió sus efectos (vv. 40 y 41): “Algunos de la multitud decía, verdaderamente este es el profeta...otros decían: éste es el Cristo”. La expresión empleada en ambas versiones describe una reiterada expresión de opinión.

La invocada ignorancia del v. 27 no era general ni absoluta; había quien sí sabía (vv. 41 y 42), como en los círculos de sacerdotes y escribas (Mat. 2: 4-6). La discusión alcanza tanto a la multitud anónima como a las clases rectoras y a los ejecutivos (vv. 43-52). Es sorprendente la reacción de los “aguaciles” (policía autonómica del templo) que llegaron a diferir el cumplimiento de las órdenes recibidas, a causa de la impresión producida por las palabras de Jesús, impresión que los fariseos sólo sabían rebatir con los argumentos que siempre utiliza la religión oficial de cualquier parte y tiempo: “¿Ha creído alguno de los gobernantes o de los fariseos?”.

Nicodemo, (vv. 50-52). Con la del cap. 3 y del cap. 19, esta es una de las tres anotaciones biográficas de este fariseo notable. Su intervención es formalmente legal (Deut. 1: 16), defendiendo un derecho que pretenden vulnerar, pero no va más allá. Su intención es buena, aunque cauta, queda ahogada y reprendida por una amenaza velada (v. 52 a), y un argumento falso (v. 52b). Porque en Galilea se levantó profeta excepcional, comisionado por Dios para una misión a los gentiles: Jonás, el hijo de Amitai, el profeta de Gath-Efer (Galilea, 2 Reyes 14: 25) en días de Jeroboam.

Es de general aceptación que este texto es una inserción posterior a la redacción juanina. Los manuscritos más autorizados lo omiten, y otros manuscritos lo colocan a continuación de Lucas 21: 38. Se observa que interrumpe la continuidad entre 7: 52 y 8: 12, una continuidad como la de cap. 8: 20-21. Parece haber sido insertado para ilustrar la enseñanza de Jesús sobre la procedencia y la bondad del juicio (8: 15 y 16): “Vosotros juzgáis según la carne, yo no juzgo a nadie, y si yo juzgo mi juicio es verdadero, porque no soy solo, sino yo y el que me envió, el Padre”.

“Y fuese cada uno a su casa” (v. 53); “su casa” que pudiendo ser un santuario de amor y servicio, era frecuentemente un almacén de egoísmo y discordia donde el “corbán” invalidaba hipócritamente el mandamiento de amor filial (Ex. 20: 12).

“Y Jesús fue al Monte de los Olivos” (8: 1), -para él, lugar habitual de oración (Luc. 22: 39)- y “por la mañana volvió al Templo”. Obsérvese, con Luc. 21: 38, que este era un movimiento frecuente durante las estancias de Jesús en Jerusalén. “Y todo el pueblo vino a él y sentado les enseñaba”; era la posición de un maestro autorizado (Mat. 5: 1, Luc. 4: 20).

El caso, posiblemente seleccionado entre otros, es presentado a Jesús por los escribas y fariseos, “tentándole para poder acusarle” (v. 6ª) y ello con insistencia (v. 7). Lo que interesaba de él era un dictamen: “Tú pues, ¿qué dices?” (v. 5b).

Los casos detallados en la Ley eran:

- a) Lev. 20: 10: “Si un hombre cometiere adulterio con la mujer de su prójimo, el adúltero y la adúltera indefectiblemente serán muertos”.
- b) Deut. 22: 22: “Si fuere sorprendido alguno acostado con una mujer casada con marido, ambos morirán”.
- c) Deut. 22: 23: “Si hubiere una muchacha virgen desposada con alguno, y alguno la hallare en la ciudad y se acostare con ella, entonces les sacarás a ambos a la puerta de la ciudad, y las apedrearéis, y morirán”.

No se habló de expediente judicial, pues estaba el caso en la fase primera de detención y arresto. La presencia de los escribas puede ser garantía de que, después de esta consulta, el caso seguiría su curso. Esta es la razón por la que no se mencionan testigos, aunque tenía que haberlos, pues había “sido sorprendida en el acto mismo de adulterio” (v. 4). El caso tenía que ser necesariamente el de Deut. 22: 23 (único que comporta la lapidación a muerte como sentencia penal): “en el acto mismo” había dos. ¿Dónde estaba el hombre? Se infiere pues que el expediente estaba por iniciarse.

El dilema que surge ante la contestación a la pregunta está en la misma línea de la consulta sobre la licitud del “tributo al César” (Luc. 20: 19-26). Se trata de pronunciarse por un cumplimiento estricto de la Ley de Moisés, enfrentándose así a la ley romana que no había cedido competencias en materia de muerte penal (comp. cap. 19: 7, “nosotros tenemos una Ley y según nuestra ley debe morir”; pero en cap. 18: 31, han de declinar el juicio autonómico, porque no comprendía la muerte penal: “a nosotros no nos está permitido dar muerte a nadie”).

Si se pronunciaba en contra de la resolución mosaica del caso, su acreditación mesiánica sufría una fuerte devaluación a los ojos del pueblo.

Los vv. 6b y 8 ha sido objeto de especulaciones sobre si lo que hacía Jesús era dibujar o escribir (el griego permite interpretar ambas cosas), y en este segundo caso, qué era lo que escribía, además de la

motivación táctica por la que Jesús hacía aquello. Pero no podemos entender más que la “mera acción de escribir” (Westcott).

En su respuesta (v. 7b) Jesús no presupone que todo el grupo de consultantes fueran culpables de adulterio, pero sí compelia a cada uno a reconocer su inclinación al pecado que allí se trataba de castigar, descubriéndoles lo oculto de su naturaleza; lo que les hizo retirar de la presencia de aquél que en materia de juicio reclamaba tanto como la culpa del culpable, la inocencia de los acusadores (v.8). Todo consistió en elevar el problema del plano legal al espiritual, terreno ambos en los que Jesús tenía una autoridad única e indiscutible.

Con el epílogo (vv. 10 y 11) surgen dos corolarios:

- a) El no ser imputados de una culpa, no nos hace ajenos al pecado;
- b) La culpa no debe ser motivo para quitar la esperanza del pecador.

ESTUDIO 9

LA LUZ DEL MUNDO

Juan 8: 12-59

LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS (Cont.)

La Base y la Autoridad del Testimonio Mesianico, 8: 12-20

“Otra vez Jesús les habló”, incorporando otra figura de la fiesta: la Luz. Un gran candelabro se encendía en la fiesta de los tabernáculos en el patio de las mujeres además de más iluminación. “La columna de fuego que guiaba en la noche a Israel” (Núm. 9: 15-23). Es la vívida relación mesiánica con el tema del prólogo: (1: 4-8). “Yo soy la luz del mundo” (v. 12). No sólo la guía de los que le siguen, sino la luz que descubre lo que ocultan las tinieblas, (3: 19-21) como hemos visto prácticamente en el relato anterior (8: 1-11). No sólo la luz de una nación o una raza, sino de todo el mundo.

“El que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (v. 12), equivalente de 7: 17.

La vida no es axial al hombre, como el alimento o el vestido, los bienes y las riquezas, sino que es previa y sustancial a su ser, de tal manera que solo hay un continente para la Vida: El. “En El estaba la vida” (Juan 1: 4), “y la vida era la luz de los hombres”.

Ante la identificación de Jesús con “la vida” y “la luz”, el dictamen de los fariseos la refuta por la ilicitud del propio testimonio (v. 13).

Jesús ya había tratado esta cuestión (5: 30-47). Juan el Bautista, por su testimonio reiterado (1: 19, 32 y 34) y el Padre, “ a quien no han visto ni oído” pero que ha hablado por su Palabra que “tenían” pero no “morando en ellos, (5: 37, 38). En sus corazones no tenían sentido profecías como la de Isaías 49: 6 en la que el Mesías además de “levantar las tribus de Jacob y restaurar el remanente de Israel, “está puesto para ser luz a las naciones y para que sea mi salvación hasta lo último de la tierra”.

Ahora Jesús mantiene el testimonio en una esfera que los judíos, aunque religiosos, no comparten: “Yo y el Padre”. Pero esta declaración de Jesús, no siendo creída, va a ser acompañada y refrendada por otra “señal” (cap. 9, el ciego de nacimiento curado por Jesús), por la que el testimonio de “ser la luz del mundo” no se realiza positivamente, sino que sirve para mostrar la ceguera de los que no tienen más norma de juicio que lo que da de sí la naturaleza caída (v. 15).

Aunque el “lugar de las ofrendas” estaba junto al Sanedrín, lo que propiciaba la ocasión, “nadie le prendió porque aún no había llegado su hora” (v. 20).

Aquí (vv. 20-21), como en 7: 32-33, después de intentar su prendimiento, Jesús alude a un desplazamiento hacia donde ellos no le podrán seguir. No se refiere a un escondite ocasional ante la presión persecutoria, sino que se refiere a la realización de su obra mesiánica.

Como cuestionaban su origen (8: 19), cuestionan ahora su destino, sin pensar en el de ellos como les señala Jesús diciéndoles que antes de que lleguen a conocerle morirán sin arrepentimiento (v. 21), mientras que “él va” a donde ellos “no pueden ir”. Pero ellos no piensan en su muerte sino en la de Jesús, mediante el suicidio, recurso último de caudillos y aventurados fracasados. Sin embargo, Jesús les descubre el contraste entre él y ellos que supone no sólo el origen sino también la pertenencia a dos esferas distintas: “abajo” y “arriba”. “Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo” (v. 23). Por eso les anuncia que morirán en pecados si no creen que “no soy”. La expresión “yo soy” (con esta cuatro veces en Juan: 4: 26; 8: 28 y 13: 19) tiene una resonancia alusiva a la majestuosidad del “Yo soy” de Ex. 3: 14b. La versión inglesa NEB

dice: “si no creéis que yo soy el que soy”. El texto griego –ego eimi- no permite esta ampliación, pero el efecto que produjeron estas palabras en los que iban a prender a Jesús en Getsemaní (18: 5, 6) testificado por un testigo ocular (1 Juan 1: 1-3) muestran que hay en la expresión una suprema trascendencia.

Como han cuestionado su origen y destino, cuestionan ahora su identidad: “tú, ¿quién eres?” (v. 25). Las referencias de Jesús a sus enseñanzas anteriores (v. 26) no hallan lugar en el entendimiento de ellos (v. 27), pero Jesús les da la “señal” anticipada para que en su día conozcan Quién es (v. 28): “Cuando hayais levantado al Hijo del hombre, entonces conoceréis que yo soy”. El término “levantar”, citado tres veces (3: 14; 8: 28; 12: 32-34), indica levantar, pero en sentido de gloria y exaltación, aunque en el cumplimiento la apariencia fue de desastre y vergüenza.

La verdad liberadora y la mentira mortal, 8: 31-59

El testimonio de Jesús tenía autoridad para inducir a “muchos” a creer, aunque quizá superficialmente, y a ellos dirigió las palabras alentadoras de los vv. 31 y 32 sobre su liberación basada en la verdad que habían conocido y en la que habían de permanecer. Pero esta exhortación levanta su objeción basada en su ascendencia abrahámica (v. 33), lo que da lugar a que Jesús culmine su enseñanza acerca de si mismo, y saque a pública notoriedad la ascendencia y filiación de ellos. Y salen a luz tres “paternidades” distintas: Abraham, Dios y el Diablo.

El diálogo es vivo, denso. Ha surgido el nombre de Abraham, cuya evocación alimenta el orgullo nacional de los judíos que rechazan la idea de no ser libres y tener necesidad de una liberación. Pero ser hijos de Abraham implica unas exigencias morales y espirituales conformadas a la persona y significación de Abraham, y es evidente que ellos estaban muy lejos de esto. Jesús les presenta otra perspectiva desde la realidad: en lugar de Abraham y la libertad, les muestra a Satanás como padre (vv. 38 y 44) y el pecado como esclavitud (v. 34).

Abraham. Tres puntos señala Jesús referidos a esta paternidad: a) “Sé que sois descendientes de Abraham” (v. 37^a). Pero...b) “Si fuéis hijos de Abraham las obras de Abraham haríais” (v. 39b); c) “Por ser hombre que os he hablado la verdad, procuráis matarme; no hizo esto Abraham” (v. 40).

Dios. Puestos en evidencia por aquel a quien “no pueden redargüir de pecado”, invocan la instancia paternal suprema: “Un Padre tenemos que es Dios” (v. 41b). La respuesta de Jesús les resulta incoherente; condicionados por sus prejuicios carnales (8: 15), rechazan unas palabras que descubren su abyecta esclavitud del pecado. “No sois de Dios” es el dictamen de Jesús, “porque no oís su palabra” (v. 47).

El diablo. El v. 44 es una gran interpretación de Génesis 3: 1-5. El diablo (=el acusador) es “padre de mentira” (=engañador, creador de mentira), creador de una anticreación. Es pues el primer “mentiroso” pues lo es desde “el principio”, por la misma ausencia de la verdad en la que no “ha permanecido”, lo que supone una primaria relación con la verdad, que quebró. La “mentira” es “lo suyo”. Es “homicida” “desde el principio”. Mata el ser genuino del hombre.

Jesús es acusado de: (a) ser samaritano, que implica un mestizaje étnico y religioso, y (b) de “tener demonio”. Antes ya había oído esta acusación (7: 20), que ahora refuta llanamente, cosa que no hará después (en el v. 52 y en 10: 20). En su descargo, los judíos pasan de fiscales a sujetos de juicio (vv. 48-50). Dios es el que juzga y procura la gloria de quien le honra (v. 50).

Apresados en las mallas de la mentira no pueden resistir la verdad de Dios, ni percibir la grandiosidad de la oferta mesiánica: “el que guarda mi palabra, nunca verá muerte” (v. 51).

Su apreciación carnal no les permite comprender, como tampoco a los saduceos de Luc. 20: 38, que, para Dios, Abraham, Isaac y Jacob “todos viven”; y suficientes, afirman: “Abraham murió, y los profetas. ¿qué te

haces a ti mismo? ¿Eres acaso mayor que nuestro padre Abraham?” (v. 53). La misma pregunta le había formulado una mujer en Samaria junto a un pozo en Sichar (4: 12). El rechazo de la palabra y el testimonio de Jesús, la resistencia a hacer la voluntad de Dios, les mantiene en el desconocimiento de la gran realidad que tenían delante (vv. 53-55).

La revelación que sigue (vv. 56-59) muestra la diferencia conceptual de tiempo y eternidad, a la que hemos de estar atentos cuando se trata de discernir el orden temporal del acaecer histórico y su relación con las realidades eternas.

ESTUDIO 10

LA LUZ BRILLA EN LAS TINIEBLAS

Juan 9: 1-41

El tema de la luz

Como indicamos al desarrollar el primer tema, Juan ilustra los grandes principios que adelantó en el Prólogo por medio de “señales”, además de una gran variedad de incidentes y enseñanzas. Al leer la historia de la curación del hombre nacido ciego, hemos de recordar el tema de LA LUZ que, según 1: 5, “brilla en las tinieblas y las tinieblas no prevalecieron contra ella”, que se reitera en 1: 9: “La Luz verdadera era la que entrando en el mundo, alumbra a todo hombre”. El pasaje que tenemos delante ilustra muy claramente la naturaleza de “las tinieblas” del sistema del judaísmo, y, al mismo tiempo, el hombre sanado llega a ser destacado ejemplo de todos aquellos que recibieron la luz. En su caso, la recepción de vista física llega a ser medio que le permite salir de las tinieblas espirituales también, y el Evangelista describe magistralmente el aumento de la luz espiritual hasta que le vemos a los pies del Hijo del Hombre. El Maestro insistió en que, estando él en el mundo, él era la Luz del mundo (vv. 4 y 5), y luego procede a dar vista al hombre nacido ciego. ¿Cómo reaccionaron los hombres frente a la Luz?

La narración de la curación

Un caso destacado. Los Sinópticos hablan de multitudes de milagros, y entre ellos se hallan muchos casos de la devolución de la vista a hombres ciegos. Después de la primera época que notamos en el cap. 2, el milagro llegó a ser algo excepcional en Jerusalén, quizá por el hecho de que los jefes de la nación repudiaban a Jesús de forma más oficial que no los líderes de Galilea, como se ve por el miedo que sentían los padres del ciego, que temían ser excomulgados si mostrasen demasiado interés en el que había sanado a su hijo (vv. 18-23).

El Señor empleó medios en este caso, 9: 6 y 7. Con una palabra el Señor pudo haber dado la vista al ciego de nacimiento, pero empleó medios que prolongaron el proceso y llamaron más la atención a la obra. Además, da lugar a que el ciego muestre un espíritu de fe y de obediencia. Desde luego, no había virtud en el barro con el cual el Señor untó los ojos del ciego, ni tampoco en las aguas del estanque de Siloé, como reconoce el exciego, quien da toda la gloria al Señor. Pero podemos creer que este hombre necesitaba este proceso como medio para ayudarlo a salirse de las tinieblas espirituales a la plena luz del conocimiento del Señor. Había tiempo para grabar las impresiones sobre su memoria y corazón. La obediencia del ciego se expresa muy escuetamente, pero fue elemento de importancia fundamental si había de recibir la LUZ: “Ve, lávate en el estanque de Siloé... fue pues y se lavó y volvió viendo”.

Otro milagro en sábado. Los dos milagros efectuados en Jerusalén –que Juan detalla– fueron realizados en el día del sábado a los efectos de revelar más claramente la naturaleza de las tinieblas que envolvían a los fariseos, esclavos de su sistema, y ciegos ante la gloria que resplandecía en la vida y obra del Cristo de Dios. Ellos resistían la luz que el ciego iba percibiendo, y por fin aceptó plenamente.

Las causas de las enfermedades físicas, 9: 1-5

“¿Quién pecó?”. La pregunta de los discípulos al ver al hombre nacido ciego extraña a nosotros (v. 2), pero reflejó los pensamientos de los rabinos frente al misterio de la enfermedad física, ya que unos padecen muchas y otros se libran casi totalmente de ellas. El legalismo de los rabinos había llegado a la conclusión de que las enfermedades crónicas constituían un castigo especial y peculiar frente a algún pecado grave.

Tratándose de un hombre nacido ciego, los discípulos preguntaron si el mal sería un castigo “anticipado” para el hombre mismo, o si la responsabilidad recaía sobre los padres. Naturalmente, cuando el Maestro contestó: “Ni éste pecó ni sus padres” no negaba el hecho universal del pecado en toda la raza, sino que rechazó la teoría del castigo específico frente a un pecado especial. Dios **puede** castigar males graves por una visitación especial – como en el caso de Ananías y Safira- pero normalmente hemos de entender que las enfermedades son el fruto del pecado en la raza, y les toca “gemir” a todos los hombres, en mayor o menor grado, a causa de la Caída y sus efectos en todo lo creado (Rom. 8: 19-25).

Los vecinos y el milagro, 9: 8-12

Tengamos en cuenta que Juan está ilustrando las diferentes reacciones de las gentes frente a **la Luz del Mundo** que acaba de manifestar su poder, evidenciando por sus obras que él había venido para salvar e iluminar a los hombres de este mundo entenebrecido. Los vecinos del ciego son los primeros que se dan cuenta de que ha pasado algo extraordinario, y al principio les cuesta trabajo creer que se trata de la misma persona que habían conocido como mendigo, porque, siendo ciego, no podía ganar la vida de otra manera. Por lo que podemos deducir, su interés no pasaba de la mera curiosidad. Llegaron hasta preguntar: “¿Dónde está?” – pero Juan no hace mención de ninguno que recibiera luz espiritual como resultado del milagro.

Los padres del ciego y el milagro, 9: 18-23

Es evidente que algunos de los vecinos dieron cuenta de lo sucedido a los fariseos, y por “fariseos” aquí hemos de entender, sin duda, los jefes de la sinagoga más próxima. A pesar de hallarse el Templo en Jerusalén – muy sometido a la autoridad de las familias sumosacerdotales, saduceos en cuanto a su secta- los judíos de Jerusalén disponían de diversas sinagogas a los efectos de las reuniones para escuchar la lectura de la Ley y hacer las oraciones prescritas, y en éstas predominaban los fariseos, teniendo sus jefes atribuciones para excomulgar a personas desafectas, o que no seguía “las costumbres”. Como el milagro fue hecho en sábado, los jefes de los fariseos de la localidad estarían reunidos en la sinagoga, y fue fácil llevar al exciego a su tribunal local. Volveremos a las actitudes de los fariseos, pero aquí notamos que los padres, en lugar de gozarse al saber que su hijo ya veía, querían lavarse las manos frente a toda posible responsabilidad, diciendo en efecto: “No sabemos nada: el es mayor de edad; que él se explique”. La importancia de esta actitud, a los efectos del propósito de Juan, consiste en que es netamente **negativa** frente a la LUZ, que brilló con inusitado resplandor tan cerca de ellos. La experiencia debiera haber despertado en ellos un vivo deseo de saber más de la maravillosa potencia que había otorgado un don tan preciado a su propio hijo; lejos de ello, el temor a los hombres y al “sistema” pudo más que el sentimiento de amor para con el hijo de sus entrañas. En el caso de los fariseos notamos una resistencia **activa** a la LUZ, pero no es menos triste la pasividad y la indiferencia de estos pobres padres, representantes de tantas almas que se pierden porque no tienen deseos de ver la Luz ni ánimo para buscar la Verdad.

Los fariseos y el milagro, 9:13-17; 24-34

La primera investigación, 9: 13-17. Es imposible separar del todo las reacciones de los fariseos ante el milagro y la luz creciente que se ve en el ex -ciego, pero en esta sección quisiéramos subrayar la oposición a la luz de parte de los fariseos, bien que se ve siempre contrastada con los hondos deseos y el buen sentido del hombre sanado. Hicieron a éste detallar el milagro (9: 15) y frente a la “señal” la parte dominante del tribunal declaró que un hombre que obraba milagros en sábado no era de Dios porque no guardaba el día sagrado. Había algunos con suficiente lógica para preguntar: “¿Cómo puede un hombre pecador hacer tales señales?”. Siempre que se produce un milagro existe una manifestación de una potencia superior a la normal, y se debe preguntar de dónde procede. Aparte del fanatismo de los endurecidos era difícil creer que una obra tan buena surgiera de una dinámica satánica.

Más investigaciones, 9: 24-34. Las preguntas dirigidas a los padres del hombre sanado habían establecido el hecho de su personalidad y filiación. Quedó sin duda posible que era el hijo de ciertos padres que habían comparecido ante el tribunal, y que, efectivamente, habían nacido ciego. Más no querían decir los padres. Vuelven a llamar al ciego, y le comunican su dictamen sobre el Sanador: “Da gloria a Dios – dicen- nosotros sabemos que este hombre es pecador”. Las palabras reflejan perfectamente el orgullo y la suficiencia propia de quienes se consideraban como intérpretes de la Ley, siendo ciegos a la LUZ que Dios les envió, y que había de trascender la de la Ley, que no pasaba de ser preliminar y parcial. La maravillosa confesión del protagonista (9: 25) impresionó a los fariseos hasta el punto de volver sobre el tema con nuevas preguntas que provocaron una reacción bastante independiente del hombre... ¿Por qué tanto repetir las mismas cosas?... Pretendían ser “discípulos de Moisés” y rechazaron a Jesús porque no sabían de donde procedía: una ignorancia inexcusable en los líderes de la nación. Esto es lo que subraya el buen sentido del ex –ciego: “¡Qué cosa más extraña! ¡Vosotros que sois los guías del pueblo de Dios, y no sabéis de dónde procede un Hombre que me abrió los ojos!”. Esta señal –como tantísimas otras- tenía un hondo significado espiritual, manifestando que Dios hablaba de nuevo a su pueblo, como lo había hecho por medio de las plagas realizadas por medio de Moisés. Su ignorancia probaba que eran guías ciegos de otros ciegos, pese a sus pretensiones. Los “teólogos” era incapaces de contestar las buenas razones del ex –ciego, y –como tantos otros líderes de fuertes sistemas religiosos- recurrieron a la fuerza que se hallaba en sus manos, echando fuera al hombre sanado, que equivale a su excomuniación de la comunidad judaica: algo muy grave para un judío piadoso.

Al final del capítulo el mismo Señor hace un resumen de la posición de estos fariseos y pronuncia sentencia: “Para juicio vine yo a este mundo...” lo que no contradice 3: 17 y 18, sino que señala un hecho sencillo: quienes deseaban ver la luz la recibían con las bendiciones consiguientes, pero quienes cerraban sus ojos deliberadamente para no contemplar y comprender la obra de Dios, quedaban “cegados” judicialmente. Su responsabilidad era tanto mayor por cuanto pretendían conocer las Escrituras y explicarlas (9: 40 y 41).

El hombre sanado y el milagro, 9: 13 y ss.

Su primer testimonio, 9: 15 y 16. Ya hemos visto que el ciego manifestó su testimonio y fe yendo a Siloé para lavarse, según el mandato que recibió. Al ser llamado al tribunal de los fariseos, se limita al principio a declarar escuetamente los detalles del hecho, pero las discusiones de los fariseos le hacen meditar más en la Persona del Sanador, y cada intervención suya muestra un aumento de luz. De paso vemos que el ex –mendigo –como Bartimeo- era hombre de carácter fuerte y decidido, que no se dejaba amedrentar por el tribunal de rabinos. El mismo iba sacando sus conclusiones de los principios generales de la Palabra, iluminados por su propia experiencia. Llega a ser, pues, un ejemplo destacado de quienes recibían la luz que Dios se dignaba otorgarles por medio de Cristo. Las tinieblas eran muy densas, y pudieron mucho, pero no “prevalecieron” contra la Luz donde había ánimo de buscar y entender la verdad.

“Es profeta”, 9: 17. Antes de llamar a los padres del ex –ciego como testigos, el tribunal le había preguntado al hombre sanado: “¿Qué dices tú de él, ya que se abrió los ojos?”. Su contestación revela el grado de iluminación que tenía en aquel momento, además de su valor, ya que era evidente que el tribunal había de condenar la buena obra realizada en sábado...”**Es Profeta**”. Pensaba en los milagros del Antiguo Testamento, realizados por Moisés, Elías y Eliseo en especial, y le parecía que la gran obra correspondía a un ministerio profético. El razonamiento era exacto según la luz que tenía entonces, pero quedaba más por aprender. Dios siempre aumenta la luz a favor de quienes responden afirmativamente a la que han recibido.

“Una cosa sé”, 9: 25. El hombre no pretendía ser teólogo, pero estaba seguro de su propia experiencia, e iba entendiendo cada vez más que el bien que había recibido era “señal” de la gracia de Dios. Dice en efecto: “De sutilezas teológicas no sé nada, pero una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo”. Implícito en

la afirmación va este pensamiento: “Dios ha obrado, y eso revela algo extraordinario en cuanto a quien llevó a cabo la obra. ¿Quién será y cómo obra?”

Frente a las renovadas preguntas de los fariseos (9: 26), el hombre, comprendiendo su malicia y el rechazo obstinado de una luz tan clara, se vuelve un tanto “impertinente” preguntándoles si querían ser discípulos de Jesús, lo que provocó la reacción de los vv. 28 y 29, que ya hemos notado. De paso reconocen el interés del ex –ciego por la Persona de su benefactor diciendo: “Tú eres su discípulo”. No lo había dicho, pero la deducción que sacaron ellos de su actitud era exacta.

“*Dios le oye*”, 9: 29-34. El buen sentido del ex –ciego vale mucho más que las afirmaciones dogmáticas de los fariseos, que brotaron de su fanatismo y de su odio a la luz. No podían concebir que el Dios que se reveló por medio de Moisés y de los profetas pudiese seguir dándose a conocer, pese a las abundantes pruebas de las grandes obras del Señor, de las cuales estaban examinando una. El protagonista dice: “Decís que tengo que dar gloria a Dios, lo que significa que reconocéis que la curación mía es obra divina. Pero Dios no obra por medio de rebeldes, sino a través de quienes le temen y hacen su voluntad. Resulta, pues que mi Sanador es uno de los tales”. La lógica era contundente aparte del empleo de un poder despótico y arbitrario, excomulgando al hombre que acababa de recibir la bendición de Dios.

“*Creo, Señor*”, y le adoró”, 9: 35-38. En estos versículos llegamos a la cumbre del proceso de iluminación con respecto al ex – ciego. Le faltaba aún el encuentro personal con el Señor, y éste buscó a la oveja – echada fuera del redil de Israel – para completar la revelación, que se centraba en su propia Persona. Las meditaciones del hombre sanado – reflejadas en las conversaciones con los fariseos – le había preparado para este encuentro y para la sorprendente pregunta: “Crees tú en el Hijo del Hombre?” (**Hijo de Dios**, en algunos textos). El ex – ciego se había preguntado ya muchas veces: “¿Quién será el Hombre que me ha sanado?”. Se preocupaba intensamente por él, y ya hemos visto lo que había deducido, estando dispuesto a sufrir la excomunicación antes de difamar a quien le había hecho tanto bien. Ya que había recibido la luz posible hasta aquel momento, no le extrañaría tanto la declaración del Señor: “Es el que habla contigo”, o, en otras palabras: “Yo soy”, que contesta la pregunta implícita en todo el pasaje: “¿Quién es...?”. Seguramente el ex – ciego tendría mucho más que aprender acerca del Señor, pero comprendió que, instintivamente, reconocía la Deidad del Señor, bien que le habría sido difícil explicarla. La LUZ que vino al mundo le ha inundado totalmente el corazón, y el hombre sanado queda como el gran ejemplo de aquel que sigue la LUZ: “Yo soy la Luz del mundo –dijo Cristo- el que me sigue no andará en tinieblas, más tendrá la luz de la vida” (Juan 8: 12).

ESTUDIO 11

EL BUEN PASTOR Y LAS OVEJAS

Juan 10: 1 – 42

Introducción

La figura del Buen Pastor continúa la lección anterior. Los fariseos de la sinagoga en Jerusalén (cap. 9) se destacan como malos pastores que pensaban sólo en mantener su autoridad arbitraria, sin sentir compasión alguna por el hombre nacido ciego, ni gozo alguno por la restauración de su vista. En cambio, el Señor se preocupa por el bien material y espiritual de un mendigo ciego, quien por fin le sigue fuera del “redil” legalista de los judíos, y llega a ser una oveja del rebaño único del Señor (comp. 10: 3, 4, 16).

La figura recoge el sentido de la familia en Juan 1: 12 y 13. Juan no pierde el hilo de los grandes temas del Prólogo, y recuerda que el Señor vino a lo suyo y los suyos le rechazaron. Con todo, todos aquellos que le recibieron fueron constituidos en una familia de Dios por medio de la fe en el Hijo. En nuestra porción la figura es la del rebaño de ovejas, unido y único, gracias a su relación especial con el Buen Pastor, pero el concepto es igual bajo las dos figuras. Se propone y se contestan las preguntas: “¿Quiénes quedan del redil legalista de los judíos bajo el poder de pastores que sólo buscan lo suyo? Y ¿Quiénes reconocen al verdadero Pastor, oyendo su voz y siguiéndole, formando el verdadero rebaño de creyentes?”

Los pastores falsos y el verdadero, 10: 1-6

El aprisco, la puerta y la entrada. La palabra traducida por “parábola” en algunas de nuestras traducciones (10: 6) no es igual a la de Mat. Cap. 13, etcétera y quiere decir “figura”. La figura es compleja y no siempre corresponde a nuestras ideas occidentales en cuando a una aplicación lógica de un simbolismo en todos sus detalles. Algunas complicaciones desaparecen si nos acordamos de que el pastor oriental de entonces, al recoger a sus ovejas en el aprisco para pasar la noche, se echaba él mismo en la abertura que sería “la puerta”. En el curso de la primera presentación de la figura (10: 1-6), relacionada con el caso del hombre nacido ciego, el Maestro menciona bastantes rasgos del Pastor y la Puerta que ha de recoger y detallar más tarde, frente a la incompreensión de sus oyentes (10:6). **El aprisco de las ovejas** en el v. 1, es el verdadero redil de Israel, donde se esperaba la llegada del Mesías-Pastor (figura ya conocida en el Antiguo Testamento como testimonia el Salmo 23 y muchos otros pasajes). Los **ladrones y salteadores** pueden significar dos clases de falsos pastores: a) los jefes que usurpaban la autoridad civil y religiosa de Israel, habiendo perdido la inteligencia espiritual de los humildes, como se ha visto en el capítulo anterior; b) los pretendidos “mesías” que se aprovechaban de la amargura política, social y religiosa de las masas que odiaban el dominio romano, como Judas el galileo (Hech. 5: 37). Hasta en el año 132 d.C. le fue posible a Simón Bar-Kokba dominar la mayor parte del país, acuñando dinero que llevaba la inscripción: “Simón, príncipe de Israel”. Después de derrotarle, los romanos hicieron imposible que se levantara otro. El Buen Pastor, **ha poimen ho kalos** es el “verdadero Pastor, el que es adecuado” al caso, siendo señalado por Dios, mientras que el **portero** bien pudo ser Juan Bautista, cuyo ministerio como aquel que señaló a Cristo, negando importancia a su propia labor, se subraya varias veces por Juan el autor de este Evangelio. Los falsos mesías no tenían a nadie que les presentara al pueblo con mensajes proféticos, que cumplieron oráculos del Antiguo Testamento. El “pastor de las ovejas” del v. 2 cumple todo cuanto se espera de un verdadero pastor, ya que conoce a sus ovejas por nombre, las puede llamar, sabiendo que reconocerán su voz, les saca fuera por la mañana en busca de pastos, y va delante de ellos, guiándolas y protegiéndolas, y las ovejas le siguen, porque le conocen como a su propio pastor. Así es la familia de los verdaderos creyentes, cuya formación se anunció en 1: 12 y 13.

La obra del Buen Pastor contrastada con los estragos de los usurpadores, 10: 7-13

Pastor y Puerta, 10: 7-9. El Maestro sigue empleando la figura combinada de Pastor y Puerta, que hemos explicado anteriormente. Sólo por su medio pueden entrar las verdaderas ovejas en el aprisco divino, siendo **salvos** ya los que se han relacionado con Dios por medio de Cristo. Su vida será regulada y ordenada, ya que entrarán y saldrán según la necesidad de hallar pastor y de descansar y estar protegidas del mal (10: 9).

El Ladrón, el asalariado y el lobo, 10: 10-13. El Señor contrasta su obra con los estragos causados por quienes no son verdaderos pastores. No podemos dogmatizar sobre quiénes serían “ladrones”, pero se indica toda suerte de persona que toma lo que no es suyo, y apenas se distinguen en la práctica de los “asalariados” que sólo están con las ovejas porque esto llega a ser un medio de vida. Naturalmente, tales personas buscan sus propios intereses, y si llega a haber un verdadero peligro, huyen, dejando las ovejas a la merced del lobo. Ya hemos visto las dos clases de personas que representan al comentar el v. 1.

Los vv. 10 y 11 destacan dramáticamente el **contraste**, y el Señor sigue revelando rasgos más profundos de su Obra. Vino para que las ovejas tuviesen **vida** –gran tema de este Evangelio- y no en medida escasa, sino **en abundancia**. Las ovejas del Señor debieran rebosar de vida, ya que la perciben de la Fuente de toda vida. Asoma aquí un tema nuevo, pues las ovejas no podrán tener la vida sin que el Buen Pastor entregue la suya a favor de ellas: “**El Buen Pastor da su vida por las ovejas**”. Según lo más sencillo de la figura, el peligro surge de los lobos que rodean el rebaño, buscando ocasión para arrebatar las ovejas. Como David en su tiempo, el **Buen Pastor** está dispuesto a salvar la vida de sus ovejas por el sacrificio de la suya. Dentro de la perspectiva de toda la Biblia, sabemos que “el lobo” es el gran enemigo de la raza quien introdujo el pecado en la raza, lo que requiere la obra de expiación realizada por el Buen Pastor en el Calvario. Ha de reiterar el tema –juntamente con el de la Resurrección- en los versículos siguientes.

La Muerte y la Resurrección del Buen Pastor, y el rebaño único, 10: 14-21

Las relaciones del Hijo con el Padre, 10: 15 y 17. El Señor ha de hablar –usando expresiones profundas- de su Muerte y de su Resurrección, pero entrelaza unas consideraciones sobre el mutuo conocimiento del Padre y del Hijo, notando también el “amor particular” del Padre para con el Hijo en visto de que ha de llevar a cabo la muerte expiatoria. Estos insertos han de entenderse en relación con el constante pensamiento del Hijo-Siervo, que no hace nada por sí mismo, sino conforme al Plan formulado antes de la creación del mundo con el fin de vencer el mal y salvar aquella parte de la raza que se sometiera a las condiciones expresadas en el Evangelio. De nuevo, el Hijo no obra sino en cumplimiento de la voluntad del Padre.

La muerte del “Buen Pastor”, 10: 15, 17 y 18. El Maestro reitera que pone su vida a favor de sus ovejas con el fin de crear el rebaño único compuesto de los suyos. Enfatiza, sin embargo, que su muerte no es algo que los hombres imponen sobre él, o sea, no ha de morir mártir por una causa que los jefes de los judíos rechazan: “**Nadie me la quita, sino que yo la pongo de mí mismo**”. Conforme al plan eterno y divino –llamado aquí “el mandato del Padre” –el Dios-Hombre ofrece su vida en el momento y conforme a la manera determinada por este plan. Los jefes de los judíos, ejerciendo presiones sobre Pilato, el gobernador romano, podrán ser los instrumentos que efectuarán la muerte de Cristo, pero a la vez “fue entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios” (Hech. 2: 23). Es muy importante que recordemos esta profunda verdad en cuanto al Sacrificio del Calvario.

La Resurrección del Buen Pastor, 10: 18. La autoridad del Señor no sólo determinó el momento de su Sacrificio, sino también el momento y manera de su Resurrección: “Tengo **potestad (autoridad) para ponerla (su Vida) y tengo potestad (autoridad) PARA VOLVERLA A TOMAR**”. Esta declaración nos recuerda las del cap. 5 en cuanto a la resurrección en general, y anticipa el gran tema del cap. 11, que presente a Jesús como RESURRECCIÓN Y VIDA. El Señor controlaba todas las fases de su obra redentora, pese a las apariencias humanas.

El rebaño único, 10:16. El Señor limitaba su ministerio directo a Israel, pero miraba más allá de la Cruz viendo lo que Pablo había de detallar en Ef. Cap. 2. Por fin se había de derribar la pared intermedia de separación entre judíos y gentiles, para formar un solo pueblo espiritual, la Iglesia. Esto es algo necesario según el plan de Dios, y sin duda el “solo rebaño” es la Iglesia universal, y el “solo Pastor” es Cristo (Léase Ef. Caps. 2 y 3).

Un epílogo al tema, 10: 22-31

El momento de las nuevas enseñanzas, 10: 22-26. Dejando el tema de las reacciones de los judíos por el momento, notaremos que sus discusiones dieron lugar a este Epílogo al discurso sobre el Buen Pastor que se desarrolló en los patios del Templo en la ocasión de la Fiesta de la Dedicación –que celebraba la dedicación del segundo Templo, después de su profanación por Antíoco Epífanes- que coincidió con el invierno. Los atrios del Templo, en su parte exterior, ofrecían lugar para reuniones y discusiones aun en tiempo de frío. Los judíos querían que Jesús hiciera una declaración verbal sobre la categoría de Mesías, lo que habría dado ocasión a que los enemigos lo denunciaran al gobernador. El dice: “os lo dije”; no lo había hecho con palabras sino “las obras que yo hago en el nombre de mi Padre, éstas dan testimonio de mí”. El que tenía oídos para oír podía discernir claramente “la voz” del testimonio de repetidas obras divinas. Si no comprendían aquel testimonio de poco serviría una declaración verbal.

La seguridad de las ovejas, 10: 27-29. La falta de comprensión de parte de los judíos enemigos surgió de su incredulidad, que ya hemos visto como injustificada, puesto que los rebeldes rechazaban tantas pruebas. Las verdaderas ovejas oyen la voz del Pastor, son conocidas por él y le siguen. Esto se ha dicho antes, pero el Señor añade unas importantes declaraciones sobre la seguridad de las ovejas: **“Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano”**. Para más seguridad el Señor hace mención del poder supremo del Padre, añadiendo “y nadie puede arrebatar nada de la mano de mi Padre”. Hemos de comprender que apóstatas pueden perderse –y se pierden indefectiblemente- pues vienen a ser aquellas personas que “creen” el Evangelio, como doctrina, que se han identificado durante ciertos períodos con las congregaciones de los creyentes, sin haberse rendido en último término a Cristo, y la condenación de los tales es justa (Mat. 7: 21-23). Pero los fieles que depositan su fe con sencillez en el Salvador, oyendo su voz y siguiéndole como a su Buen Pastor, no pueden perderse jamás, porque están identificados con el Hijo y con el Padre en una vida común.

La unidad del Padre y del Hijo, 10: 30. En los intereses de ciertas escuelas de teología se ha intentado rebajar el claro significado de esta tremenda declaración del Señor –“Yo y el Padre una cosa somos” –pero el sentido es claro y coincide con lo demás de la doctrina del Nuevo Testamento. La esencia de la Deidad es una sola cosa, tratándose del Padre o del Hijo. Las manifestaciones y las obras de las “PERSONAS” admiten diferenciaciones, pero no la esencia ni la voluntad. La doctrina de la SANTÍSIMA TRINIDAD no es un invento teológico, sino una deducción clara de las declaraciones bíblicas en cuanto al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Las reacciones de los judíos, 10: 22-26; 31-42

La incredulidad de los judíos enemigos es inexcusable. Juan vuelve una y otra vez a este tema, que ya hemos examinado. De nuevo la prueba mayor que se aduce en esta sección en apoyo de la autoridad divina de Cristo surge de sus obras, que no admiten réplica razonable. **“Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis”** (10: 37 con 38). Notemos la frase “las obras de mi Padre”, pues se trata no tanto de lo portentoso de los milagros, sino de la manera en que manifestaba el corazón de Dios. El diablo puede hacer obras maravillosas, pero son de un carácter completamente distinto.

Las reacciones de los judíos confirman el sentido de las declaraciones de Cristo, 10: 31, 33 y 39. Ya hemos visto que algunos teólogos quisieran diluir la fuerza de las declaraciones de Cristo, ya que sólo quieren reconocer en él la consumación de la humanidad, y no la revelación de la Deidad. Los judíos entendían bien la declaración del v. 30, pues cogieron piedras en el vano intento de apedrearle, diciendo: “porque tú, siendo hombre, te haces Dios” (10: 33). No tenían por qué apedrear a un profeta que hablara en nombre de Dios, pero, rechazando sistemáticamente el testimonio de sus obras, y dando su verdadero sentido a “una cosa somos”, le consideraban como blasfemo por hacerse Dios. Por lo menos su loca ceguera nos provee de una prueba de que las palabras del Señor significaban que reclama para sí mismo todo el valor de Dios mismo.

ESTUDIO 12

EL VERBO SE PROCLAMA COMO “RESURRECCIÓN Y VIDA”

Juan 11: 1 – 57

El enlace con el Prólogo

La vida y la luz. En el Prólogo Juan había declarado, en cuanto al Verbo Eterno: “En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres”, y esta gran verdad se relaciona íntimamente con su obra como Creador de todas las cosas (1: 3-5). Ambos temas – “vida” y “luz”- se han detectado anteriormente al describir el Evangelista las señales del Señor y notar las enseñanzas del Verbo encarnado; sin embargo, el levantamiento de Lázaro viene a ser la demostración más contundente de que Jesús de Nazaret era el Hijo de Dios y Fuente de Vida. El milagro ilustra la sublime declaración del Señor: “Yo soy la Resurrección y la Vida”, y nos coloca en el umbral de la Muerte y la Resurrección del Señor mismo, que había de abrir una fuente inagotable de vida para todo creyente.

La luz y la gloria. El hecho de que el Señor no estuviera cerca de Betania cuando Lázaro cayó enfermo parecía algo trágico a las dos hermanas, pero el Maestro prolongó su estancia en Perea dos días más después de oír las noticias, declarando a los discípulos: “Esta enfermedad no es para muerte – Lázaro murió, pero volvió a recibir la vida- sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella” (11: 4). La devolución de la vida a un hombre que había llevado cuatro días en la tumba había de ser medio de revelar la gloria del Señor en su plenitud. Ya veremos que Juan, como siempre, se fija mucho en las reacciones de distintas clases de personas frente a las obras de Cristo, y aquí se trata de los discípulos, Marta, María, los judíos amigos de Jerusalén y los miembros del Sanedrín. La Vida era la Luz de los hombres, pero sólo unos cuantos percibían la gloria, aun frente a un milagro tan señalado como éste, por el cual la muerte, en su forma más completa, -el enemigo invencible de los hombres – queda derrotada por la RESURRECCIÓN Y LA VIDA.

Las circunstancias, 11: 1 – 16

La enfermedad y la familia en Betania. Poco sabemos de Lázaro como personalidad humana, pero Marta y María se destacan en esta narración de Juan con las mismas características que se manifiestan en ellas en los Sinópticos: la prisa y la actividad de Marta, y la relativa pasividad y espíritu de meditación de María. Betania se halla a tres kilómetros de Jerusalén al pie de la ladera oriental del Monte de los Olivos, y se destaca varias veces la relación íntima que existía entre Jesús y esta familia. No se trata de favoritismos, pues el Maestro manifestaba su amor y su tierna preocupación para con toda alma dispuesta a recibirlos, pero eso no impedía la simpatía y el compañerismo que correspondían a personas que admitían la verdad y se gozaban en ella. Hay delicados matices de expresiones aquí, pues las hermanas, al enviar su recado al Señor, he aquí el para quien tienes cariño (*phileé*) está enfermo (11: 3), mientras que Juan el Evangelista declara: “Y amaba (*agapaó*) Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro” (11: 5) que es el verbo que expresa el amor en su mayor extensión. Sin duda el Maestro hallaba alivio y consuelo al escapar de las polémicas y luchas dialécticas que se desarrollaban en el Patio del Templo en Jerusalén, andando los tres kilómetros, subiendo y bajando la cuesta del Monte, hasta hallarse rodeado por el ambiente de amor y de simpatía en la casa de Betania.

El Señor se hallaba en Perea, 11: 6-16. Los Sinópticos nos hacen ver que, en términos generales, el Señor subía de Galilea a Jerusalén pasando por Perea (ahora Jordania) al este del río Jordán. En Jerusalén y sus alrededores los jefes de los fariseos y las familias sacerdotales habían creado un ambiente hostil a Jesús, mientras que, en Perea podía estar con relativa tranquilidad. No es posible sacar deducciones claras de estos versículos sobre distancias y el tiempo invertido en el viaje a Betania desde algún punto de Perea,

destacándose solamente que el Señor permaneció dos días en el mismo sitio después de recibir el recado de las hermanas, llegando a Betania cuatro días después de la sepultura de Lázaro. Es evidente que, aun si el Señor se hubiese puesto en camino en seguida, habría llegado a Betania dos días después de la sepultura. La demora, pues, no hizo más que poner de relieve de forma más dramática la gran lección de la victoria sobre la muerte.

Conversaciones en Perea, 11: 4-16. No perdamos de vista que el Señor se dedicaba preferentemente durante esta época al entrenamiento de los discípulos que habían de declarar la verdad en cuanto a su Persona y Obra después de su regreso al Cielo. Las conversaciones de estos versículos son lecciones en esta “escuela”, siendo aún más importante que los discípulos discernieran su gloria que las hermanas de Betania, a causa de su responsabilidad como Apóstoles. Ya hemos notado que la enfermedad había de revelar la gloria de Dios por medio de su Hijo (11: 4). Después de dos días el Maestro anunció su intención de volver a Judea, pese a los peligros que notaban los suyos (11: 7, 8 y 16). El hecho de que los discípulos pensaban en el “sueño” normal que podía ser reparador – en el caso de Lázaro- mientras que el Señor hablaba del “sueño” de la muerte física, no requiere explicación (11: 11-14). Lo importante es la referencia a “las doce horas del día” durante las cuales es posible andar sin tropezar, mientras que no va seguro el que camina de noche (11: 9 y 10). ¿Por qué introduce el Señor esta declaración en este punto? Los judíos dividían el día – desde la salida del sol a su acaso – en periodos de doce horas que eran iguales cada día, pero, naturalmente, variaban según la estación del año. Eran días de luz que hacían posible el trabajar y el caminar. El Señor hace caso omiso de las amenazas de los judíos, y se remite al programa que cumple según la voluntad del Padre. Si anda a la luz de la voluntad de Dios, el programa se cumplirá, y generaliza este principio, ya que se aplica a todo servicio cristiano. En cambio, las tinieblas de las meras determinaciones humanas darán lugar a múltiples tropiezos. Los primeros capítulos de **Los Hechos** hacen ver que estos mismos discípulos –exceptuando Judas- aprendieron a andar a la luz de la voluntad de Dios, aun en medio de persecuciones, tratándose precisamente de Jerusalén y Judea.

La revelación concedida a Marta, 11: 17-27

El lugar del encuentro, 11: 17-20 con 30. El Señor había hecho un acto en un lugar fuera del pueblo y seguramente cerca del camino no que subía desde Jericó hasta Jerusalén. No servía llegar a la casa, pues la obra del levantamiento de Lázaro había de efectuarse delante de la tumba, que era una cueva arreglada con este propósito en la ladera de los cerros. En cuanto al lugar del encuentro, podemos suponer una explanada rodeando una fuente o un pozo, con árboles que hacían sombra que es lo típico tratándose de un sitio de reunión, cerca de un pueblo oriental. Al oír que el Señor había llegado hasta allí, Marta se apresuró para ir a su encuentro, mientras que María quedó en casa, rodeada por las amigas que lloraban con ella.

Doctrina sublime y profunda, 11: 21-27. La conversación del Señor con Marta constituye una de las declaraciones más importantes de la Biblia sobre el tema de la resurrección. Marta empieza –igual que María después- expresando su convicción de que, en la presencia del Maestro, la enfermedad de Lázaro no habría llegado al desarrollo de la muerte. El v. 22 consigna su declaración de fe en la potencia del Señor, pero el v. 39 no nos permite pensar que espera el levantamiento inmediato de su hermano. La fe y la compasión, aún en el caso de almas fieles, fluctúan a veces, según el momento y el estado psicológico.

Frente a la clara declaración de Jesús –“Tu hermano resucitará”- Marta piensa en la resurrección de los muertos en el día postrero, que era doctrina que los fariseos afirmaban. No nos olvidemos de que la doctrina de los fariseos era mejor que su práctica, y Marta expresa una verdad ortodoxa que la secta afirmaba.

“Yo soy la Resurrección y la Vida”, 11: 25 y 26. Aquí hallamos el meollo de la enseñanza que había de ilustrarse por la resurrección de Lázaro, sirviendo de “luz” para las almas sumisas a la revelación de Dios en Cristo. No se trata sólo de que Jesús podía ser medio para levantar a un muerto, a la manera de Elías o

Eliseo, sino de que él mismo ERA la resurrección y la vida, que hallaban su origen y sustancia en él. Observemos que el orden es RESURRECCION Y VIDA, pues se trata de que los “muertos en sus delitos y pecados” habían de hallar vida en Cristo, y no sólo podía realizarse por medio de su MUERTE bajo el pecado de todo el mal, y de su RESURRECCION después de esta muerte expiatoria. Nosotros nos unimos con él en su Resurrección y, por lo tanto, tendremos vida eterna y entraremos en la plenitud de la vida en el día postrero. Esto en el significado de las dos declaraciones del Señor que complementan la afirmación fundamental que hemos considerado. A) “El que cree en mí, aunque muriere, vivirá”, señala el hecho de que habrá resurrección corporal para todo aquel que se ha unido con Cristo por la fe, pese a haber pasado por la muerte física. Lázaro es ejemplo de todos los fieles en este respecto, bien que a él le tocó volver a morir, mientras que los resucitados –cuando venga Cristo- estarán siempre con el Señor (Juan 14: 1-3; 1 Tes. 4: 13-17; 1 Cor. 15: 50-54). B) El v. 26 hace otra afirmación: “Todo aquel que vive y cree en mí nunca jamás morirá”. Aquí se trata de la esencia de la vida espiritual, y el que es en sí Resurrección y Vida” nos asegura que si tenemos vida eterna por fe en él no la perderemos jamás. Quizá nos toque pasar por la crisis de la muerte física, pero la vida se manifestará en mayor plenitud en la presencia de Cristo, esperando la gran consumación de la resurrección por la cual el creyente llegará a ser completo y cabal en espíritu, alma y cuerpo espiritual (1 Tes. 5: 23).

La confesión de Marta, 11: 26 y 27. Esta conversación revela el anverso de la medalla del carácter de esta mujer, que siempre se presenta –en contraste con María- como el tipo perfecto de la mujer activa, de sentido práctico, enérgico y un poco mandona. Sin duda Luc. 10: 38-42 presenta esta faceta de su carácter, pero, debajo de la superficie, se hallaba una comprensión profunda de las verdades reveladas, y una sumisión total a la Persona de Cristo. El Señor no le pregunta: “¿Comprendes tú todo esto?”, sino “¿Crees esto?”. Recibiría más luz sobre las doctrinas que el Señor había subrayado más tarde, pero, por lo pronto, se somete en todo al Verbo encarnado: “Sí Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que había de venir al mundo”: confesión completa que puede compararse con la de Pedro en Juan 6: 68 y 69.

El Maestro y María, 11: 28-37

María a los pies de Cristo, 11: 28-33. Sin duda Jesús había encomendado el recado (implícito en el v. 28) a Marta al volver ésta a la casa. Pidió la presencia de María antes de dirigirse a la tumba. “**El Maestro está aquí y te llama**” bien puede aplicarse a todo aquel que comprende, en el grado que sea, el valor preeminente de la Persona de Cristo. Estando postrada a los pies del Señor, en el lugar de su encuentro con Marta, María profirió las mismas palabras que Marta había usado, pero, de conformidad con su carácter, hablaba más por sus lágrimas que no por sus frases. Se encuentra anonadada, pero, a la vez, en un estado de espera angustiada, presintiendo que algo había de surgir de la presencia del Señor, sin atreverse a definir su pensamiento.

El Maestro frente al dolor de las hermanas, 11: 33-38. El verbo traducido por “se enterneció en espíritu” o “se conmovió en su espíritu” es muy especial pues normalmente quiere decir “indignarse”, llegando a la severa reprensión. Desde luego, el Señor no estaba indignado porque las hermanas lloraban amargamente la pérdida de su amado hermano, y hemos de pensar en que percibió, a través de la tribulación de estas mujeres fieles, toda la tragedia que el pecado había obrado en el mundo, y no sería exagerado pensar en que se indignaba frente a las obras del Maligno. El v. 36 –“Jesús lloró” – es maravilloso. Se trata del Creador de todas las cosas, que, dentro de breve tiempo había de manifestar su triunfo sobre la muerte, quitando la causa del dolor de Marta y de María; sin embargo, tal era la profundidad de su simpatía que las cuerdas de su corazón vibraban vivamente a causa de esta ráfaga de dolor humano, y lloró. Ya dijimos al principio de estos estudios, que los incidentes que escogió Juan al redactar su Evangelio, revelan tanto el corazón como el pensamiento de Dios por medio del VERBO, la expresión viva de la plenitud de Dios. Tan breves palabras revelan más del amor de Dios que miles de tomos de teología.

¿Dónde le pusisteis?, 11: 34-38. Probablemente la cueva, que servía de tumba, se hallaba cerca, en una ladera de los cerros, de roca caliza, entre los cuales se ubicaba el pueblo. El Señor preguntó por el sitio, no por necesidad, sino con el fin de sacar la respuesta: “Señor, ven y ve”, ya que toca a cada uno descubrir la tragedia propia. Un cadáver putrefacto era símbolo del fin de todas las esperanzas humanas, y en aquel momento nadie podía imaginar la victoria sobre la muerte que había de realizarse por medio de Aquel que era “Resurrección y Vida”.

“¡Quitad la piedra!”, 11: 39. Los amigos esperaban alguna manifestación de condolencia delante de la tumba del amigo, pero el mandato de quitar la piedra, que cerraba la boca de la tumba, asombró a todos. Marta, la de la hermosa confesión de fe, no pudo comprender el sentido de exponer a la vista de muchos un cadáver de hace cuatro días. El Señor le anima, y la piedra fue quitada, vislumbrándose la blancura de la mortaja en el fondo oscuro de la cueva.

La oración del Señor 11: 41 y 42. El Señor hace ver que la comunión entre él y el Padre es tal que no necesitaba luchar en oración para ser oído, a la manera de Eliseo al ser medio para devolver la vida al hijo de la sunamita. Sin embargo, alzó los ojos al Cielo en manifiesta comunión con el Padre por amor a la multitud – que ya se había juntado- con el fin de que se diesen cuenta de la naturaleza divina de la mayor de las “señales”, reconociendo en Jesús al Enviado del Padre.

El mandato del Señor llega hasta la esfera de los muertos, 11: 43-44. Jamás oídos humanos habían escuchado un mandato como el que Cristo pronunció “ a gran voz”: “**¡Lázaro! ¡Ven fuera!**”. Las almas de la hijita de Jairo, y del hijo de la viuda de Naín, volvieron a vivificar cuerpos relativamente sanos, pero, en el caso de Lázaro, la morada terrestre estaba descomponiéndose, y, pese a ello, fue restaurado a una salud total. No siempre tenemos en cuenta que un aspecto del milagro consiste en que Lázaro no pudo moverse hasta hallarse fuera de la tumba, ya que se hallaba sujeto por los vendajes de la mortaja, envolviendo el sudario su cabeza. Sin embargo, el Señor nunca prolonga medios milagrosos cuando los hombres podían valerse por sí mismos, y ya fuera de la tumba Lázaro pudo ser ayudado por sus amigos: “Soltadle y dejadle ir”. ¡Alguien tendría a mano un vestido para “el hombre nuevo” más cómodo que la mortaja!

Llama la atención la descripción breve y sobria de una obra tan asombrosa. No se nota intento alguno de “dramatizar” el acontecimiento, sino sólo el de sacar la lección: sólo el Enviado de Dios, sólo el Verbo encarnado, pudo dar vida a los muertos, manifestándose las verdades comunicadas en privado a Marta a una compañía nutrida de testigos en público.

Las reacciones de distintas personas

Lázaro. Muchos habrían deseado saber algo de la experiencia de Lázaro entre su muerte y su levantamiento, pero nada se revela sobre este tema; podemos suponer que hallaba la vida allá “muchísimo mejor”, según el dictamen de Pablo (Fil. 1: 21-23). ¡Quizá no estaba del todo contento al dejar todo aquello para volver a luchar con los problemas de la vida terrestre! Después hallamos a Lázaro sentado junto al Señor en el banquete que posteriormente Simón de Betania, Marta y otros prepararon para el Señor en aquel mismo pueblo, escenario de la señal más destacada del ministerio del Señor. Igual que en la experiencia cristiana ahora, la “resurrección” dio lugar a la “comunión” con el Señor. A causa de su extraña experiencia, Lázaro llegó a ser imán que atraía –por lo menos- la curiosidad de la gente (12: 9), y los jefes sacerdotales llegaron a la extraordinaria decisión de procurar la muerte de un resucitado de la muerte, justamente con la de Aquel que le devolvió la vida. ¡Hasta tal punto puede llegar la ceguera obstinada de quienes no desean ver la LUZ!

Marta. La única referencia posterior a Marta se halla en 12: 2, donde cumple su vocación normal: **“Marta servía”**. Ya hemos visto que su actividad física no impedía una comprensión profunda de las verdades más sublimes del Evangelio.

María. En la misma ocasión del festín de Betania (comp. Juan 12: 1-8 con Mat. 26: 6-13 y Mar. 14: 3-9), María halló el medio de expresar su devoción al Señor por el unguimiento de su cabeza y piés, y es probable que ella había comprendido –quizá ella sola- el misterio de la muerte y la resurrección del Señor Jesucristo que tan pronto había de cumplirse (Mar. 14: 8). No se hallaba entre las mujeres que buscaban el cuerpo del Señor después de la Crucifixión. Se destaca como la mujer que sabía escuchar en silencio a los piés del Señor, atesorando sus palabras y llegando a un acto muy elocuente de adoración, que expresaba su gratitud por el gran bien recibido.

“Muchos judíos...vieron...creyeron” (11: 45). Hubo fruto inmediato de esta gran “señal”, pues no hay por qué poner en duda la realidad de la fe de estos judíos. La rápida extensión del Evangelio después del Día de Pentecostés presupone la presencia en Palestina de muchas personas que ya habían rendido su corazón al Señor, y, una vez explicado el significado de la Cruz, tomaron su lugar en la Iglesia. Desde aquel día hasta ahora la “señal” ha servido para enfocar la divina luz de la revelación en el rostro de Jesús como Resurrección y Vida.

“Algunos de ellos fueron a los fariseos”, 11: 46. Los “correveidiles” de siempre, lejos de someterse al Señor de la Vida, se apresuraron a contar el acontecimiento “a los fariseos”. Los versículos siguientes nos hacen ver que no se trata de unos cuantos fariseos de la secta más popular del pueblo, sino de sus destacados rabinos que se sentaban juntamente con los jefes sacerdotales en el Sanedrín. No podemos por menos de notar la “mala intención”, sacando la lección de que los rebeldes de corazón no se rendirán en ningún caso, y cuanto más resplandeciente la Luz, más ciegos se quedan.

Los jefes de la nación, 11: 47-57; 12: 9-11. No hay lugar para analizar el fin del capítulo, y sólo notamos la negrura de las tinieblas que no recibieron la LUZ. Frente a una extraordinaria manifestación de la gloria de Dios, el Sanedrín se esfuerza más aún por quitar de en medio a Aquel que constituía para ellos un rival, que llevaba tras sí el afecto de los israelitas. Dios permitió que su complot tuviera éxito cuando llegó la hora en que el Buen Pastor había de “poner su vida para volverla a tomar”, según el mandamiento de su Padre. Sin embargo, tuvieron que recoger una cosecha amarga de su mala siembra aquí en la tierra, quedando por siempre con la muerte espiritual que habían escogido y sin la VIDA que les había sido ofrecido.

ESTUDIO 13

EL FIN DEL MINISTERIO PÚBLICO DE JESÚS

Juan 12: 1-50

Introducción

En este capítulo Juan da fin al relato de la actuación pública de Jesús al tiempo que enlaza los relatos de las “señales” y su significado, con la descripción de los hechos redentores, con la “gran señal” (Mat. 12: 40) de los capítulos 13 a 21.

Para ello de sus muchos recuerdos (20: 30) selecciona tres incidentes y dos discursos, con un paréntesis de Juan (vv. 36b a 43). Los tres incidentes son: 1) el unguimiento en Betania (vv.1-8); 2) la entrada triunfal en Jerusalén (vv. 12-19); y 3) la visita de unos griegos (vv.20-22). Este último incidente da lugar a dos discursos cuya importancia está a la par del lugar que ocupan en el texto juanino.

El unguimiento de Betania, 12: 1-8

La comparación de los relatos paralelos en los sinópticos (Mat. 26: 6-13 y Marc. 14: 3-9) es algo complicada. En los sinópticos el incidente no está cronologado, pero está relacionado con la traición de Judas (que se relata a renglón seguido en el texto), pues parece que este incidente estimuló su decisión. En el relato de Juan coinciden la ocasión: una cena, y el lugar: Betania, y en Juan el incidente va seguido de la turbulencia de un complot no sólo para matar a Jesús sino también a Lázaro (vv. 10 y 11). La mujer pecadora del relato de Lucas (7: 36-50) muestra una intensidad emocional parecida a la de la hermana de Lázaro, aunque las motivaciones sean otras y la manera de demostrarla también. Juan nos entrega en su relato una nota que acredita su hoja de servicios como “testigo presencial”: “la casa se llenó del olor del perfume” (v. 3b). Jesús ya no deja pasar oportunidad de hablar de la realidad de su ministerio: el que acaba de resucitar a un muerto en el cap. 11, está hablando de su propia muerte en el cap. 12 (v.7).

La Entrada Triunfal en Jerusalén, 12: 12-19

Juan no precisa como los sinópticos la preparación de Jesús (p. ej. Mat. 21: 4 y 5) y el relato de Juan sólo apunta “grandes multitudes” propias de la aglomeración pascual, mientras que Lucas detalla que allí estaba “toda la multitud de los discípulos” que “al verle llegar” se gozaban comenzando a alabar a Dios a grandes voces por todas las maravillas que habían visto, empleando expresiones del Salmo 118. Juan como Mateo, apunta el cumplimiento de la profecía de Zacarías 9: 9. Pero Juan reconoce que en aquellos días los discípulos no habían comprendido esto al principio (v. 16), sino que lo comprendieron “cuando Jesús fue glorificado”.

Los vv. 17 y 18 confirman el efecto causado por la “señal” de la resurrección de Lázaro y que ésta contribuyó a esta manifestación multitudinaria, que tanto desagradó a los fariseos (v. 19), pues en su entusiasmo voceado utilizaban expresiones que tenían una gran carga política: “¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!” (v. 13). Al mismo tiempo realizaban acciones que el pulcro historiador que era Lucas recogió en su escrito: “tendían sus mantos”, dice, (Luc. 19: 36) y esto se hacía propiamente con un rey triunfante (2 Rey. 9: 13).

La Visita de los Griegos, 12: 20-36

Este episodio es el último de los registrados por Juan, antes de la Pasión, y está lleno de significado por la misma entidad de los protagonistas y porque coincide con la culminación del conflicto mesiánico que se resuelve en el “rechazo” de Jesús como Mesías (v. 34).

Estos griegos no tenían que ser de Grecia; ni judíos de habla griega, ni aún prosélitos. Podían ser de la numerosa colonia que había en Decápolis, entre los cuales los habría de los llamados “temerosos de Dios” (Hech. 10: 2), término con que se calificaba a los gentiles que, atraídos por la alteza moral del monoteísmo judío, veían a Dios Espíritu y digno de ser adorado y temido aunque no entraban en el redil judío por el rito de la circuncisión.

Ellos querían “ver” y la expresión tiene más alcance que el de la mera visualidad sino que contiene la expresión de “oír” y “hablar”, o como diríamos hoy: “entrevistar” a Jesús, su nombre humano sin implicación mesiánica, de Cristo. Después de la consulta a Felipe no son nombrados, pero no hay razón para excluirlos del grupo de personas que oyeron el discurso hasta el v. 36, incluía la “voz del cielo” que muchos confundieron por diversas razones (vv. 28 y 29) y la llamada de Jesús ante la recelosa dubitación de los judíos, que en su ceguera espiritual no aceptaban la evidencia de las señales mesiánicas: “aún por un poco estará la luz entre vosotros, andad entre tanto que tengáis luz...” (v. 35).

Lo interesante es que ahora al final de su vida Jesús es objeto del interés de los gentiles como lo fue al comienzo de su vida por los magos (Mat. 2: 1y 2). La profecía citada en Mat. 12: 21, “y en su nombre esperarán los gentiles”, tomaban también carta de cumplimiento: “la hora ha llegado” dice, (v. 23). El “grano de trigo” del v. 24 no está idealmente separado de aquella “simiente” en la que “serán benditas todas las familias de la tierra” (Hech. 3: 25).

La “glorificación del Hijo del Hombre” (v. 23) se inicia con la humillación de “caer en tierra y morir” (v. 24). Todo el discurso es de sesgo universal. No hay nada que aluda a lugares o gente particulares. “Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo es echado fuera” (v. 31).

Sólo el “príncipe de este mundo” y el mismo Jesús tiene aquí mención particular. A renglón seguido (v. 32) introduce la oposición de su persona al “príncipe que va a ser echado fuera” mientras que él, “el Hijo del Hombre”, va a ser “levantado”. Aquí como en 3: 14 y 8: 28, “levantar” tiene este sentido literal, pero como exaltación, o como describe Westcott, “no solo sobre la tierra sino fuera de ella”, de manera que la alusión comprende el levantamiento de la cruz, y el de la resurrección.

“¿Quién es este Hijo del Hombre?”: así termina el v. 34, en el que los razonamientos esgrimidos por “la gente” se formulaban a partir de lo que ellos pensaban que podía o no podía ser. “Si el Cristo permanece para siempre, ¿cómo dices tu que es necesario que sea levantado?” La respuesta de Jesús les remite a una actitud de principio ya que las señales no habían vencido la fuerza del prejuicio, a pesar del énfasis de Jesús (cap. 10: 25 y 38).

El Paréntesis de Juan, 12: 36-43

Aquí el evangelista intercala su apreciación objetiva y justa del hecho del rechazo, buscando su comprensión en la previsión profética de Isaías (caps. 53 y 6). Es notable (v. 41) la sencilla firmeza y convicción en la interpretación de Isaías 6: 10: “Isaías dijo esto cuando vió su gloria y habló acerca de él”. La calificación del “rechazo” de los judíos en el v. 37 queda objetivamente ponderada al decir: “con todo eso, muchos creyeron en él, ¡aún de los gobernantes!” y a continuación explica la reserva de muchos que habían creído, con lo que se confirma el clima de recelo y temor que ya observamos durante la fiesta de los tabernáculos (cap. 7); pero todo era “porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios”. Sólo después de resucitado el Señor, y en el poder del Espíritu Santo, el discurso de Pedro explicando la gloriosa realidad del “levantamiento”, partiendo de tres “escrituras” (Joel 2: 28-32, Salmo 16: 8-11 y Salmo 110: 1), pudo romper este cerco de temor social, con la hermosa manifestación pública de fe de tres mil almas (Hech. 2: 14-41).

El Dictamen de Jesús, 12: 44-50

Esta escena puede colocarse en el último día de aquellos que Lucas registra en su cap. 21: 37 y 38. La crisis de incredulidad y rechazo llegaba ya a su final y estos versículos son un resumen de su enseñanza y su apreciación de los hechos. Sobre la base de su Persona y sus Palabras, el Señor hace la definición: a) de los creyentes (vv. 44-46), y b) de los incrédulos (vv. 47- 49), con el resultado (v. 50) que unos obtienen y otros pierden: la “vida eterna” como “mandamiento del Padre”.